

A man and a woman are shown in profile, facing each other in a close embrace. The man, on the right, wears a light-colored cowboy hat and a blue and white plaid shirt. The woman, on the left, wears a red and white plaid shirt and a light-colored cowboy hat. They are both smiling and looking at each other. The background is a soft, out-of-focus green field. The text 'KRISTINE ROLOFSON' is printed in white, bold, sans-serif capital letters in the upper left quadrant. The title 'Belleza misteriosa' is written in a large, red, sans-serif font across the lower right. In the bottom left corner, there is a circular logo with the number 'A45' inside. In the bottom center, the 'elit' logo is visible, with the 'e' in a lowercase, rounded font and 'lit' in a smaller, lowercase, sans-serif font.

**KRISTINE  
ROLOFSON**

**Belleza  
misteriosa**

A45

elit

elit

BELLEZA MISTERIOSA  
KRISTINE ROLOFSON

145

 HARLEQUIN™

# Índice

## BELLEZA MISTERIOSA

Sinopsis

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Epílogo

## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

## Sinopsis

Jess Sheridan pensaba que el matrimonio era lo peor. Con una vez ya había tenido más que suficiente y no había mujer en el mundo que lo llevara de nuevo al altar. Pero cuando llegó aquella misteriosa rubia a Beauville, Texas, Jess sintió hacia ella algo más que una simple atracción. Además, Lorna Walters no solo era maravillosa, ¡sino que estaba embarazada! Pronto Jess se olvidó de sus principios y decidió hacer lo que debía. ¿Y quién mejor para arreglar aquella difícil situación que un vaquero soltero?

¿Por qué no aceptaba un no como respuesta? Lorna no esperaba conseguir una sola cita en su estado, y menos todavía una propuesta de matrimonio. Había estado loca por Jess durante años y él ni siquiera había sido consciente de su existencia. Después habían disfrutado de aquella noche gloriosa... pero él ni siquiera la recordaba. Casarse con Jess podría solucionar sus problemas, pero no podía... y además, no quería.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2001 Kristine Rolofson  
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Belleza misteriosa, n.º 281 - marzo 2019  
Título original: Blame It on Babies  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-716-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

## Capítulo uno

Jess Sheridan no era un hombre al que le gustaran las bodas. Y la única razón por la que había asistido a aquella era el respeto que profesaba hacia el hombre que estaba sentado al lado de la novia, una mujer de impresionante belleza a la que había visto algunas veces comprando en la ciudad. Parecía una persona agradable, pero ¿acaso había alguien que no lo pareciera?

Jess observó a Jake Johnson besar a la novia y aplaudió junto al resto de los invitados mientras el juez declaraba marido y mujer a los recién casados. Reconoció la sonrisa de Jake mientras este se dirigía hacia la carpa que habían montado en una esquina del parque. Debían de haber montado un bar en su interior, a juzgar por las cantidades de hielo que había estado viendo llevar en aquella dirección. Aquella tarde, nadie iba a quedarse con sed, o al menos eso decían los rumores. Se comentaba que Jake no había reparado en gastos para celebrar aquella repentina boda con una mujer a la que había conocido hacía solo unas semanas. Jake estaba corriendo un gran riesgo, imaginaba Jess, pero como a él nadie le había preguntado su opinión, no había hecho ningún comentario al respecto.

En aquel momento, nada le sentaría mejor que una cerveza fría, pensó. Una tarde de julio en Texas podía ser más calurosa que el mismísimo infierno. Afortunadamente, estaba acostumbrado al calor, al igual que el resto de los invitados, porque en caso contrario, la mayor parte de ellos habría abandonado la fiesta antes de que hubieran empezado a servir la barbacoa. Jess miró a su alrededor y vio a algunos de los trabajadores del Dead Horses, uno de los mejores ranchos de Beauville, que parecían tan sedientos como él. El

joven Calhoun estaba pálido, y probablemente también con resaca, si eran ciertos los rumores que decían que días antes de su frustrada boda había empezado a ahogar sus penas en Jack Daniels y no había parado de hacerlo desde entonces.

Advirtió que Calhoun se había fijado en él y deseó haberse dado más prisa en ir a buscar esa cerveza helada.

—¡Sheridan!

—Calhoun —Jess se abrazó a sí mismo, preparándose para un interrogatorio, pero el grupo de hombres del Dead Horse se mantuvo en un extraño silencio—. Bonita boda —fue lo único que se le ocurrió decir. Se preguntó si Jake sería capaz de conservar el rancho después de su divorcio.

—¡Menuda fiesta! —Calhoun se secó la frente con la manga de la chaqueta—. Me alegro de que haya terminado. Jake nos ha hecho sudar de lo lindo.

—Desde luego —añadió Shorty—. Pero Elizabeth estaba muy guapa, ¿verdad?

—Sí. Casi todas las novias lo están.

Jones, el peón más cercano a Jess en edad, le dirigió una dura mirada. Y después sonrió, como si supiera exactamente en qué estaba pensando Jess.

—Es una chica muy atractiva —declaró—. Jake está contentísimo. Bobby Calhoun suspiró.

—Yo debería haberme casado la semana pasada. Amy Lou y yo pensábamos celebrar nuestra boda el Cuatro de Julio.

Shorty elevó los ojos al cielo.

—Bueno, chico, esta no es la primera vez que te rompen el corazón. Seguro que lo superarás.

—Acabo de ver a las gemelas Wynette dirigiéndose hacia la carpa en la que han montado el bar —repuso Dusty—. Podrías ir ahogando tus penas en esa dirección.

Calhoun resplandeció al instante, olvidándose de su corazón roto

al oír la noticia. Billy Martin, su eterno acompañante, también pareció alegrarse.

—Bueno, supongo que lo mejor será que vayamos a por una cerveza.

Shorty sacudió la cabeza.

—Antes tendremos que ir a saludar a los novios.

—La cola para ir a saludarlos —se sintió obligado a mencionar Jess—, comienza en la carpa del bar.

En cualquier otra ocasión, se habría echado a reír al ver la expresión de alivio de los hombres, pero aquel día nada le parecía divertido. En unas pocas horas iba a dejar Beauville y la verdad era que no le importaría no volver nunca jamás.

—¿Dónde está Roy?

—Ha preferido quedarse en el rancho —contestó Bobby—. No le gustan mucho las multitudes.

—Será mejor que vaya a ver cómo está el perrito de Elizabeth —dijo Shorty—. Le prometí que lo mantendría lejos del sol.

—Y de las señoras —añadió Bobby—. A ese bicho le gusta curiosear por todas partes.

—Será mejor que procures mantener también a Billy lejos de las señoras, con la mala suerte que tiene... —bromeó Shorty, dándole un codazo en las costillas a Marty.

—Es cierto. Tengo la peor suerte del mundo con las mujeres —gruñó el vaquero, pero tenía la mirada fija en la carpa de la cerveza.

—Creo que en eso me llevo yo el primer premio —bromeó Jess, bajando el ala de su sombrero. Los cuatro hombres lo miraron fijamente y casi inmediatamente, clavaron la mirada en el suelo.

—Bueno —comenzó a decir Shorty, arrastrando las palabras—. No todo el mundo tiene tanta suerte como Jake.

—Brindemos por él —sugirió Bobby con su habitual sonrisa. Jess no pudo menos que reconocer que aquel joven tenía tan buena naturaleza como su padre y su abuelo, si era cierto lo que de ellos se

contaba.

—Yo también lo haré —se sumó Jess, fijando la mirada en la fila de gente que esperaba para felicitar a los recién casados.

La idea de una cerveza helada se iba haciendo más apetecible a medida que se intensificaba el calor. Jess no pensaba quedarse ni a la comida ni al baile; no quería darles a las viejas del lugar la oportunidad de verlo y cotillear sobre él, sobre su matrimonio y sobre todas las cosas que Susan había hecho a su espalda.

Jess y los chicos del Dead Horse se colocaron tras una joven de piernas interminables, pelirroja melena y un pecho que podía hacer llorar a un hombre. Después de las obligadas felicitaciones a los novios, Jess se apartó y les dejó el campo libre a Calhoun y Marty, dos jóvenes que todavía no habían descubierto que las mujeres eran fuente de problemas y que había que evitarlas a toda costa.

La novia iba vestida de verde. Un color verde menta sobre el que resaltaban su piel dorada y su cabello castaño. Lorna Walters apostaría un millón de dólares a que sus ojos eran también del mismo tono de verde. Sería sorprendente, pensó, deseando acercarse para ver de qué color eran sus ojos, pero había sido contratada para servir la barbacoa y no iba a tener muchas oportunidades de hacerlo.

La novia llevaba un perro con ella. O al menos, Lorna pensaba que era un perro. Era peludo y llevaba un frac diminuto, de modo que podría haber sido perfectamente un mono. Pero había oído a Martha McIntosh susurrarle a una joven pelirroja que la novia pensaba que su perro debería estar presente en la boda, aunque solo fuera un rato. Y un perro con frac daría que hablar en la ciudad durante una buena temporada. Eso y el vestido verde que no parecía en absoluto un vestido de boda. La señora Jackson debía de ser una mujer muy original.

Pero Beauville no estaba acostumbrado a las personas originales.

Lorna añadió la salsa barbacoa a las costillas mientras pensaba en las bodas, en los hombres en general y en un hombre en particular.

Estaba allí. Lo había visto ligeramente apartado, mirando a los novios como si no hubiera visto en su vida nada más terrible que un hombre y una mujer contrayendo matrimonio.

Seguramente no podía culparlo. Todo el mundo en Beauville estaba al corriente de lo que hacía Sue a espaldas de su marido. Incluso Lorna se había enterado, a pesar de que en aquella época estaba viviendo en Dallas.

En aquel momento, tenía un buen empleo. Un trabajo que le proporcionaba una casa y suficiente dinero para pagarse la gasolina, la comida y un buen guardarropa. Conservaba todavía el coche, la ropa y una impresionante colección de zapatos. Pero no el trabajo. Adobando costillas con la salsa de Texas Tom y con un delantal cubriendo su uniforme de camarera, parecía la demostración viviente de lo que su madre siempre le había advertido: «el orgullo siempre antecede a una dura caída, Lorna, así que procura no sentirte demasiado orgullosa de tus éxitos».

Pues bien, como no tuviera cuidado, iba a terminar aterrizando en un charquito de salsa barbacoa.

—¡Lorna! —le gritó Texas Tom, sacudiendo su espumadera—. Deja de soñar despierta y dale la vuelta a las costillas de esa bandeja.

—De acuerdo —respondió ella, tomando las tenacillas. ¿Qué más daría un poco de humo?, se preguntó. Las esquinas crujientes les daban mejor sabor a las costillas, Lorna lo sabía. Pero aun así, hizo lo que Texas Tom le pedía y casi inmediatamente fijó la mirada en los invitados que caminaban hacia el bar. Pronto irían a buscar también las costillas y Lorna esperaba ser ella la que tuviera que acercar las bandejas hacia donde estaban los invitados. Texas Tom había instalado las barbacoas en el rincón alejado del jardín para poder trabajar sin molestar a los invitados a la boda.

Jess Sheridan estaba en alguna parte, entre aquella multitud de gente. Si consiguiera ver algo a través del humo, seguro que lo distinguiría. Y, con un poco de suerte, incluso iría a buscar un par de

costillas de su bandeja. Seguramente diría: «nunca he podido resistir a una mujer con olor a nogal ahumado», la rodearía con sus brazos y...

—¡Aparta esas costillas de las llamas, maldita sea! —Texas Tom no tenía ninguna paciencia con los novatos cuando era su reputación la que estaba en juego. Dirigió una nueva mirada hacia los senos de Lorna, como si estuviera intentando adivinarlos a través de la tela del delantal.

—No ha pasado nada —dijo Lorna, intentando no quemarse.

—Nunca pasa nada —farfulló el cocinero. Texas Tom no se caracterizaba precisamente por su buen carácter. Le quitó las tenazas de la mano y señaló una fuente llena de costillas—. Lleva esa fuente y colócala en las mesas que hay en frente de los postres. Y procura no tirar nada.

—No le haré —le prometió, al tiempo que veía cómo le guiñaba el ojo otro de los trabajadores. Se trataba de un adolescente que tenía la desgracia de tener por tío a Texas Tom. Lorna le sonrió, dejó sus guantes sobre la mesa y se secó la cara con una toalla de papel. Había algunas ventajas en ver a Jess Sheridan a distancia, especialmente porque no creía haber tenido jamás un aspecto peor. Seguramente, aunque la viera no la reconocería.

—Y quítate el pelo de la cara —le ordenó el ogro. Lorna obedeció, consiguiendo rehacer su rizada cola de caballo con un solo movimiento.

A continuación, tomó una fuente rebosante de costillas y se colocó unos guantes protectores antes de encaminarse con ella hacia donde le habían ordenado. Y quizá también debiera ponerse algún protector en la imaginación, se dijo. Tenía tantas posibilidades con Sheridan como Texas Tom con ella: absolutamente ninguna.

Jess se fijó en ella. Y estaba seguro de que otros hombres también, aunque Jess no había visto a ninguno molestándola mientras llenaba las fuentes de costillas y reemplazaba los cuencos

de salsa ya vacíos. Trabajaba duramente, trasladando bandejas de ensalada, costillas y todo tipo de cosas desde la furgoneta a las mesas.

Y era una mujer difícil de ignorar. Pequeña, con las curvas precisas y en los lugares precisos... Se movía como si fuera consciente del efecto que tenía en todos los hombres que habían asistido a la boda de Johnson. Tenía el pelo rubio, casi plateado y los rizos enmarcaban el rostro y su cuello. Imaginaba que tendría los ojos azules, aunque no había podido acercarse lo suficiente como para comprobarlo.

No debería estar observándola, así que no lo hizo. Por lo menos no demasiado. No creía haberla visto antes por allí, de modo que seguramente la había contratado Texas Tom para la ocasión. Obviamente, no era pariente suya, con ese pelo y esa complexión era imposible que lo fuera. Jess se descubrió esperando que la pagaran bien, esperando que encontrara otro trabajo que no consistiera en tener que ir retirando lo que otros no querían.

Pero, sobre todo, quería que se alejara de allí. Porque no le gustaba nada estar mirándola como si fuera un perverso.

—¿Señor Sheridan? —Jess se volvió hacia la derecha y vio a la novia mirándolo con expresión preocupada. Jess imaginó que quizá lo había visto fruncir el ceño, de modo que se obligó a parecer complacido.

—¿Señora Johnson?

—Por favor, llámeme Elizabeth.

—Si tú me llamas Jess. En realidad, mi nombre es Jester, pero solo mi madre me llama así.

—Gracias —Elizabeth sonrió abiertamente, que era precisamente lo que Jess pretendía.

—¿Qué puedo hacer por ti, Elizabeth?

—Jake y yo queremos agradecerte que hayas venido a nuestra boda. Estábamos a puntos de salir ya de luna de miel, pero nos

hemos dado cuenta de que hay invitados con los que todavía no hemos hablado.

—Gracias por haberme invitado. No me habría perdido la boda de Jake por nada del mundo —mintió, pensando que debería haber usado cualquier excusa para evitar aquel absurdo compromiso—. Jake es un buen amigo —aquello al menos era cierto. Jess miró por encima de Elizabeth y advirtió que Jake se dirigía hacia él. Parecía un hombre que esperara expectante la noche de bodas, especialmente cuando deslizó el brazo por la cintura de su esposa, antes de estrecharle la mano a Jess. Jess no creía haber visto nunca tan contento a su amigo. Dios, esperaba que su matrimonio durara por lo menos un par de años.

—Gracias por venir.

Jess se aclaró la garganta.

—De nada. ¿A dónde vais ahora?

—Al aeropuerto —contestó Elizabeth—. Mañana por la mañana salimos hacia Boston.

—Vamos a pasar un par de semanas en Nueva Inglaterra. Siempre he querido ver el mar.

—¿Y crees que los chicos de Dead Horse podrán sobrevivir sin ti?

—Probablemente no, pero tendrán que hacerlo porque voy a dejar el trabajo. Bobby va a tener que buscar otro capataz.

—O hacer él mismo ese trabajo.

—Exactamente —Jess y Jake sonrieron. Pensar en Bobby dirigiendo su propio rancho era completamente ridículo—. Supongo que antes o después tenía que ocurrir.

—Bobby lo hará perfectamente —declaró la novia—. Y el rancho seguirá funcionando bien.

—Sí, señora —le contestó Jess, pero su mente estaba pendiente de la camarera de rubia melena a la que podía ver por el rabillo del ojo limpiando una mesa. Aquel estúpido delantal ocultaba la mayor parte de su cuerpo, pero Jess se apostaría toda su cuenta corriente a

que tenía uno de esos cuerpos que un hombre podría recordar eternamente.

—Shorty se va a mudar a mi casa para cuidar de mis cosas mientras estemos fuera —comentó Jake y Jess se obligó a prestar atención a su amigo. Por un instante, creía haber reconocido a aquella mujer, pero no, era imposible. No podría haber olvidado a una mujer como aquella.

—Buena idea —comentó. Le estrechó la mano a su amigo y se despidió de la pareja. Prestó nuevamente atención a la chica rubia, pero en aquel momento, ella estaba llevando la tarta de bodas, de modo que le resultaba imposible verla.

El día iba avanzando hacia el anochecer y Jess se dedicaba a saborear el *whisky* sin prestar ninguna atención a la fiesta.

—Sí —comentó vagamente, en respuesta a algunas palabras de Calhoun y elevó su copa para brindar por... algo. No había oído el anuncio de Calhoun, pero todos los hombres que había en el grupo parecían impresionados. La pelirroja permanecía aferrada al brazo de Bobby como una garrapata, de modo que este no parecía estar sufriendo mucho por haber perdido a su prometida.

—Será mejor que tengas cuidado, Calhoun —musitó Jess, elevando su vaso vacío. Alguien se lo volvió a llenar, que era exactamente lo que él pretendía que ocurriera.

Las dos gemelas adolescentes se habían acomodado a ambos brazos de Billy Marty y Shorty estaba sentado en la sombra con un perro vestido en su regazo.

Jake y su esposa habían encargado comida y bebida suficientes para que la fiesta continuara incluso después de que ellos hubieran abandonado Beauville. Jess sospechaba que habían invitado a todo el pueblo a la boda.

Gracias a Dios, no tenía que trabajar aquella noche. Tenía los dos próximos días libres y pensaba pasar la mayor parte de aquellas horas en la ciudad. Iba a pasárselas bebiendo, bebiendo lo suficiente

para olvidar que su esposa le había vaciado la cuenta del banco y se había fugado con otro. Iba a beber para olvidar que el día anterior por fin había conseguido el divorcio. Y para olvidar lo que Sue le había llamado cuando se había ido.

Desgraciadamente, Jess sospechaba que en Beauville no había alcohol suficiente para hacerle olvidar a su ex esposa.

Lorna no volvería a trabajar para Texas Tom nunca más. Cuando no estaba dirigiéndole miradas lascivas, estaba gritándole órdenes. Lorna no sabía qué era peor: al menos cuando la miraba no tenía que soportar el sonido de su voz.

—¡Lorna! —Lorna se volvió y lo vio señalando hacia otro montón de basura. Desgraciadamente, las bolsas eran de plástico, lo que significaba que Texas Tom había visto algo que no le había gustado.

—¿Qué?

—Esos malditos vaqueros han tirado la cubertería con los platos de papel. Vas a tener que revisar todas esas bolsas para asegurarte de que no se pierda ni un solo cubierto. Hemos venido aquí con cuatrocientos cubiertos y pienso irme de aquí con todos ellos.

Lorna habría dado cuatrocientos dólares, que eran muchos más de los que tenía, por volver a la casa que había heredado de su tía Carol y hundirse en una bañera de agua caliente perfumada con esencia de vainilla. Tener que rebuscar entre la basura no era la mejor forma de terminar el día.

—Dios mío Tom, ¿y no crees que debería de terminar de lavar estos platos? —estaba de pie, con las zapatillas empapadas, la manguera en la mano y varias fuentes y utensilios de cocina frente a ella que tenía que aclarar antes de que Tom empezara a guardarlos en la furgoneta.

—Sí, pero antes tendremos que contar los tenedores y si falta alguno, alguien tendrá que pagarlo —gruñó, al tiempo que deslizaba la mirada por las piernas desnudas de Lorna. Texas Tom le había advertido que tendría que utilizar un uniforme para trabajar, de

modo que Lorna se había ido hasta Marysville y allí se había gastado en un uniforme treinta y siete dólares que en realidad necesitaba para pagar el teléfono. Estaba tan contenta de haber encontrado trabajo que no se había cuestionado aquel gasto. «El dinero llama a dinero», decía siempre su madre. ¿Y qué importancia tenía remover entre la basura? Se pondría unos buenos guantes y se dotaría de un esmerado lenguaje repleto de palabrotas. Podría maldecir cuanto quisiera sin que nadie la oyera.

Intentó terminar de limpiar rápidamente la cocina. El sol ya se había puesto. El sobrino de Texas era un joven decente y cuanto antes terminara ella de limpiar, antes volverían él y su tío a Marysville. Con o sin sus cuatrocientos cubiertos.

—Eh —comentó el sobrino de Tom cuando Lorna terminó con las bandejas y cerró la manguera—. ¿Cómo va todo?

—No podemos irnos hasta que hayamos contado los cubiertos —le contestó—. Tu tío cree que algunos han terminado en la basura.

—Cáspita. ¿Ya se está quejando otra vez?

—Eso me temo.

—Yo te ayudaré —se ofreció—, en cuanto termine de cargar la furgoneta. Estoy a punto de terminar.

—No te preocupes —Lorna tomó una linterna e iluminó las bolsas de basura—. Con un poco de suerte, no creo que tarde mucho. Se supone que los cubiertos estarán en el fondo de las bolsas, ¿no es cierto?

El jovencito bajó la voz.

—A veces mi tío es insoportable.

—Lo único que yo quiero es que me pague —contestó Lorna, iluminando la furgoneta—. Y me ha prometido pagarme en efectivo.

—Sí —repuso el chico—. Ya sé lo que quieres decir. Buena suerte.

Buena suerte. ¿Pero de verdad existía? Quizá sí, quizá no. Suerte sería que el hombre de sus sueños por fin se fijara en ella. O encontrar un trabajo con un buen sueldo y tres semanas de

vacaciones al año. Lorna desató una bolsa de basura y se puso un par de guantes amarillos. Suerte sería no tener que trabajar nunca más para Texas Tomas.

## Capítulo dos

—No va a conducir, ¿verdad? —le preguntó el camarero.

Jess negó con la cabeza.

—Voy andando —contestó. Iría andando hasta su camioneta y dormiría en la cabina. No sería la primera vez que lo hacía, aunque aquellos días ya habían pasado. Durante su malgastada juventud.

Pero con treinta y tres años, ya ni siquiera era capaz de beber *whisky*, o cualquier licor parecido, sin terminar haciéndose daño a sí mismo. Aun así, una boda precedida por su propio divorcio era algo que merecía la pena intentar olvidar.

Dejó el vaso vacío sobre la barra, sorteó el cuerpo de dos vaqueros que no habían sucumbido a los vapores del alcohol y consiguió salir de la carpa sin caerse. Casi todo el mundo se había ido a casa, o al cobertizo para terminar lo que en la fiesta habían empezado. Incluso los músicos habían guardado sus instrumentos y Texas Tom estaba cargando su furgoneta.

Jess creía haber aparcado su camioneta por aquella zona, cerca de la furgoneta de Texas Tom, aunque no estaba seguro. Aun así, imaginaba que si caminaba hacia aquellas luces, iría en la dirección correcta. Al acercarse, le sorprendió ver a la atractiva camarera rebuscando entre la basura como un perro hambriento.

—Cariño —dijo arrastrando las palabras y manteniendo la voz suficientemente baja para no asustarla. Ella se sobresaltó, se volvió y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Qué?

—Cariño —volvió a intentarlo, llevándose la mano a la cartera que llevaba en el bolsillo del pantalón—. Estoy condenadamente seguro de que no deberías verte en esta situación —sacó un par de billetes

de veinte dólares de la cartera y se los tendió.

—¿Qué estás haciendo? —no parecía muy dispuesta a aceptar su dinero. De hecho, incluso había retrocedido.

—Es para que te compres comida decente —le dijo, tendiéndole los billetes otra vez. Con cuarenta dólares podría comer por lo menos durante tres días si los administraba bien—. No hay ningún motivo para que tengas que remover la basura buscando comida. ¿Ese bast... Texas Tom no te ha dado de cenar?

Tenía la sensación de que la chica se iba a reír, pero no conseguía verle bien la cara desde que se había apartado de la linterna. Advirtió un destello de sus ojos azules y reparó en aquellos labios que parecían hechos para... bueno, para algo que cualquier hombre sería capaz de imaginar.

—Estoy buscando cubiertos —contestó—. Y no tengo hambre, gracias.

—Cubiertos —repitió él, deseando parecer sobrio. Cuando ella le había sonreído, se había sentido ligeramente mareado—. ¿Para qué?

—Texas Tom está contando la cubertería —apartó una bolsa de basura y continuó con otra—. Tengo que asegurarme de que no pierda ninguno de sus preciosos cubiertos antes de irme a casa.

—¿Y los que no encuentres te los descontará de tu salario?

—Probablemente —estiró el brazo para tomar otra bolsa y sacudió la cabeza—. Pero ya he encontrado dos —los sacó del bolsillo del delantal y se los enseñó—, así que supongo que ya he cumplido con mi deber.

—Quizá mañana aparezca algún otro entre la hierba —le dijo Jess, intentando ser útil. Al fin y al cabo, no estaba tan bebido como para no serlo. Y aquella mujer era condenadamente guapa.

—Eres Jess Sheridan, ¿verdad?

—Sí señora —así que lo conocía. O por lo menos sabía quién era. La mayor parte de los habitantes de Beauville lo sabían. Fue a quitarse el sombrero, pero se dio cuenta de que no llevaba nada en la

cabeza. Maldita fuera. Aquel sombrero le había costado un buen puñado de dólares hacía menos de seis meses. Y probablemente estuviera en aquel momento pisoteado en el suelo de la carpa.

—Has bebido mucho —le dijo ella—. ¿A dónde vas?

—A dormir, en mi camioneta —señaló hacia el lugar en el que esperaba que estuviera aparcada—. Está por allí.

—¿Y crees que podrás encontrarla?

No le gustaba tener que mentir, pero un hombre tenía su orgullo.

—Sí, sin problema.

—¡Lorna! ¿Quieres dejar de coquetear con los borrachos y empezar a contar mis malditos cubiertos? —un hombre bajo y feo, con la constitución de un toro, se acercó rugiendo hacia la camarera y se detuvo cuando ya estaba casi a punto de chocar con ella. Jess estaba suficientemente cerca de él como para advertir que fijaba la mirada en el pecho de aquella preciosa dama.

—¿A quién estás llamando borracho? —se enderezó cual largo era, consciente de su impresionante altura, y fulminó con la mirada a aquel lujurioso gritón.

—No importa —dijo la camarera, y le tendió los cubiertos—. Toma, eso es todo lo que he encontrado, Tom. Ahora me voy a mi casa.

—No tan rápido, señorita —repuso él, quitándole los cubiertos—. Todavía no hemos terminado.

La mujer puso los brazos en jarras.

—He estado asando costillas, cortando ensalada, sirviendo, limpiando e incluso rebuscando entre la basura. Llevo trabajando desde las nueve de la mañana. Esto está limpio, el día ha terminado y quiero irme a mi casa y meterme en la cama. Ahora.

Jess se la quedó mirando fijamente. Se había perdido parte de lo que había dicho, pero había entendido la idea en general. Aquella mujer estaba cansada.

—¿A la cama? —preguntó Texas Tom con una sonrisa y una nada

agradable expresión—. Yo te llevaré, Lorna, si eso es lo que quieres.

—Lo que quiero es que me pagues ahora mismo. Ocho dólares por hora más las propinas —no parecía dispuesta a ceder, algo que no sorprendió a Jess en absoluto. Cuando una mujer ponía los brazos en jarras, eso significaba que lo mejor que podía hacerse era escucharla.

Tom miró a Jess y, al parecer, decidió jugarse la vida.

—Lárgate, vaquero. Lorna y yo tenemos asuntos de los que ocuparnos.

—No, pienso quedarme aquí —contestó, deseando no haber tomado la última copa—. Y creo que será mejor que le dé a esta señorita lo que quiere.

—¿Ah así? —Tom se metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de billetes. Contó algunos y se los entregó a la camarera—. Cien dólares más cincuenta por las propinas. ¿Ya estás contenta?

—Sí —el dinero desapareció en el bolsillo de su delantal—. Buenas noches —le dijo a Jess y comenzó a retroceder.

—... noches —contestó Jess, dándose cuenta entonces de que no podía seguir posponiendo la búsqueda de la camioneta. Además, estaba comenzando a tener hambre. Si no podía encontrar la camioneta, quizá pudiera encontrar una cafetería y tomarse algo sustancioso. Cuando salió del círculo de luz de la linterna, volvió a oír la voz de Texas Tom.

—No tan rápido, pequeña —había bajado la voz, pero Jess continuaba oyéndolo—. Tengo más billetes igualitos que esos, no sé si sabes lo que quiero decir. Una mujer como tú, debería jugar bien sus cartas para poder levantarse con algún dinerito debajo de la almohada.

—Oh, por el amor de Dios —farfulló la mujer. A continuación se oyó un grito—. ¡Estate quieto!

En cuestión de segundos, Jess estaba ya sujetando a Texas Tom del cuello y alejándolo de la camarera.

—La dama ha dicho que no —replicó Jess, arrastrando las palabras—. Así que creo que ya es hora de que te montes en la furgoneta y te vayas de aquí.

Tom dejó de hablar. Jess lo soltó, cansado de todo aquel lío, y lo lanzó hacia las bolsas de basura, donde permaneció tumbado, intentando recuperar la respiración.

—Gracias —la camarera le sonrió y Jess se sintió tambalear.

—De nada, señora —respondió con extremada cortesía.

Deseó no haber perdido su sombrero. De esa forma habría podido mantenerlo entre las manos mientras rezaba para ver una vez más aquella sonrisa.

—¿Necesita que la acompañe a su casa?

—No, gracias —le aseguró, después de mirar a Tom por encima del hombro—. Ya me ha dejado en paz y me ha pagado el dinero que me debía.

—Puedo acompañarla dando un paseo —se ofreció Jess, esperando que viviera en la misma dirección en la que él había dejado su camioneta. O al menos que pudiera verla de camino a su casa.

—Gracias, pero...

Jess apenas fue consciente de lo que le pasó. Pero antes de perder la conciencia había llegado a la conclusión de que Texas Tom era un hombre vengativo.

Lorna permanecía sentada en la hierba, al lado del hombre de sus sueños, pensando nuevamente en la suerte. ¿Aquello era buena o mala suerte? Había estado locamente enamorada de Jess Sheridan desde los trece años y después de tanto tiempo, por fin estaba pasando una noche con él. El hecho de que estuviera roncando e inconsciente no disminuía en nada el hecho de que estuviera con él.

Lorna siempre había deseado que se fijara en ella y cuando por fin lo había hecho, había sido porque pensaba que estaba buscando comida entre la basura. No podía decirse que fuera muy buena

suerte, pero había disfrutado hablando con él, aunque estuviera demasiado bebido, hubiera hecho alguna tontería y seguramente no recordara nada de lo ocurrido a la mañana siguiente.

Le gustaba mirarlo. Lorna deslizó la mirada por aquel rostro que siempre le había parecido atractivo. Tenía el pelo oscuro y quizá demasiado corto, pero se le ondulaba de una forma deliciosa por la frente. Tenía una nariz grande que encajaba perfectamente con su rostro, los labios gruesos y la piel bronceada, como si trabajara mucho tiempo fuera de casa. A Lorna le parecía adorable su barbilla. Tenía un pequeño hoyuelo: podía ver su sombra y decidió tocarlo con el dedo. Sintió su piel suave, seguramente Jess se había afeitado justo antes de ir a la boda.

No parecía estar sufriendo. Y tampoco estar muerto. Parecía relajado y tranquilo, como si estuviera echándose una siesta. Su respiración era regular y a veces un poco ruidosa. No sangraba por ningún lado. Al principio, Lorna había pensado en ir a buscar ayuda, pero eso habría supuesto dejar a su rescatador solo entre un montón de bolsas de basura, y no le había parecido bien.

Texas Tom se había marchado a toda velocidad, sobre todo después de que Lorna hubiera amenazado con llamar a la policía. Lorna pensaba que había sido su grito el que había hecho que Tom se metiera rápidamente en la furgoneta con las tenazas de metal con las que había golpeado a Jess todavía en la mano. Lorna había soltado un grito que podía haber resucitado a un muerto, pero, curiosamente, nadie en Beauville había acudido a su rescate. Era sábado por la noche y se oía la música procedente de uno de los bares de la localidad. La carpa en la que habían montado la barra de cerveza todavía estaba en pie, pero no quedaba nadie en su interior.

Lorna volvió a mirar al hombre que estaba tumbado en la hierba. No podía dejarlo allí, pero era demasiado grande para llevarlo a rastras hasta su casa, a pesar de lo cerca que estaba. Podía haber ido a la oficina del *sheriff*, pero no quería causarle problemas a Jess. Y

tampoco podía quedarse toda la noche allí, esperando a que apareciera alguien dispuesto a ayudarla. No, iba a tener que arreglárselas ella sola.

—Jess —dijo en voz alta, a pocos centímetros de su atractivo rostro—. ¿Jess? Jess Sheridan, despiértate —intentó sacudirlo por los hombros, pero estaba siendo demasiado delicada. Alzó la voz y lo sacudió con más fuerza, pero lo único que consiguió fue un ligero susurro de Jess que, casi al instante, se volvió a dormir. Lorna suponía que aquel profundo sueño estaba más relacionado con el alcohol que había ingerido que con las tenazas de Texas Tom, pero aun así, se sentía culpable de su situación.

Así que continuó hablándole y sacudiéndolo hasta que Jess abrió los ojos y dijo:

—Por el amor de Dios, ¡déjeme en paz!

La victoria era suya... Por lo menos hasta que intentó mantenerlo en pie. Jess parecía haber vuelto a dormirse, pero al menos la rodeó los hombros con el brazo y, agarrándolo por la cintura, Lorna consiguió cruzar con él el parque y la calle. Había luz en la mayor parte de las casas de aquel barrio de las afueras. Cruzaron sin ningún problema, a pesar de que Jess era un hombre alto y Lorna estaba empezando a preguntarse si no habría cometido un error en su plan de acción. Quizá hubiera sido mejor desgañitarse hasta que alguien hubiera acudido en su ayuda, porque temía estar a punto de romperse la espalda.

Para cuando llegaron a los escalones del porche de la casa de su tía, Jess ya había comenzado a caminar por su propio pie.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a Lorna cuando esta le hizo apoyarse en la fachada de la casa para así poder buscar la llave en el bolsillo.

—En mi casa —empujó la puerta y lo instó a entrar en el salón.

—¿Por qué?

—Porque no podía dejarte en el parque —le explicó mientras

encendía la luz—. No después de lo que has hecho.

—Oh —parecía confundido.

—¿Cómo tienes la cabeza?

—Sobreviviré.

—Eso espero —le sonrió—. No sé si debería llevarte al hospital. Si me dices dónde vives, puedo llevarte a tu casa.

Jess frunció el ceño y sintió que le dolía la nuca. Después miró a su alrededor. Las cajas se amontonaban contra las paredes y no había prácticamente ningún mueble en aquella casa.

—¿Acaba de llegar o está a punto de irse?

—Acabo de trasladarme —contestó. Y le habría hablado de su tía, de su trabajo y, probablemente, habría estado dispuesta a ofrecerle una versión resumida de la historia completa de su vida. Pero Jess comenzó a balancearse otra vez. Lorna lo agarró antes de que se cayera y lo condujo rápidamente hacia el dormitorio, una habitación que todavía no había tenido oportunidad de pintar y en la que estaba la única cama de la casa.

—Lo siento —consiguió decir él—. La boda... El *whisky*... —la miró fijamente mientras ella le colocaba la almohada—. Qué pelo más extraño —murmuró, acariciando uno de los rizos que caían por la mejilla de Lorna—. ¿Quién eres tú?

—Lorna —contestó—. Y creo que deberíamos haber ido al hospital para que vieran si ese golpe en la cabeza ha tenido alguna consecuencia.

Jess esbozó una sonrisa radiante, haciendo que el corazón de Lorna comenzara a latir un poco más deprisa.

—Cariño, ¿te parece que estoy loco?

—Me pareces un hombre que ha bebido más de la cuenta. Duérmete y después te llevaré a tu casa.

—A mi casa —repitió Jess y bostezó—. Buena idea —fue lo último que dijo antes de recostarse contra la almohada y cerrar los ojos.

Lorna se quedó observándolo durante unos segundos, hasta que

decidió que estaba completamente dormido y probablemente así seguiría hasta que lo despertara para llevarlo a su casa. Y lo despertaría en cuanto se hubiera desprendido de aquel repugnante olor a salsa barbacoa y se hubiera lavado el pelo.

Sabía que por mucho que hubiera estado enamorada de la estrella del equipo de fútbol de Marysville Marauders cuando tenía trece años, que por más que hubiera adorado a aquel brusco *sheriff* que ni siquiera la había felicitado el día que se había sacado el carnet de conducir y de que hubiera deseado mil veces en secreto que no se casara con la impertinente Sue Miller y se diera cuenta de una vez por todas de que su vecina ya había crecido, era absurdo esperar que se acordara de ella. Incluso aunque estuviera pasando la noche en su cama. La tía Carol se removería en su tumba si lo viera en su casa. Carol no había pensado mucho en los hombres a lo largo de su vida, pero había dejado muy clara su opinión sobre las mujeres que metían a un hombre en su cama sin estar casadas.

—Bueno, tía Carol —explicó Lorna en voz alta mientras se dirigía al baño—. Lo siento, pero no sabía qué otra cosa podía hacer con él.

Su propio ronquido lo despertó. Eso y un intenso dolor en la nuca. Jess abrió los ojos, esperando encontrarse en la habitación de su hotel. Pero su habitación no olía como la vainilla y, además, no la compartía con una mujer. Y, definitivamente, era una mujer la que estaba acurrucada a su lado en la cama. Temía moverse por miedo a despertarla, pero sus ojos habían ido acostumbrándose gradualmente a la oscuridad y acababa de distinguir una tenue franja de luz al final de la habitación, que probablemente pertenecía al baño.

Apartó la sábana y descubrió que estaba completamente vestido, lo que solo sirvió para aumentar su confusión. Cuando se levantó de la cama, tiró sus botas. Pero el ruido no pareció molestar a aquella mujer. Continuaba acurrucada, relajada y callada.

Jess consiguió llegar al baño, y allí se dio cuenta de que olía como

si alguien le hubiera tirado encima una botella de alcohol. Así que decidió ducharse. Encontró un colutorio dental, toallas en un pequeño armario que había tras la puerta y aspirinas en el armario de las medicinas. Y como no sabía dónde estaba y no le hacía ninguna gracia salir en medio de la noche, volvió al dormitorio y descubrió que la mujer que estaba durmiendo en la cama se había apoderado casi por completo de ella.

¿Quién sería aquella mujer? Recordaba una boda. La boda de Jake. Pero el resto del día y de aquella noche que lo había conducido a la cama de aquella rubia era una nebulosa confusa. No estaba seguro de si debía quitarse o no la toalla que rodeaba su cintura antes de meterse otra vez en la cama o de si debería vestirse otra vez y salir definitivamente de la ciudad.

Pero antes debería saber en dónde estaba. Así que quizá lo mejor fuera quedarse en el mismo lugar en el que se encontraba antes de despertarse, que era en la cama con aquella rubia. Y esperaba poder acostarse sin despertarla.

El que se despertó definitivamente en el momento que la rozó fue su propio cuerpo. Desde luego, lo último que tenía Jess en la cabeza era disfrutar de una experiencia erótica, pero era imposible hacerle razonar a cierta parte de su cuerpo, que había reaccionado en cuanto se había sentado en la cama y había intentado apartar un poco a aquella rubia. Ella se movió sin protestar, acurrucándose nuevamente en su lado de la cama. Llevaba un camisón de flores que dejaba sus brazos al descubierto.

Y su piel era suave. Tan suave que Jess dejó caer la toalla al suelo y decidió que aquella mujer, quien quiera que fuera, debía haberlo invitado a dormir allí, en su cama y, por tanto, no iba a volver a ponerse los vaqueros. Él era todo un caballero, o al menos lo intentaba, pero prefería sentirse cómodo. Y, además, nunca había conseguido ponerse los vaqueros con su miembro erecto.

Jess colocó la almohada, se deslizó nuevamente entre las sábanas

e intentó ponerse cómodo en aquella minúscula cama. El problema fue que la rubia se acurrucó contra su muslo. Y que él no sabía dónde poner la mano.

No era fácil relajarse. Y cuando la mujer se volvió y presionó la nariz contra sus costillas, relajarse se convirtió en una tarea imposible.

—Cariño —musitó él, bajando el brazo para intentar moverse. Sus dedos acariciaron los suaves rizos de aquella melena rubia. Los apartó delicadamente de su rostro. Y qué rostro. Tenía una piel suave como los pétalos de una flor y unos labios dulces que prácticamente rozaban su cuerpo. Jess no sabía qué hacer con ella, pero su cuerpo estaba más que dispuesto a darle instrucciones.

«Canalla y egoísta». Las palabras de su mujer parecían estar burlándose de él. ¿Sería egoísta seducir a una mujer dormida? Él lo había intentado una vez con Sue y a la mañana siguiente ella le había regañado por lo ocurrido. No, decidió, apartando la mano del sedoso pelo de aquella rubia. Apartaría las manos de aquella mujer y controlaría su erección, a menos que ella se despertara y dijera...

—Me gusta —dijo Lorna, y le besó justo encima de la costilla que Jess se había roto cuando, a los siete años, se había caído de un caballo.

Y decidió que jamás había sentido mejor su costilla que después de aquel beso. De hecho, hasta el dolor de cabeza desapareció.

Se volvió lentamente, deseando que su compañera de cama estuviera despierta. Esperando que cuando abriera los ojos no se mostrara sorprendida ni se pusiera a gritar. Lorna se acurrucó contra él, posó la mano en su cintura y al hacerlo rozó con el codo las zonas más sensibles del cuerpo de Jess.

—Cariño —dijo él, deseando poder recordar su nombre.

—Mmm —fue todo lo que ella dijo, y elevó su rostro hacia él.

Pero continuaba con los ojos cerrados. Quizá disfrutara del sexo con los ojos cerrados, especuló Jess. Si era así, él estaba más que

dispuesto a hacerle un favor. Así que inclinó la cabeza y la besó.

Aquellos labios llenos estaban calientes y dispuestos, así que continuó besándola. Se acercó más a ella, rozándola con los muslos. A ella no parecía importarle. De hecho, incluso parecía estar disfrutando, así que Jess deslizó la mano libre hasta su cintura, descendió desde allí hasta sus redondeadas caderas y ocultó la mano por debajo del camisón con intención de buscar nuevamente su cintura. Y allí la dejó, resistiendo la necesidad de hacer el amor en ese mismo instante. No quería precipitarse.

Hacía años que no se acostaba con una mujer. Y, desde luego, no esperaba disfrutar de una noche de sexo ardiente cuando había llegado el lunes a Huntsville, así que lo que realmente le apetecía era hacer el amor lentamente con aquella dulzura.

Y a ella no parecía importarle, porque se mostró maravillosamente receptiva cuando Jess apartó los labios de su boca y los posó en su cuello. Le levantó el camisón para dejar sus adorables senos al descubierto. Unos senos que Jess no pudo resistir tomar con su mano al tiempo que saboreaba su pezón erguido y la instaba a tumbarse para poder prestar la misma atención al otro seno. La oyó gemir y la sintió posar la mano en su hombro. Jess alzó la cabeza y vio su sonrisa. Continuaba con los ojos cerrados, pero sabía que ya estaba despierta, o al menos lo suficientemente despierta como para saber que iban a hacer el amor.

—¿Jess? —susurró ella.

Jess se sintió sorprendentemente aliviado al descubrir que sabía su nombre, que sabía con quién se había acostado.

—Sí, cariño —contestó, pero su cuerpo continuaba tentándolo, así que inició un nuevo camino de besos por su vientre.

Era una mujer dulce y sensible a sus caricias. Y cuando le separó suavemente las piernas y saboreó su sexo con labios y lengua, la sintió estremecerse y suspirar. Y, de pronto, estar dentro de ella le pareció más necesario incluso que respirar.

Así que Jess volvió a colocarse a su lado y se estrechó contra ella. Ella le rodeó el cuello con los brazos, deslizó una pierna alrededor de la suya y le dio la bienvenida a su interior. Jess pensó que había muerto y había subido directamente al cielo... A un paraíso en el que una mujer apasionada quería hacer el amor con él.

Jess se tomó su tiempo. Se movía lenta, muy lentamente. Se hundió más en ella, intentando ver si le hacía daño. Ella parecía estar esperando mucho más y alzaba ansiosamente su boca hacia la suya. Jess tomó su trasero con las dos manos y la sostuvo con firmeza contra él, hasta que empezó a preguntarse si alguna vez querría hacer otra cosa que no fuera permanecer dentro de ella. Casi al mismo tiempo, ella empezó a jadear y Jess sintió las contracciones del orgasmo. Aquello fue todo lo que necesitaba para ponerse al borde del abismo. Cuando llegó el orgasmo, fue mucho más largo e intenso de lo que jamás habría creído humanamente posible.

Mucho más tarde, cuando la luz inundaba la habitación, Jess se levantó de la cama, decidido a escapar. La mujer continuaba durmiendo. Jess sabía ya, a pesar de lo mucho que había bebido la noche anterior, que se había acostado con la camarera de Texas Tom. No sabía muy bien cómo había llegado hasta allí, pero sí que no iba a quedarse para averiguarlo. Tenía que ir a trabajar. Y además, por la mañana las mujeres nunca le gustaban tanto como por la noche.

## Capítulo tres

—Sheridan ha vuelto —oyó Lorna que decía alguien—. Carter ha dicho que llegó a la oficina del *sheriff* ayer por la noche y dejó allí sus cosas.

—¿Dónde estaba hasta ahora?

—Al parecer ha estado trabajando en Huntsville. Por lo que he oído, ha estado muy deprimido desde su divorcio —añadió otra mujer—. Tuvo que dejar la ciudad cuando su mujer se fue con... ¿con quién se fue exactamente?

Nadie contestó y Lorna miró desilusionada a su alrededor.

Le habría gustado saber qué había sucedido exactamente con el matrimonio de Jess y por qué. Esperaba que al menos alguien mencionara si había tenido o no hijos, pero nadie dio ninguna información.

—He oído decir que le ha alquilado una habitación a Jackson.

—Imposible. No creo que haya vuelto a vivir en el pueblo. Seguro que se marchará y empezará a levantar el rancho otra vez.

—Yo pensaba que se había quedado su mujer con el rancho —añadió alguien.

—Sí, pero lo vendió —le explicó otro vaquero jubilado—. Siempre fue una mujer difícil, aunque también muy atractiva.

Lorna tomó la cafetera y volvió a la barra a rellenarles las tazas. Diez taburetes, diez hombres, diez tazas de café. Y un solo tema de conversación: la vuelta de Jess Sheridan. A Lorna le temblaba ligeramente la mano mientras se dirigía hacia la barra. Esperaba que Jess Sheridan regresara a su vida; y al mismo tiempo rezaba para que no lo hiciera. Dependía del día. Y del tiempo. Y de cómo viera su futuro.

—¿Estás bien, Lorna? —le preguntó uno de los hombres mayores  
—. Quizá deberías descansar un poco.

—Estoy bien —mintió. Lo último que necesitaba era la compasión de nadie.

—¿Puedes ponerme un poco de crema? —le preguntó otro de los clientes, empujando el recipiente de la crema hacia ella.

—Claro —terminó de servir las tazas, rellenó el recipiente de la crema, hizo dos operaciones en la caja registradora y miró tres veces por la ventana, pero no vio nada de interés. Beauville no era un lugar especialmente concurrido y la hora del desayuno había terminado. A Lorna le gustaba su trabajo en la cafetería Coffee Pot. Los clientes eran, en su mayor parte, personas poco exigentes. A su jefe le gustaba servir comida buena y mantener la cafetería limpia y no le importaba que Lorna se tomara unos minutos de descanso cuando estaba cansada.

Miró el reloj y vio que eran casi las diez de la mañana. Tenía un rato para descansar antes de la hora del almuerzo.

Así que Jess Sheridan había regresado al pueblo. Había leído en el periódico que había aceptado el puesto de *sheriff*. Y también que era como una especie de héroe que había arriesgado su vida llevando a cabo una misión como infiltrado en la prisión de Huntsville.

A Lorna no le importaba el tipo de héroe que era. Lo único que quería era que se marchara otra vez antes de descubrir que iba a tener un hijo suyo.

Nada había cambiado en Beauville en aquellos seis meses, o al menos así lo creía Jess. Él, por su parte, había realizado su misión en Huntsville, había conseguido añadir una saludable suma de dinero a su cuenta bancaria y podía por fin ponerse de nuevo en contacto con Bobby Calhoun para intentar comprar su rancho. Hasta entonces, prácticamente había vivido como un vagabundo, alojado en la habitación de un hotel. Había ido a ver un par de apartamentos de alquiler, pero todavía no estaba preparado para mudarse.

Condujo por Baumont Street, bordeando la zona norte del parque y recordó entonces que no había puesto un pie en la ciudad desde el día de la boda de Jake Johnson. No había olvidado aquella noche. Y, probablemente, jamás la olvidaría. No había vuelto a beber una gota de alcohol desde entonces. En toda su vida, no había hecho nada tan estúpido como lo de aquella noche, aparte de casarse, claro.

Así que no debería estar pensando en el sexo, se dijo. No debería estar cruzando las calles de Beauville esperando a que apareciera por cualquier esquina una rubia de caderas sinuosas e intentando recordar dónde vivía. Sabía que era una casa pequeña, situada cerca del parque. Pero después de aquella gloriosa noche, el dolor, la vergüenza y la culpa le habían impedido averiguar exactamente dónde estaba. Había vuelto precipitadamente al lugar en el que se había celebrado la boda y había encontrado su camioneta aparcada en una esquina. Desde luego, aquella no había sido una de las mejores mañanas de su vida.

Jess giró hacia la calle principal, intentando olvidar su estúpido comportamiento de aquella noche. Le apetecía tomarse una taza de café. El Coffee Pot no parecía estar muy lleno, de modo que sería el lugar perfecto. No tenía muchas ganas de hablar.

Afortunada o desgraciadamente, hablar iba a ser una tarea difícil, porque la boca se le secó completamente al ver a la mujer con la que había compartido la cama el verano anterior detrás de la barra. ¿Pero realmente era ella? Jess vaciló un instante antes de sentarse al lado de la puerta. La mujer que estaba en el otro extremo de la cafetería, sentada de espaldas a él, tenía una melena rubia y rizada que le parecía inconfundible.

Aun así, no sabía si quería o no que fuera ella. Por una parte, no estaba seguro de que lo recordara. Lo cual no era precisamente muy halagador para ella. Y tampoco para él, claro. Y por otra, era condenadamente embarazoso encontrarse con alguien a quien solo se conocía de una noche de sexo.

¡Pero qué noche!

Jess le pidió un café a Charlie, que acababa de salir de la cocina para darle la bienvenida.

—¿Puedo ofrecerte algo, Jess? Los desayunos son lo mejor de la casa.

—En ese caso, tomaré un par de huevos revueltos —contestó. No tenía hambre, pero no quería ofender a Charlie.

—Te hemos echado de menos por aquí —comentó el cocinero, acercándose al mostrador para servirle un café—. ¿Solo?

—Sí —contestó, mirando de reojo a la joven que estaba sentada en el taburete—. Así que no me has olvidado.

—Claro que no. No has estado fuera tanto tiempo.

—¿Ahora haces tú de camarero?

—No, solo está descansando un momento. Pero llámala si necesitas algo.

—Gracias —Jess tomó un sorbo de café y miró a su alrededor. Todo seguía prácticamente como él recordaba. Aunque él no había crecido en aquel pueblo, su padre lo llevaba a desayunar todos los sábados por la mañana a aquella cafetería. Saludó a un par de ancianos que estaban sentados en la barra, mirando hacia él. Fingió reconocerlos al tiempo que les agradecía sus saludos de bienvenida, pero en realidad estaba más pendiente de la mujer que estaba sentada en una mesa, en el otro extremo del restaurante. Y al cabo de unos minutos, decidió que había llegado ya el momento de contestar a la llamada de la naturaleza.

Así que se deslizó de su asiento, dejó el sombrero en la barra y se dirigió hacia el final del restaurante. Aunque intentó mirar por el rabillo del ojo, no pudo ver a la camarera cuando pasó por delante de ella. Jess entró en el servicio de caballeros, se lavó las manos, se atusó el pelo y se miró en el espejo, que le devolvió la imagen del mayor de los estúpidos de todo Texas.

Cuando salió de nuevo, el corazón le latía a más velocidad de la

habitual y volvía a sentir la garganta seca. Y todo por culpa de una melena rubia. Su mirada voló nuevamente hacia ella y la reconoció al instante, a pesar de que tenía la cabeza gacha y parecía estar concentrada en una revista.

—Perdóneme —le dijo, deteniéndose al lado de su mesa. Aquel perfil de nariz diminuta, aquel pelo... tenía que ser suyo. De modo que cuando Lorna se volvió y alzó la mirada, no tuvo ninguna duda de que acababa de encontrar a la mujer con la que había hecho el amor. De hecho, ella se sonrojó. Y Jess pensó que también él sentía la cara un poco caliente.

—¿Sí?

A Jess se le ocurrió entonces que ni siquiera sabía su nombre.

—¿Nos conocemos?

Lorna lo miró directamente a los ojos y mintió.

—No, creo que no.

—Vaya —Jess la miró fijamente, hasta conseguir que pestañeara y apartara turbada la mirada—. ¿Está segura?

Lorna volvió a mirarlo otra vez.

—Lo siento —contestó, pero no había ningún arrepentimiento en su voz—. Supongo que no soy capaz de acordarme.

—Sí —Jess volvió de nuevo hacia su café, dispuesto a disfrutar de los huevos que Charlie le había preparado. O bien aquella mujer no se acordaba realmente de él o no quería acordarse.

Suponía que en el fondo estaba tan avergonzada como él por lo que había ocurrido aquella noche. Le dio las gracias a Charlie por los huevos y bajó la voz para que solo él pudiera oírle mientras le preguntaba:

—¿Es la camarera?

Charlie se echó a reír.

—Sí, te he visto hablando con ella. ¿Qué tal te ha ido?

—No demasiado bien.

—No eres el primer hombre que lo intenta y fracasa. Así que no

sé si merece la pena que te esfuerces mucho.

—¿Cómo se llama?

—Lorna —respondió Charlie.

A Jess le resultaba familiar aquel nombre. ¿Se lo habría dicho ella aquella noche?

—¿Y cómo se apellida?

—Walters. Es de Marysville, pero heredó la casa de su tía el verano pasado —Charlie le guiñó el ojo—. Si quieres saber algo más, tendrás que preguntárselo.

Y, tras haber averiguado quién era, eso era precisamente lo que iba a hacer. Además, estaba seguro de que aunque no quisiera admitirlo, Lorna Walters sabía exactamente quién era él. Podía hablar con ella otra vez. Quizá hasta pudiera invitarla a cenar. Le demostraría que no era el bebedor al que había conocido meses atrás. Después de haber prestado sus servicios en Marysville durante diez años, había pasado a ser el *sheriff* de Beauville. Era un hombre conocido y respetado, o al menos eso esperaba.

Jess atacó los huevos, aunque en realidad no tenía demasiado apetito. Lorna Walters no quería saber nada de él y él, por su parte, debería haberse imaginado que su suerte con las mujeres no iba a cambiar de un día para otro. Había tipos afortunados y otros que lo mejor que podían hacer era quedarse en casa con su perro, su refrigerador y el mando a distancia del televisor.

Jess comía rápido y no pidió una segunda taza de café, lo que significaba que Lorna no tendría que prolongar su descanso mucho más de lo habitual. Porque desde luego, por nada del mundo iba a abandonar su mesa para enseñarle a Jess Sheridan su nueva figura, aunque eso significara tener que estar sentada en aquella silla hasta el anochecer. Sabía, por supuesto, que no podría evitar que la viera antes del mes de marzo, que era cuando tenía que dar a luz. Pero cuanto más pudiera retrasar lo inevitable, mejor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Charlie al ver que se servía

otro vaso de agua fría.

—Sí, muy bien —limpió el mostrador y se aseguró de que todos los servilleteros estaban llenos.

—El nuevo *sheriff* ha preguntado por ti —dijo Charlie, sonriéndole. Lorna sintió que se le detenía el corazón.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho tu nombre. Y que si quería saber algo más, tendría que preguntártelo a ti —el cocinero sacudió la cabeza—. Para ser una mujer embarazada, estás muy solicitada. ¿Cómo es posible que no estés saliendo con nadie?

Lorna intentó reír y acarició su abultado abdomen.

—Dejaré que seas tú el que se lo imagine.

—Ese niño necesita un padre —le advirtió Charlie—. Y tú vas a necesitar un marido.

—Eso no estaría nada mal, Charlie —respondió Lorna, intentando mantener un tono de voz tranquilo—. ¿Y has pensado en alguien en particular?

Se oyó una voz procedente del otro extremo del mostrador.

—¿Qué te parece el desgraciado que te hizo eso?

—Él no está disponible, Mike —contestó ella.

Mike Montero vivía solo, pasaba muchas horas en la cafetería y nunca se había inhibido a la hora de expresar sus opiniones. Parecía tener unos noventa años. A Lorna todavía la asustaba un poco.

—Humm —gruñó, mirando el vientre de Lorna con el ceño fruncido—. En mis tiempos, las mujeres no tenían hijos si no estaban casadas. Los hombres se casaban con ellas y les daban el apellido a sus hijos.

—¿Has estado casado alguna vez? —le preguntó Lorna, deseando cambiar de tema antes de que expresara otra de sus opiniones sobre su embarazo.

—Sí, señora, con la mujer más dulce que jamás ha conocido nadie. Hacía las mejores tartas del mundo. Mi Felicia era una cocinera

excepcional.

—¿Qué clase de tartas? —le sirvió una taza de café recién hecho. Normalmente, Mike se quedaba allí hasta la hora del almuerzo y después se iba a casa «a trabajar un poco», o al menos eso era lo que decía, porque Lorna sospechaba que en realidad iba a echarse la siesta.

—De manzana, de melocotón, de ruibarbo —suspiró—. Felly nos dejó hace veintisiete años y yo todavía echo de menos aquellas tartas —le dirigió una dura mirada—. ¿Tú sabes hacer tartas?

—No, nunca he aprendido.

—Bueno —comentó Mike, asintiendo para sí—. Ese es tu problema. Aprende a hacer tartas y quizá entonces encuentres un hombre.

Lorna disimuló un suspiro. Mike no lo sabía, pero ella estaría dispuesta a hornear miles de tartas y pasteles si de esa forma pudiera conseguir que Jess Sheridan se enamorara de ella.

—Ojalá fuera tan sencillo, Mike —le dijo.

Mike se encogió de hombros y levantó su taza de café.

—Debería serlo, señorita, sí señor.

Walters. Lorna Walters. Él había crecido al lado de una familia Walters. Vivían en su misma calle. Y quizá tuvieran una hija que se llamara Lorna, pero la verdad era que él no se acordaba. Jess tecleó aquel nombre en el ordenador, pero la única información que apareció fue el número de su carnet de conducir y su dirección. No la buscaban por nada, no había cometido ningún tipo de infracción. En fin, por lo menos ya sabía dónde vivía y podía ver si aquella era la casa que él recordaba.

O no. También podía dejarlo pasar, convertir aquella noche en uno de esos encuentros entre desconocidos que era mejor dejar para siempre en el pasado.

Sin embargo, y no sabía por qué, no podía dejar así las cosas. Se dijo a sí mismo que necesitaba disculparse. Se dijo que necesitaba

saber, exactamente, qué era lo que había pasado aquella noche. Al fin y al cabo, había tenido un bulto en la cabeza durante más de una semana. Y se dijo también que, una vez más, se estaba comportando como un estúpido.

Pero a las siete y doce minutos de aquel mismo lunes, Jess estaba llamando a la puerta del número mil doscientos cinco de Norty Comstock, esperando a que Lorna le abriera la puerta.

Lorna abrió los ojos como platos al reconocerlo, pero permaneció detrás de la mosquitera.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Jess Sheridan, y nos conocemos —se interrumpió, esperando estar actuando correctamente—. Quería disculparme por lo que ocurrió aquella noche.

—No tiene por qué disculparse —contestó. Jess advirtió entonces que tenía una almohada frente a ella. Llevaba puesta una bata rosa y tenía el pelo mojado.

—Supongo que he venido en un mal momento —esperó a que lo invitara a pasar. Era muy difícil hablar con una mosquitera de por medio. Empezaba a sentirse incómodo. Como si hubiera cometido un gran error.

—En realidad no. Simplemente es una situación un poco embarazosa. ¿Cómo ha encontrado mi casa?

—Soy el *sheriff*. Le pregunté su nombre a Charlie y lo demás fue fácil.

—Sé quién es usted. Y también lo sabía el día de la boda.

Una vez más, Jess sintió un muy poco habitual calor en el rostro.

—La verdad es que no recuerdo muy bien lo que ocurrió aquella noche. Y esperaba que usted me lo contara. ¿Estaba muy borracho?

—Se comportó como un perfecto caballero —lo tranquilizó Lorna—. Me sacó de un aprieto y a cambio se llevó un buen golpe en la cabeza. Por eso lo llevé a mi casa, para que se recuperara.

—Para que me recuperara —repitió Jess, recordando lo bien que

estaba entre sus brazos. Se había recuperado estupendamente y cuando se había sentido en su interior, había creído estar directamente en la gloria.

Fue Lorna la que se sonrojó entonces.

—¿Le importaría que olvidáramos esa noche? —le preguntó, suplicándole con aquellos enormes ojos azules que pusiera fin a la conversación—. Por favor, no espero que me crea, pero no me dedico a traerme borrachos a casa después del trabajo. Le aseguro que usted fue el primero.

—Y yo normalmente no bebo —le dijo Jess—. Supongo que para los dos fue algo fuera de lo normal —estaba dispuesto a creerse cualquier cosa que Lorna le dijera, advirtió. Incluyendo que la tierra era plana, el cielo verde y el estado de Texas bordeaba el océano Atlántico. Pero aun así, tenía la sensación de que había algo más. De que Lorna no había sido del todo sincera. Jess había sido policía durante muchos años.

—¿Quién me pegó?

—Texas Tom —estrechó la almohada contra su cuerpo—. El rey de las barbacoas. Estaba trabajando para él en la boda.

Jess se devanaba los sesos, intentando recordar.

—¿Ocurrió algo relacionado con la basura?

—Sí —Lorna sonrió, solo un poco. Pero lo suficiente para que a Jess se le acelerara el corazón. Deseó que volviera a sonreírle, deseó que abriera la mosquitera y lo invitara a pasar.

—Tom no se estaba comportando muy bien y usted me defendió. Le obligó a darme el dinero que me debía por haber trabajado para él en la boda. Yo... he... no podía dejarle tumbado entre todas aquellas bolsas de basura, principalmente porque yo era la razón por la que le habían herido.

Aquello tenía sentido. Pero entonces, ¿qué era lo que Lorna le ocultaba?

—Me gustaría invitarla a cenar —dijo Jess, intentando parecer

natural al tiempo que tenía la sensación de que le iba a dar un infarto cardíaco—. Para agradecerle su ayuda y para disculparme por no haberme quedado a la mañana siguiente, para darle las gracias personalmente —ya estaba. Lo había dicho todo, pero no había sido fácil. No, había sido condenadamente difícil, cuando sabía lo maravilloso que había sido sentir aquel cuerpo entre sus brazos. O lo dulces que sabían aquellos labios entreabiertos para recibir su beso.

—No es necesario, de verdad —respondió Lorna.

—Aun así, me gustaría invitarla a cenar.

—No puedo —contestó—. Pero gracias por haber venido.

—¿No quiere o no puede?

Lorna pareció sobresaltarse.

—¿Qué?

—¿Está saliendo con otra persona? —preguntó Jess, intentando ignorar un repentino y absurdo ataque de celos. Si había otro tipo, le gustaría saber si se la merecía.

—Humm, no. La verdad es que ahora no estoy saliendo con nadie.

—Entonces, podrá salir a cenar conmigo el viernes por la noche.

—Señor Sheridan, en realidad, no puedo salir con usted.

—Llámame Jess —le dijo—. Vendré a buscarte a las siete —y sin más, dio media vuelta y bajó a toda velocidad los escalones del porche. No quería oír sus protestas, no quería oírla rechazar su invitación. No pasaría por el Coffee Pot durante el resto de la semana para no darle la oportunidad de decirle que no iría. Y si llamaba a la oficina del *sheriff*, no se pondría al teléfono.

Jess era un hombre paciente. De modo que podía esperar perfectamente hasta el viernes.

Lorna no apartó la almohada de su vientre hasta que dejó de oír el motor del coche del *sheriff*. Afortunadamente, estaba haciendo la cama justo cuando Jess había llamado a la puerta.

No iba a poder evitarlo eternamente, por supuesto. Quizá ni siquiera un día más. Pero Lorna quería retrasar aquella particular

confrontación cuanto pudiera. Era una cobarde de la peor especie y, además, odiaba los conflictos. Habría una escena, seguro. Y ella odiaba las escenas.

Lorna permaneció en la puerta, observando a los hijos de sus vecinos jugar en el jardín. En la hierba había algo que les había llamado la atención y los dos niños de más edad parecían fascinados. Emily Bennett salió en ese momento de su casa, con su hija más pequeña en brazos, y le dijo a su hijo que entrara, que había llegado ya la hora del baño. Lorna sonrió al ver la cara de disgusto del pequeño que, aun así, obedeció.

Emily miró hacia su casa y la saludó con la mano. Lorna le devolvió el saludo y Emily comenzó a cruzar la calle.

—¡Lorna! —la llamó—. ¿Cómo te encuentras?

Lorna abrió la puerta para que entraran Emily y Elly.

—Muy bien. Estoy embarazada, eso es todo.

—¿Va todo bien?

—Claro. Entra —las visitas de Emily siempre le habían hecho sentirse parte del vecindario.

—He visto que el *sheriff* llamaba a tu puerta y me he preguntado... —Emily arqueó una ceja—. Vaya, vaya, ¿hay algún misterio en todo esto? Te has puesto colorada.

—Estoy un poco acalorada, eso es todo —mintió y desvió su atención hacia Elly—. Hola, ¿me vas a dar un beso? —Elly le ofreció un sonoro beso que ni de lejos alcanzó la mejilla de Lorna, pero aun así, esta se lo agradeció.

—Tengo alguna ropa que darte para el bebé —anunció—. Por fin he conseguido que George subiera al desván y me bajara algunas cajas.

—Te lo agradezco, ¿pero estás segura de que no la vas a necesitar? Emily sonrió radiante.

—Me llevas unos meses de ventaja. Para cuando nazca mi hijo, al tuyo ya se le habrá quedado pequeña toda esta ropa.

—Me cuesta imaginarme cómo me las voy a arreglar con un solo niño, así que ni siquiera soy capaz de pensar qué vas a hacer tú con cuatro.

—Es más fácil si no los tienes todos a la vez —contestó su vecina riendo—. ¿Ya sabes si va a ser niño o niña?

—Todavía no. A veces pienso que debería preguntárselo al médico, pero otras me alegro de no saberlo. ¿Te parece una tontería? —se hundió ligeramente en el sofá y se palmeó el vientre—. Supongo que debería estar un poco más preparada.

—Tengo un montón de ropa para ti —le aseguró Emily—, tanto si es niño como si es niña. Te la traeré toda, para que veas lo que quieres.

—No sé cómo agradecértelo.

—Bueno, algún día tendrás que hacer de canguro —dijo Emily, apartando la manita de Elly de las plantas de Lorna. Miró a su alrededor—. Veo que has estado pintando.

—Tía Carol adoraba el rosa y la verdad es que yo estoy intentando deshacerme de él.

—El blanco es mucho más bonito —comentó Emily antes de levantarse—. Será mejor que me vaya. Parece que estabas ya preparada para irte a la cama. ¿Vas a seguir trabajando durante mucho más tiempo en el Coffee Pot?

—Todo lo que pueda —respondió Lorna—. Todavía me quedan tres meses hasta que llegue el bebé y quiero intentar trabajar hasta que salga de cuentas.

Acompañó a Emily a la puerta, se despidió de ella y cerró. Tenía trabajo, una amiga y estaba a punto de tener un hijo. Y Jess Sheridan no pintaba nada en medio de aquel paisaje.

## Capítulo cuatro

—La señorita Lorna Walters al teléfono —susurró Chelsea, mirando a Jess con curiosidad.

Su nueva secretaria acababa de salir del instituto, llevaba las uñas pintadas de rojo y tenía una melenita rubio platino que le llegaba hasta la barbilla. Parecía haber estado maquillándose durante horas y llevaba la minifalda más corta que Jess había visto en su vida. Carter, su joven ayudante, apenas podía apartar la mirada de ella cuando la había visto entrar en la oficina, pero a Jess le habría gustado que se cortara las uñas y se vistiera de forma más conservadora.

—¿Ya ha cambiado de opinión?

Jess le pidió al cielo paciencia.

—No —contestó—. Dile que no me puedo poner y no le ofrezcas que me deje ningún mensaje.

La nueva secretaria del *sheriff* hizo lo que su jefe le pedía y sacudió la cabeza.

—Esa no es manera de tratar a una mujer, *sheriff*.

—Ya lo sé —contestó él, esperando que entendiera el mensaje: no necesitaba que nadie le diera consejos sobre su vida amorosa. Además, incluso en el caso de que necesitara un consejo, Chelsea sería la última persona a la que se lo pediría. Porque probablemente le aconsejaría que se rapara la cabeza o se hiciera un tatuaje.

Chelsea señaló el calendario que tenía Jess sobre su escritorio.

—Debería ser más amable con ella. Al fin y al cabo, tiene una cita con ella el viernes por la noche. Seguro que es una mujer muy especial.

—¿Y tú cómo sabes que tengo una cita con ella? —él solo había escrito *La las 7*, nada más.

—Ha escrito esa cita con rotulador rojo. Usted nunca usa el rotulador rojo.

—Es una cita de trabajo —mintió.

—Usted no trabaja los viernes por la noche.

—Solo llevamos trabajando juntos cuatro días, Chelsea —señaló Jess—. No puedes saber nada sobre los rotuladores que utilizo ni sobre mi horario —lo que le sacaba de quicio era que Chelsea tenía razón.

—Las cosas importantes están escritas en rotulador rojo y las llamadas de teléfono y las reuniones en azul. ¿Por qué nunca usa el color negro?

—Chelsea —le advirtió Jess, a punto de perder la paciencia—. Apártate de mi agenda.

—No puedo —respondió, sin inmutarse por su mal humor—. Estoy metiendo sus citas en el ordenador, para poder recordárselas.

—No necesito que nadie me recuerde lo que tengo que hacer —se volvió hacia el montón de papeles que tenía en el escritorio. ¿Cómo iba a olvidar una cita con Lorna cuando se había pasado los últimos tres días intentando averiguar cómo evitar encontrarse con ella?

Todo saldría bien, se dijo una vez más. Todo saldría bien en cuanto se disculpara y le demostrara que era un hombre respetable y un sobrio compañero de mesa.

—Claro que lo necesita —insistió Chelsea—. Tengo un programa maravilloso. ¿Va a llevarle flores?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque va a ser algo sencillo. Solo es una cena con una antigua amiga.

—Esa Lorna es Lorna Walters, esa chica tan guapa que trabaja en el Coffee Pot, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Chelsea se encogió de hombros.

—Es la única Lorna de Beauville. ¿Lo ve? Sé muchas cosas. Además, dejó un informe sobre ella encima de la mesa.

Jess decidió acordarse siempre de guardar sus papeles personales en el cajón del escritorio.

—Entonces —continuó diciendo Chelsea—, es una antigua amiga con la que va a salir a cenar. ¿Pero por qué no contesta al teléfono?

—Porque no quiero darle la oportunidad de rechazar mi invitación.

—Vaya, desde luego, no es usted un hombre que confíe mucho en sí mismo. Así que está loquito por ella. ¿Y lleva mucho tiempo así?

—No seas descarada, Chelsea —le tendió un montón de sobres—. Esto hay que archivarlo.

Chelsea lo ignoró completamente.

—¿Ella también está loca por usted, o esta es su primera cita?

—Esta es la primera cita —su primera cita en cuatro años y medio.

—Tratándose de Lorna Walters —añadió Chelsea—, si quiere que se lleve una buena impresión, debería llevarle flores —Chelsea lo miró como si quisiera hacerle otra pregunta, pero una llamada de teléfono la interrumpió—. Para usted —dijo, y pulsó un botón para transferirle la llamada—. Hay un problema en la taberna.

—Diles que ahora mismo voy hacia allí.

—Jake Johnson quiere hablar antes con usted —dijo, de modo que Jess descolgó el teléfono.

—¿Qué ocurre?

—Es Bobby Calhoun otra vez. Ha bebido más de la cuenta y ha entrado en la taberna con el caballo. Me temo que los chicos del rancho han estado viendo otra vez películas del oeste. Casualmente, yo estaba en la ciudad y lo vi, así que intenté tranquilizar al camarero y conseguí que Bobby saliera antes de que causara más problemas.

—Ahora mismo voy para allá —le prometió Jess—. No tiene pistola, ¿verdad?

—No, no es tan estúpido.

—Estupendo —colgó el teléfono y le dijo a Chelsea que se iba.

—De acuerdo —contestó ella, mientras examinaba detenidamente una de sus uñas, como si estuviera admirando su color—. ¿Qué tipo de flores le mando?

Jess se detuvo cuando estaba a punto de salir.

—¿Flores?

—Para su cita de mañana por la noche. Si no quiere nada especial, le enviaré uno de esos ramos ya preparados que venden en las galerías.

—Nada de flores —replicó Jess, pero mientras caminaba a grandes zancadas hacia su coche, se preguntaba si no debería seguir el consejo de Chelsea. Al fin y al cabo, era una mujer. Tenía algunas ideas extrañas, pero aun así... quizá debiera reconsiderar lo de las flores. No sabía por qué Lorna le importaba tanto, pero el caso era que le importaba. No recordaba prácticamente nada de la noche que habían pasado juntos, pero sí se recordaba haciendo el amor. Y aquello lo recordaría hasta el día de su muerte.

—Estás tan nerviosa como un gato cerca del agua, Lorna —le comentó Charlie mientras preparaba dos almuerzos especiales—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —pero no era cierto. Estaba embarazada de seis meses y su cita del viernes por la noche iba a llamar a la puerta de su casa en menos de tres horas. Una cita no deseada. Tomó los platos y se los llevó a dos señoras que estaban sentadas en la mesa seis. Iban a almorzar allí todos los viernes.

—Aquí están —les dijo, dejando los platos de pescado y patatas frente a ellas—. Buen provecho.

—Muchísimas gracias —contestó una de ellas—. ¿Qué tal estás, Lorna?

—Cada vez más gorda —contestó, intentando sonreír. Pero sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y se volvió inmediatamente,

antes de que a alguna de ellas se mostrara compasiva, porque eso podría hacerle llorar durante dos años seguidos.

No había visto a Jess en toda la semana, pero después del día que había aparecido en su casa, se sobresaltaba cada vez que oía la campanilla de la puerta anunciando la llegada de un cliente y se abrazaba a sí misma, dispuesta a enfrentarse a las preguntas que probablemente seguirían a la aparición de Jess. El día anterior, había comprendido que Jess la evitaba para no darle la menor oportunidad de rechazar su invitación. Ella había llamado varias veces a la oficina del *sheriff*, pero no había servido de nada:

Jess Sheridan iba a presentarse ante su puerta tal como había prometido.

A las cuatro de la tarde, Lorna terminó de trabajar, así que abandonó el establecimiento por la puerta trasera, se metió en el coche y condujo hasta su casa. Emily, que estaba cortando las malas hierbas del jardín, la saludó al verla bajar del coche, de modo que Lorna cruzó la calle para saludarla.

—Tienes cara de necesitar una amiga —dijo su vecina—. ¿Te apetece una taza de café?

—No quiero interrumpir...

—¿Interrumpirme? Por favor —Emily soltó una carcajada y se levantó—. Odio la jardinería —se quitó los guantes y los tiró al suelo—. George se ha ido con los niños a elegir un vídeo para esta noche, así que de momento tenemos la casa para nosotras solas.

Lorna siguió a Emily al interior de la casa, pero no se sentó.

—Emily, ¿cuánto tiempo dirías que llevo de embarazo por mi aspecto?

Emily inclinó la cabeza y estudió el vientre de Lorna.

—Supongo que eso depende de la ropa que te pongas, pero ahora mismo, con ese uniforme, yo diría que vas por el sexto mes de embarazo. Tienes uno de esos embarazos baloncestísticos...

—¿Queeee?

—Ya sabes, cuando parece que llevas un balón de baloncesto debajo de la blusa. ¿Por qué lo preguntas?

Lorna bajó la mirada hacia su vientre. Su pequeño balón de baloncesto tensaba la tela del uniforme.

—Alguien quiere invitarme a cenar esta noche.

Emily sonrió de oreja a oreja.

—¿Tienes una cita? ¡Bien por ti!

—¡Pero él no sabe que estoy embarazada!

Su amiga se olvidó completamente del café y se sentó.

—Espera un momento. ¿Lo has conocido por Internet?

—No, no tengo ordenador. Lo conocí en la boda de Johnson —no dio más información. Emily no necesitaba conocer más detalles sobre los errores de su vecina.

—Lorna, cariño, pero se va a dar cuenta —dijo Emily con expresión divertida—. ¡Y se va a llevar una buena sorpresa cuando descubra que su cita lleva un vestido premamá! —se interrumpió—. Por cierto, ¿tienes algún vestido para la ocasión?

Lorna asintió.

—Sí.

—Estupendo. Iba a ofrecerte uno mío, pero eres mucho más bajita que yo. Y después de tres embarazos, no tengo muy buen tipo —Emily apoyó la cabeza en la mano y miró a su amiga con atención—. Lorna, pareces muy afectada con todo esto. Todavía estás a tiempo de decir que no.

—Él es muy cabezota —estaba segura de que se presentaría en su casa a las siete y la miraría como si quisiera devorarla con los ojos. Pero entonces, bajaría la mirada hacia su abdomen e imaginaría que aquel bebé era suyo. O no, reflexionó. Los hombres no sabían mucho de embarazos y quizá se creyera cualquier historia que pudiera contarle.

—Puedes decirle que no puedes salir, que tienes los pies hinchados o algo parecido —declaró Emily—. A menos que te guste

ese tipo y realmente tengas mucho hambre.

—Me gusta ese tipo —admitió—. He estado loca por él desde los trece años. Y últimamente siempre tengo hambre.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Es la primera vez que salimos —Lorna palmeó su vientre—. Y creo que esta pelotita de baloncesto puede asustarlo —y también podría hacerle preguntarse si él había sido el motivo de aquel tipo de preocupaciones.

—Si te resulta demasiado incómodo, siempre puedes poner fin a la noche antes de pedir los aperitivos. O cuando aparezca en tu casa, puedes decirle que has cambiado de opinión.

—En cuanto se dé cuenta de mi estado, va a retroceder tan asustado que se va a caer por los escalones del porche.

—Quizá no —dijo Emily, pero no parecía muy convencida—. No si os conocéis desde hace años.

—Él no se acuerda de mí —le explicó Lorna, sonriendo a pesar de sus nervios—. Yo era solo una niña y lo admiraba a distancia.

—Bueno, entonces esta noche tendrás por fin la oportunidad de estar cerca de él —Emily miró el vientre de Lorna—. Si te pones algo suelto, es posible que piense que solo has engordado.

—Buena idea —respondió Lorna. En ese mismo instante, se abrió la puerta trasera de la casa y entraron los hijos de Emily en la cocina. Con el consiguiente caos, se puso fin a su conversación.

—Que tengas suerte —le susurró Emily minutos después, mientras su amiga se dirigía hacia la puerta.

—Gracias.

—¿Y me vas a decir quién es?

—Oh, ya te enterarás. Te bastará con asomarte a la ventana a las siete y cinco. Lo verás corriendo como un poseso hacia su coche —le prometió Lorna. Emily soltó una carcajada, pero Lorna no estaba bromeando.

Lorna regresó a su silenciosa y deprimente casa, todavía a medio

pintar y se metió en aquel dormitorio que se había convertido en un recuerdo constante de la noche que había compartido con Jess. Había sido una estúpida al llevarlo a su casa. Y mucho más estúpida al meterlo en su cama. Estaba tan cansada aquella noche, tan agotada, que se había metido en la cama con él para no tener que dormir en el suelo.

Pero debería haber sido más consciente, se dijo mientras se metía en la bañera. Le había bastado que Jess la besara y la acariciara para derretirse en sus brazos. Además, estaba demasiado somnolienta para pensar en tomar precauciones. Y demasiado excitada para pensar en nada que no fuera que Jess Sheridan estaba haciendo el amor con ella.

Quizá, con un poco de suerte, él no recordara nada de lo ocurrido.

Jess intentaba recordar lo que era una cita. No había salido con nadie, salvo con su esposa, de modo que no tenía ninguna práctica. Irían a cenar, sí, pero después, ¿qué? ¿Al cine quizá? ¿A bailar? Él no era muy buen bailarín, pero el baile sería una buena excusa para volver a abrazarla.

No, se advirtió al instante. Tenía que evitar cualquier contacto físico. No quería que Lorna pensara que estaba intentando llevarla a la cama otra vez en su primera cita. En realidad, no le importaba demasiado lo que pudiera pensar, pero la idea era... ¿cuál era la idea? Ni siquiera lo sabía, maldita fuera. Lo único que sabía era que quería verla otra vez.

Llevaba todo el día pensando en ella. Pensando en cómo iba a impresionarla con la cena, el vino y el postre. Chelsea le había aconsejado que no se olvidara de pedir un postre y pedirle que lo compartieran, pero después, no comer demasiado, sobre todo si el postre llevaba chocolate. Jess se detuvo en la tienda de flores y regalos de la calle principal para ir a buscar las flores que Chelsea había insistido en encargar.

Se sentía como un idiota, especialmente cuando la mujer que

había tras el mostrador le había guiñado un ojo y había añadido un «suspiro de bebé» al ramo, cualquiera que fuera esa maldita flor, y le había deseado una noche agradable.

¿Agradable? Iba a pasarse toda la noche deseando acostarse con ella. Iba a pasar dos, tres, quizá cuatro horas, intentando no tocarla, intentando no asustarla. No sabía por qué se convertía en un maniaco lujurioso cada vez que la veía, pero iba a tener que andar con cuidado. Los años de matrimonio deberían haberle enseñado a no cometer errores. Su divorcio era la mejor advertencia de los riesgos que corría.

Lorna abrió la puerta en cuanto Jess llamó, abrió también la mosquitera y lo invitó a pasar.

—Entra —le dijo. Parecía casi tan nerviosa como él.

—Gracias —se quitó el sombrero y advirtió que Lorna se había dejado el pelo suelto aquella noche. Lorna se volvió y lo condujo al salón. Jess recordaba vagamente la habitación y tuvo la impresión de que estaba tan vacía como la última vez que había estado allí.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un *whisky* con soda? ¿Una cerveza? ¿Un refresco?

—Un *whisky* con soda, gracias —Lorna llevaba un vestido azul y el pelo caía suavemente por su espalda. Jess no recordaba que tuviera el pelo tan largo, pero le gustaba.

Cuando Lorna se estaba dirigiendo a la cocina, Jess se acordó de las flores. Se las había dejado en el coche.

—Ahora mismo vuelvo —dijo, corrió hacia la puerta y bajó a toda velocidad los escalones del porche. En frente de la calle, vio a una joven con un bebé en brazos mirándolo con curiosidad. Jess sacó las flores del coche, un ramo de rosas amarillas con cientos de diminutas flores blancas a su alrededor, y volvió nuevamente a casa de Lorna.

Esta permanecía en el vestíbulo, observándolo con un vaso de *whisky* en la mano. Jess no era capaz de identificar la expresión de su rostro, pero sabía que era la mujer más adorable que había visto en

toda su vida.

—Son para ti —dijo Jess, advirtiendo su expresión de sorpresa. Los inmensos ojos azules de Lorna se iluminaron mientras intercambiaban el vaso de *whisky* por las flores. Por un instante, sus dedos se rozaron.

—Son preciosas —susurró Lorna, evidentemente sorprendida, cosa que complació enormemente a Jess—. Estoy segura de que no te acuerdas, pero tu madre me dejaba llevarme flores de vuestro jardín.

—¿Mi madre?

—Sí, yo vivía en Marysville, en la misma calle que tú.

—Así que tú perteneces a la familia Walters. No consigo acordarme... —reparó entonces en el vestido de Lorna. Parecía muy grande, como si no fuera de ella. O quizá Lorna había engordado—, de si tenían una hija o no.

—Voy a meter estas flores en agua —dijo Lorna y corrió hacia la cocina.

Jess no se acordaba de la cocina. Solo tenía un vago recuerdo de un cuarto de baño de color rosa y un dormitorio en el que solo había una cama. Volvió al salón, se sentó en el sofá y volvió a beber. Imaginaba que Lorna no lo consideraba un borracho cualquiera, pues en caso contrario no le habría ofrecido que entrara. Al cabo de unos minutos, Lorna regresó con un jarrón blanco lleno de flores que colocó sobre una silla.

—Entonces —empezó a comentar Jess, deseando haber planificado lo que iba a decir—, ¿tienes hambre?

—Sí, pero...

—¿Pero...? —la miró con el ceño fruncido. Lorna parecía sentirse culpable por alguna razón. Definitivamente culpable—. ¿No quieres salir?

—Como puedes ver, no estoy en las mejores condiciones para una cita.

Bueno, deseó decir Jess, no era que él quisiera involucrarse con

una mujer otra vez. Pero, desde luego, no le hacía ninguna gracia la idea de que Lorna saliera con nadie.

— ¿Por qué no?

Lorna le dirigió una mirada extraña. Como si pensara que se estaba burlando de ella.

— Por ninguna razón en particular —respondió sin cambiar de expresión.

Realmente, era la mujer más hermosa que Jess había conocido en toda su vida.

— He reservado una mesa en el Steak Barn —le dijo. Pero en aquel momento comprendió que habría preferido llevarla a Marysville, a algún lugar más íntimo en el que nadie pudiera interrumpirlos.

— ¿Para qué hora?

Jess miró el reloj.

— Para las siete y media —aquello no estaba yendo bien. Como siguieran así, iban a terminar hablando del tiempo—. Háblame de Texas Tom. ¿Cómo comenzaste a trabajar para él?

— Contesté a un anuncio que apareció en el periódico. Acababa de perder un buen trabajo en Dallas y había decidido trasladarme a vivir a esta casa que heredé de mi tía el verano pasado.

— ¿Y viniste aquí el mes de julio pasado?

— Te acuerdas de las cajas, ¿verdad? Sí, la casa estaba prácticamente vacía.

Pero había una cama, recordó Jess mientras bebía otro sorbo de *whisky*. Realmente, el vestido de Lorna era bastante raro. No era lo que él esperaba. Se la había imaginado con algo más ajustado. Con una minifalda quizá. Como la del uniforme de camarera pero de diferente color. Sí, eso habría estado bien.

— ¿Y qué hacías en Dallas?

— Trabajaba en un departamento comercial en las galerías de Neiman Marcus, pero hicieron una reducción de empleo y me quedé sin trabajo.

—Pasar de Neiman Marcus a Texas Tom es un gran salto.

—Y también pasar de Dallas a Beauville —contestó, brindándole otra de sus maravillosas sonrisas. A Jess le entraron ganas de llevarla al dormitorio y comprobar si la pasión que él tan vividamente recordaba había sido real.

—Sí —fue lo único que consiguió decir. Jess tragó saliva y dio otro sorbo a su bebida. Aquella mujer había comprado un buen *whisky*.

—Trabajé para Tom un solo día. Después Charlie me ofreció trabajar de camarera y lo acepté. Cuando estaba en el instituto, había hecho trabajos parecidos.

—¿Echas de menos Dallas? —«¿piensas dejar esto para volver a la ciudad?», era lo que le habría gustado preguntar.

—Realmente no. Supongo que en el fondo sigo siendo una chica de pueblo, aunque tenga el armario lleno de zapatos caros.

El vestido que llevaba también parecía caro, advirtió. Así que quizá lo único que pretendía con él era disimular su figura. A lo mejor se lo había puesto para desanimarlo. Aquella idea lo enfureció.

—Será mejor que nos vayamos —dijo, quizá demasiado bruscamente. Se terminó el *whisky* de un trago, dejó el vaso en la mesa y se levantó.

—De acuerdo —respondió Lorna levantándose y volviéndose para tomar su bolso.

Entonces fue cuando la vio. La línea de su abdomen. La curva de su vientre. Era la forma inconfundible de... ¿un embarazo? Lorna Walters estaba embarazada. No le extrañaba que no tuviera muchas ganas de citas. Jess desvió la mirada y se encaminó hacia la puerta antes de que se le ocurriera preguntar alguna estupidez como «de quién diablos es ese niño» o «con quién demonios te has acostado».

—Jess —Lorna se acercó rápidamente a él.

—¿Qué? —Jess se volvió y fijó la mirada en su rostro. Lorna parecía insegura y muy, muy vulnerable.

—No tienes por qué hacer esto —le dijo ella.

—¿Hacer qué? —de todas las cosas que había anticipado para aquella noche, descubrir que Lorna estaba embarazada era la última.

—Lo de salir a cenar. Ya te he explicado el motivo por el que terminaste en mi casa y sabes que Texas Tom te pegó, así que realmente no tienes que...

—Has dicho que tenías hambre —la interrumpió. La miró con el ceño fruncido, negándose a darle una sola oportunidad de dar por finalizada aquella velada.

—¿Tú tienes hambre?

¿Se habría dado cuenta de que ya era consciente de que estaba embarazada? Pero no iba a retroceder en ese momento, justo cuando tenía algo que demostrar.

—Sí —contestó. Y añadió en voz más alta—. Sí.

—Bueno, creo que me gustará que, para variar, sean otros los que me sirvan a mí.

—Entonces salgamos —dijo Jess, sosteniéndole la puerta. De espaldas, Lorna no parecía estar embarazada—. Espero que te guste la carne —era la primera vez que salía con una mujer embarazada. De hecho, no había conocido a muchas mujeres embarazadas y ni siquiera sabía si tenían que comer cosas especiales.

—Sí, me gusta. Además, nunca he estado en el Steak Barn.

Jess se sentía torpe e incapaz de manejar la situación, pero instaló a Lorna en el asiento de pasajeros del coche y esperó lo mejor. Quizá pudiera fingir que no lo había notado, como cuando un caballero fingía no haber visto una carrera en la media de una mujer o una mancha de carmín en los dientes.

Jess condujo hasta el Steak Barn, intentando no pensar en el futuro hijo de Lorna. ¿Dónde diablos estaría el padre? Durante una minúscula fracción de segundo, pensó que quizá el hijo fuera suyo, pero no era tan tonto como para considerar en serio aquella posibilidad. Además, él y Sue nunca habían tenido hijos, por más que lo habían intentando durante los primeros años de matrimonio.

Jess se había enterado de que Sue había sido madre hacía un mes, de modo que la falta de embarazos era algo más que añadir a la lista de fracasos de su matrimonio de los que él era el culpable.

—Hace una bonita noche —comentó Lorna rompiendo el silencio.

Así que iban a empezar a hablar del tiempo. Bueno, pensó Jess, seguramente era preferible a tener que hablar de bebés.

—Sí —contestó—. Bonita noche.

## Capítulo cinco

Durante toda la noche, Lorna estuvo esperando la pregunta sobre su embarazo, pero las horas iban pasando y Jess parecía estar ignorando deliberadamente su embarazo. Y centró sus preguntas en Dallas y en su casa de Marysville.

—Yo vivía en una casa azul, en la esquina de la calle —le explicó—. Mis padres daban clases de baile en toda la zona. Les encantaba bailar.

—¿Y a ti?

—Yo tengo dos pies izquierdos —admitió—. Para su desilusión, tampoco tenía mucho oído. Intentaron darme algunas clases, incluso de guitarra, pero fue inútil.

—¿Todavía viven?

—Mi padre sí. Mi madre murió hace varios años. Pero mi padre continúa participando en un grupo de baile los fines de semana —se acercó la camarera para retirarles los platos y prometió volver con la carta de los postres—. ¿Y qué me dices de tu familia?

—Mi hermana mayor está en Austin. Está intentando convertirse en la próxima Shania Twain, o al menos eso es lo que dice. ¿Te acuerdas de ella?

—Vagamente —ella estaba más pendiente de Jess, aquel chico alto y callado que siempre la trataba como a un igual. Él estaba ya en el instituto cuando ella iba a buscar flores al jardín de su madre, pero en una ocasión la había ayudado a formar un ramo. Ella lo veía por la ventana de su dormitorio cuando él iba al instituto todos los días. Siempre había pensado en él como si fuera el hombre de su vida, hasta que un buen día, se había enterado de que se había comprometido con otra.

La camarera, una mujer mayor que parecía haber trabajado en el Steak Barn durante toda su vida, les llevó la carta de los postre.

—¿Vais a tomar café?

—Yo té, por favor —respondió Lorna.

—Café, gracias, Pat.

—Para ti siempre lo mejor, cariño —dijo y esbozó una sonrisa radiante—. ¿Quieres lo de siempre?

Lorna alzó la mirada hacia él.

—¿Qué es lo de siempre?

—Tarta de manzana —admitió—. He comido aquí muchas veces desde que volví a Beauville, pero creo que esta noche me conformaré con un café. Y que no sea descafeinado, por favor.

—¿Crees que le daría un café descafeinado a un policía? —Pat miró a Lorna—. ¿Y tú, cariño? ¿No te apetece un *mousse* de chocolate o una tarta de crema y mantequilla de cacahuete? ¿Todavía no has tenido ningún antojo?

Lorna ignoró la pregunta y miró a Jess.

—¿Tú no vas a tomar postre?

—Pide lo que quieras y si no te importa, podemos compartirlo.

—De acuerdo —se volvió hacia Pat—. Entonces tráeme la tarta de manzana cubierta de crema. Quiero comprobar si es mejor que la que servimos en el Coffee Pot.

—Ah, por eso me resultabas familiar. Yo también estuve trabajando allí cuando era joven y todavía podía madrugar. Dale recuerdos a Charlie.

—Lo haré —le prometió Lorna y se preguntó si Jess estaría evitando deliberadamente el tema de su embarazo o si simplemente estaría ciego—. ¿Llevas lentillas? —le preguntó.

—No —le dirigió una mirada extraña—. ¿Por qué?

—No, simplemente me lo preguntaba —de manera que estaba ignorando deliberadamente su embarazo. Lorna no sabía si aquello facilitaba o no la situación. ¿Se estaría preguntando Jess si él tenía

algo que ver con aquel niño? ¿O ni siquiera se acordaría de que habían hecho el amor aquella noche? A veces la miraba como si lo recordara todo. Como en aquel momento. La miraba como si quisiera besarla. Y ella deseaba que lo hiciera. Quería que la besara otra vez —. ¿A qué se dedican ahora tus padres?

—Vendieron la casa, se compraron un tráiler y se dedican a viajar por todo el país.

—Parece divertido.

—Es un poco extraño, pero ya estoy empezando a acostumbrarme a recibir cartas desde lugares de los que ni siquiera había oído hablar.

Lorna compartió con él la tarta, se tomó el té y le estuvo hablando de Beauville. Le contó anécdotas de su trabajo y él historias sobre los días en los que era un *sheriff* joven e ingenuo. Lorna no le preguntó por su ex esposa y tampoco por su divorcio, pero le habría escuchado con gusto si él hubiera querido hablar de ello.

—Jess —empezó a decir cuando se interrumpió la conversación.

—Creo que Jake Johnson y su esposa acaban de entrar —comentó Jess, mirando por encima del hombro de Lorna.

—Oh —Lorna había estado a punto de decírselo. Había reunido valor para decirle que iba a tener un hijo. Por supuesto, no iba a decirle que el hijo era suyo. A menos que se lo preguntara, claro estaba, porque en ese caso no iba a mentir. Jess tenía derecho a saber la verdad. ¿Pero querría saberla? Quizá fuera una de esas personas que prefería no enfrentarse a la verdad para evitar de esa forma los problemas. Pero a Lorna no le gustaba pensar en su hijo como «un problema» tampoco quería que Jess lo hiciera.

Los Johnson se acercaron a su mesa. Jess les presentó a Lorna y esta les explicó que había trabajado en su boda.

—Entonces estamos en deuda —dijo Elizabeth. Estaba radiante y se aferraba a su marido como si no quisiera que se alejara nunca de su lado—. Así que tendrás que venir a cenar alguna vez al rancho. Estoy aprendiendo a cocinar, de modo que me temo que tendrás que

ser valiente.

—Gracias por la ayuda que nos prestaste ayer —le dijo el ranchero a Jess—. Te aseguro que no tenía ningunas ganas de ver a Bobby entre rejas.

—¿Le bajó la borrachera?

—Al cabo de unas cuantas horas. Dusty Jones es el nuevo capataz y está bastante ocupado —se volvió hacia Lorna—. Es agradable verte en un lugar que no sea la cafetería. No sabía que os conocíais —comentó, mirándolos con curiosidad—. Llevas cuatro días en el pueblo y ya estás saliendo con la chica más guapa de Beauville —le dijo a Jess.

—Nos conocimos en vuestra boda —contestó Jess—. ¿Queréis sentaros a tomar una copa?

Elizabeth se sonrojó.

—Oh, no puedo beber.

Lorna sabía exactamente el motivo.

—¿Tengo que felicitarte? —le preguntó.

—Sí —admitió Elizabeth—. ¡Qué inteligente eres!

—¿Cuándo sales de cuentas?

—El veintitrés de junio —empezó a decir—. No queremos decírselo a nadie hasta que haya cumplido los tres primeros meses de embarazo.

Jess se levantó y le estrechó la mano a su amigo.

—Felicidades, Jake —se inclinó para besar a Elizabeth—. No sabéis cuánto me alegro.

—Siéntate y termínate el café —le dijo Jake—. Nosotros vamos a buscar un rincón tranquilo para cenar mientras hablamos del futuro nombre del bebé.

Lorna deseó decirles que ella tenía un libro de nombres en casa que podría prestarles, pero permaneció en silencio. Elizabeth quizá no supiera que estaba embarazada, aunque seguramente Jake sí lo había notado. Pasaba por el café cada vez que iba a la ciudad, pero

Lorna no recordaba haber visto allí a Elizabeth.

—Felicidades otra vez —dijo, y los observó dirigirse hacia un rincón, agarrados de la mano. Después volvió a mirar a Jess. Seguramente, el tema del bebé le había sugerido algunas preguntas, pero continuaba callado. Extremadamente callado.

Lorna pidió disculpas para ir al baño que, afortunadamente, estaba detrás de ella. Una vez allí, pestañeó para apartar las lágrimas que llenaban sus ojos. Últimamente, los ojos se le llenaban de lágrimas con una facilidad irritante. Una vez más se preguntó si debería sacar o no el tema de su embarazo. «Por cierto», podría decir, «estoy embarazada. ¿No te has dado cuenta de que parezco un canguro? ¿No me ves distinta que la última vez que nos vimos?»

No, eso no. La última vez que se habían visto ella estaba desnuda con él en la cama. Lorna deseó que Jess no se hubiera marchado sin despedirse de ella. El muy cobarde se había ido al amanecer y no había vuelto a verla otra vez. Lorna suponía que estaba avergonzado; bueno, en realidad lo sabía con certeza. Y después se había enterado de que trabajaba en Huntsville y no pensaba regresar a Beauville hasta enero, cuando tuviera que sustituir a Matt Jacobs. Ella había esperado hasta entonces, diciéndose que no le importaría que no volviera a acordarse de ella. Aunque ella jamás lo olvidaría.

En fin, si él no pensaba decir nada, Lorna tampoco lo diría. Así tendría más tiempo para decidir lo que tenía que decirle y se sentiría menos culpable por no haberle contado antes lo que ocurría.

Se lavó la cara y se la secó con una toalla de papel. Ya estaba. Volvía a tener un aspecto presentable, al menos para ser alguien que llevaba dentro de sí a un ser humano diminuto al que le encantaba dar pataditas a su madre cada vez que se quedaba sentada durante más de cinco minutos seguidos.

No le diría nada a Jess. Aquel *sheriff* estúpido tendría que averiguarlo todo por sí mismo.

Jess volvió a respirar en el momento que Lorna se levantó de la

mesa. Respirar era realmente maravilloso, sobre todo porque prácticamente había tenido dificultades para hacerlo desde que se había dado cuenta de que Lorna estaba embarazada. Porque eso significaba que había habido otro antes que él.

Y aun así, continuaba deseándola. Debía ser una especie de perverso. ¿Cómo se podía desear a una mujer embarazada? Miró por encima del hombro y vio a Jake sentado junto a Elizabeth. Allí había un hombre enamorado de su mujer, una mujer que estaba embarazada y a la que seguro que Jake deseaba. Lo que quería decir que, después de todo, a lo mejor no era un perverso. Jess sabía que se habían conocido cuando Elizabeth había ido a visitar el rancho con su sobrina, el verano anterior. Y se habría apostado el sueldo de un mes a que en sus respectivos pasados no había una noche loca que complicara extraordinariamente las cosas.

Volvió a fijar la mirada en el plato vacío que habían dejado en el centro de la mesa. Habían terminado ya el postre y él todavía no había conseguido disculparse por aquella noche. Aquella era la supuesta razón para esa cita. Esa y que quería demostrarle a Lorna que él normalmente no era ningún estúpido.

Lorna regresó del baño demasiado pronto, antes de que Jess hubiera tenido tiempo de pensar lo que le iba a decir.

—¿Quieres tomar algo más? —fue lo único que se le ocurrió.

—No, gracias —se mostraba educada y dulce. Y tan alcanzable como la luna. Ella pertenecía a otro hombre, se recordó Jess. Iba a tener un hijo de otro.

—Háblame de los Johnson —le pidió Lorna, como si estuviera realmente interesada en ellos—. ¿Los conoces desde hace mucho?

—Jake tiene mi edad. Jugábamos en el mismo equipo de fútbol del instituto. Yo tenía un rancho que estaba cerca del rancho en el que él trabajaba. Ahora Elizabeth y él tienen su propio rancho.

—¿Elizabeth es de aquí?

—No, ella es del este —se terminó su café y se preguntó si no

sería ya hora de llevar a Lorna a su casa—. Creo que deberíamos marcharnos.

—De acuerdo —a Jess le pareció verla desilusionada, pero se dijo que serían imaginaciones suyas. Había intentado asegurarse de que Lorna disfrutara de la cena, pero, realmente, no era un as de la conversación.

Aun así, Lorna parecía haber disfrutado... Aunque quizá solo fuera porque le había gustado la comida. Se había terminado toda la carne, las patatas asadas y el brócoli. Y, aunque él se había comido la mayor parte de la tarta, sabía que a ella también le había gustado.

Diez minutos después, subían las escaleras del porche de Lorna. Esta buscó la llave en el bolso, abrió y se volvió hacia él con una sonrisa.

—Gracias por la cena —le dijo.

—Gracias a ti por rescatarme el día de la boda —observó que se sonrojaba y se arrepintió de haber vuelto a mencionar aquella noche.

—No me debes nada. Tú me ayudaste con Texas Tom, ¿no te acuerdas?

Jess no se acordaba. Y quizá fuera absurdo disculparse por haber hecho el amor con ella, sobre todo porque no se arrepentía en absoluto.

Jess se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

—Buenas noches —Lorna abrió la puerta y se metió en casa, dejando a Jess en el porche pensando que había cumplido con su deber. Ya no tenía nada que hacer con Lorna. Se había disculpado, ella seguiría su vida y él la suya.

Pero aquel pensamiento lo deprimió.

Lorna observó alejarse el coche del *sheriff* y se hundió en el sofá. Le dolía la espalda y tenía que levantarse a las cinco, pero no tenía nada de sueño. Se quitó los zapatos y apoyó los pies en la mesita del café. El bebé se movió en su vientre, haciéndole sonreír.

—Tu papá no es muy listo —le dijo—. Pero no importa. Porque no creo que tenga muchas ganas de ser papá en este momento de su vida.

Desde que tenía trece años, Lorna había pensado que amaba a Jess y que Jess era el hombre más guapo del mundo. Había crecido pensando que, ocurriera lo que ocurriera, Jess terminaría siendo suyo. Su matrimonio la había desilusionado, pero había decidido superar aquel enamoramiento de la infancia y había salido con un par de chicos del instituto. Estando en Dallas trabajando, se había enterado de su divorcio, pero hasta la noche de la boda, no se había dado realmente cuenta de lo mucho que todavía le importaba Jess.

Su encuentro había sido una sorpresa, un recuerdo para atesorar en la memoria. Pero después de lo ocurrido sabía que una pasión inesperada a menudo proporcionaba otras sorpresas. Como la que en aquel momento guardaba en su vientre.

—No te preocupes —susurró—. Te querré por los dos.

Ella posó la mano en su cintura. Él se tensó, deseando hacer el amor con ella. Su excitación era casi dolorosa, además de la evidencia de su reacción al haber tenido a aquella mujer tan dulce acurrucada contra él. De alguna manera, consiguió levantarle el camisón para tener acceso a las zonas más íntimas del cuerpo más seductor que había tenido el privilegio de acariciar en toda su vida.

No sabía quién era, pero sí que tenía los senos de una diosa. Unos senos redondos, suaves, con unos pezones que estaban suplicando una atención que solo él podía prestarle.

Dios santo, pensó Jess, apartando las sábanas. Había muerto, había ido al cielo y estaba haciendo el amor con una mujer de la que ni siquiera sabía el nombre. Ah, suspiró, sexo anónimo. Quizá fuera mejor así, más misterioso. Ella se estremeció cuando Jess acarició sus muslos y fue ascendiendo hasta el rincón en el que no tardaría en encontrarse con ella.

Se acercó a él. Abrió los ojos azules y brillantes como el color del

cielo en la mañana y le sonrió. Él se hundió en ella y... ¿No habían utilizado preservativo?

Jess abrió los ojos y jadeó para tomar aire. Hacía demasiado frío en la habitación. El aire acondicionado estaba al máximo y, por un instante, no supo donde se encontraba. Desde luego, no estaba en la cama, haciendo el amor con Lorna Walters.

Pestañeó e intentó concentrarse en lo que había ocurrido aquella noche. Había bebido demasiado y había terminado en la cama de una desconocida. En medio de la noche se había despertado y se había duchado. Recordaba un baño de color rosa, una toalla del mismo color y el perfume del jabón. Y después se recordaba haciendo el amor con una mujer en la cama.

Lo siguiente que supo fue que estaba amaneciendo. «Piensa», se ordenó, «acuérdate de los condones. Recuerda si había papeles de preservativos en el suelo».

Jess no recordaba que hubiera nada en el suelo, salvo la toalla de baño y su ropa. ¿Había hecho el amor con Lorna hacía seis meses sin utilizar protección? ¿De verdad había sido tan estúpido?

Jess encendió la luz y se sentó en la cama. Buscó su teléfono móvil y marcó el número de teléfono de Chelsea. Esta contestó al séptimo timbrado.

—Chelsea. Soy Sheridan.

—Muy bien —respondió ella—. ¿Qué ocurre?

—¿Sabías que Lorna Walters está embarazada?

—¿Cómo no voy a saberlo? —bostezó—. ¿Está bien Lorna? ¿Esta es una llamada de emergencia?

—¿De cuántos meses está embarazada?

—¿Quéee?

Jess no tenía paciencia para explicarle todo a su secretaria.

—Tú sabes absolutamente todo lo que pasa en este pueblo y sabías que estaba embarazada. Por eso me mirabas de forma tan extraña cuando te dije que tenía una cita con ella.

—Déjeme pensar —la oyó buscar algo—. ¿Sabe que son las cuatro de la mañana?

—Chelsea...

—Veamos —dijo, arrastrando las palabras—. Esto tendrá que pagármelo como horas extras.

—Te invitaré a cenar.

—Lorna sale de cuentas el mismo día que mi prima. De eso me acuerdo porque estuve hablando con ella en el café y me dijo que ella sale de cuentas el día cuatro cuando le conté que mi prima salía de cuentas el día tres.

A Jess se le había agotado ya la paciencia.

—¿De qué mes?

Chelsea suspiró.

—De abril. El cuatro de abril. Me acuerdo perfectamente porque mi madre nace en ese mes y...

—Gracias —colgó el teléfono. Lorna salía de cuentas el cuatro de abril, así que no era difícil averiguar cuándo había concebido a aquel niño. Llamó al hospital de Marysville y pidió hablar con una comadrona.

—Soy el *sheriff* Sheridan, de Beauville —utilizó su tono más autoritario de voz—. Quería hacer una pregunta rápida. Si una mujer sale de cuentas el día cuatro de abril, ¿qué día fue concebido su hijo?

—¿Quién llama?

—Jess Sheridan, el *sheriff* de Beauville, señora. Le agradecería enormemente su ayuda —se interrumpió, esperando que la enfermera creyera que se trataba de una llamada oficial.

—Espere un momento, *sheriff*. Ahora se lo busco.

Esperó durante lo que le pareció una eternidad. Y, cuando llegó la respuesta, el teléfono se le cayó a los pies.

—Ese hijo es mío.

Lorna deseó no haber abierto la puerta. Jess no parecía muy contento. De hecho, tenía un aspecto terrible. Llevaba la misma

camisa y los mismos pantalones que la noche anterior. Pero la camisa la llevaba medio abrochada, los pantalones estaban extraordinariamente arrugados y llevaba el pelo como si acabara de levantarse de la cama.

— Ese bebé es mío — repitió—. ¿Oh no?

— Por supuesto — contestó Lorna y retrocedió para dejarle pasar.

Jess pareció sorprenderse. La miró fijamente y posó las manos en su hombro.

— ¿Es mío ese bebé?

— Sí — retrocedió nuevamente y Jess la soltó.

— ¿Y no ibas a decírmelo?

— Sí, pensaba decírtelo — estaba intentando atarse la bata.

— ¿Cuándo?

— Pensé que ya lo sabías. Pensé que cuando vieras que estaba embarazada te darías cuenta de que...

— ¿De que yo era el padre? ¿De que había dejado a una mujer embarazada en una única noche de julio?

— Cuando me enteré, a mí también me sorprendió — dijo Lorna, cruzándose de brazos—. Bueno, ahora tengo que prepararme para ir al trabajo.

— Así que... hicimos el amor sin utilizar ningún tipo de protección. Eso no fue muy prudente, Lorna.

— Éramos dos los que estábamos en la cama — le advirtió—. No he comprado un preservativo en mi vida y antes de conocerte a ti, solo había hecho dos veces el amor. Dos. Fue en el instituto y mi pareja llevaba los preservativos.

Jess la miró con expresión culpable.

— Supongo que debería haber sido más prudente. Pero, bueno... no había salido con nadie desde que me dejó mi mujer.

Así que eran un par de inexpertos. Lorna lo miró con compasión. Por lo menos ella había tenido seis meses para hacerse a la idea.

— ¿Quieres un café?

Como Jess no contestaba, repitió su ofrecimiento.

—No, he venido aquí para averiguar si iba a ser padre, no para desayunar.

—Bueno, pues ya lo has averiguado. Y ahora yo tengo que ir a trabajar.

—¿Y después qué?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando tengas a tu hijo no vas a poder seguir trabajando.

—Tengo algún dinero ahorrado. Y esta casa es mía.

—Tendremos que casarnos —no parecía muy entusiasmado con la idea—. No me apetece mucho, pero no me queda otra opción. Ese niño necesitará un padre. Y yo quiero cumplir con mis obligaciones hacia el niño y hacia ti.

—¿Con tus obligaciones?

—Sí. No nos conocemos muy bien, pero vamos a ser padres, de modo que creo que merece la pena el sacrificio.

—¿El sacrificio?

—Además —dijo—, no quiero que nadie en el pueblo se entere de esto. Podemos decir que nos casamos en secreto el verano anterior.

—Nadie se lo creerá. Y además yo no...

—Entonces nos casaremos en cuanto arreglemos todos los papeles —frunció el ceño—. Podemos ir a Dallas, allí nadie nos conoce.

—Yo no quiero casarme contigo —sobre todo en esas condiciones.

—Yo tampoco. ¿Crees que a mí me hace ilusión todo esto? —estiró las manos, como si quisiera dar más énfasis a su frustración. Lorna se volvió y se dirigió a la cocina.

—¿A dónde vas?

—Es posible que tú no necesites un café, pero yo sí —más que cafeína, lo que necesitaba era un descanso. Jess la siguió a la cocina. Lorna podía sentir sus ojos sobre ella mientras sacaba una taza del armario y se servía un café—. ¿Cómo te has enterado de esto, *sheriff*?

—Le pregunté a mi secretaria si sabía cuándo salías de cuenta.

—Ah. Así que ha sido Chelsea —todas las mañanas pasaba por la cafetería y se tomaba un bizcocho y una taza de café con crema y sin azúcar.

Y siempre tenía ganas de conversación.

—Así que has hecho cuentas y...

—Le pedí la información a una enfermera —contestó. Se inclinó contra el marco de la puerta y se cruzó de brazos—. Ha sido fácil averiguarlo.

Lorna se sentó en la mesa, pero no le pidió a Jess que se sentara con ella. Lorna dio un sorbo a su café y miró el reloj. Por primera vez en cinco meses y medio, iba a llegar tarde al trabajo, pero Charlie podría perdonarla.

—Podrías habérmelo preguntado a mí durante la cena.

—La idea no se me pasó por la cabeza en ningún momento —Lorna arqueó la ceja al oírlo, pero dejó que él continuara sin interrumpirlo—. Pero ahora sé que tenemos un problema, y cuanto antes nos enfrentemos a él, mejor.

—Puedes enfrentarte a lo que quieras —repuso Lorna, saboreando el café como si nada le importara—. Pero no voy a casarme contigo simplemente para que sientas que estás cumpliendo con tu deber.

—No tienes otra opción. No voy a permitir que un hijo mío sea un bastardo.

—Mi hija no va a crecer con unos padres que no se quieren y que solo se han casado para salvar el honor de un *sheriff*.

—¿Hija? ¿Te ha dicho el médico que va a ser niña?

—¡Fuera! —exclamó Lorna, señalando hacia la puerta—. ¡Fuera!

Jess no discutió con ella. Abrió la boca para decir algo y la cerró, como si pensara que por una mañana ya era suficiente.

—Obligaciones —musitó, mientras corría a la ducha. ¿Y qué ocurriría con todos sus sueños de felicidad?

## Capítulo seis

—Me debe una comida —le recordó su secretaria a Jess.

—¿Por qué? —Jimmy Carter, el ayudante del *sheriff*, apartó la mirada de la pantalla de su ordenador—. ¿Qué pasa?

—Nada importante —respondió Jess. Intentó concentrarse en los documentos que tenía sobre la mesa. Su trabajo siempre generaba una cantidad de papeleo insoportable.

Chelsea sonrió de oreja a oreja.

—Es un secreto.

—En este pueblo nada es secreto —gruñó el hombre más joven.

—Lo que a ti te pasa es que estás enfadado porque Bobby está saliendo con las gemelas otra vez —Chelsea le sirvió a Jess una taza de café recién hecho y se la llevó al escritorio—. Vosotros dos sois los hombres con peor suerte que he visto en toda mi vida —les dijo.

—No me metas a mí en esa conversación —le advirtió Jess. Ya tenía suficientes problemas intentando concentrarse en su trabajo mientras pensaba que Lorna estaba trabajando en el Coffee Pot, a solo unos metros de allí. No pretendía ponerse en la engorrosa situación de pasar por allí. A menos que estuviera realmente hambriento a la hora del almuerzo. Miró el reloj. Eran las diez y media, demasiado pronto para una hamburguesa, unas patatas fritas y un encuentro con su futura esposa.

—No es justo —se lamentó Carter—. Calhoun consigue a todas las mujeres que quiere. Y, sin embargo, un tipo tan honrado como yo no puede dedicarse a mentir para reclamar la atención de las mujeres —miró a su jefe—. He oído decir que salió con la camarera la otra noche. ¿Bobby también va a salir con ella?

—No —Jess miró el teléfono, deseando que sonara en aquel

momento. Un atraco al banco quizá lo ayudara a olvidarse de su paternidad. No había estado más asustado en toda su vida. Dios santo, iba a ser padre. ¿Qué ocurriría si realmente fuera a tener una hija? Las niñas eran criaturas delicadas y lloraban mucho. Esperaba que fuera un chico. Al menos a un chico podría hablarle de fútbol.

—Lorna es realmente preciosa —continuó el joven—. ¿Cuántos años tendrá?

—Demasiados para ti —respondió Chelsea—. Y, además, está embarazada.

—Yo no he dicho que tenga ningún interés en ella. Solo estaba preguntando los años que tenía —tecleó en el ordenador—. Maldita sea, ha vuelto a pararse otra vez.

—Déjame ver —Chelsea corrió a su lado y se inclinó por encima de su hombro. Carter estaba demasiado ocupado mirando al monitor como para darse cuenta de que la secretaria parecía disfrutar de su proximidad, pero Jess no se estaba perdiendo detalle—. Ya está. Empecemos otra vez y veamos si podemos salvar algo de lo que has hecho.

—Ese tipo consigue a todas las mujeres que quiere —se volvió hacia Jess—. No deje que ponga las manos encima de esa camarera. Porque a partir de entonces, no volverá a ser la misma.

—Bobby Calhoun no está saliendo con Lorna —no se dio cuenta de que estaba apretando los dientes hasta que empezó a dolerle la mandíbula—. Yo soy el único que está saliendo con ella —declaró y, prácticamente sin darse cuenta de que estaba hablando en voz alta, añadió—: Además, voy a casarme con ella.

Dos pares de ojos se quedaron mirándolo fijamente. Carter lo miraba boquiabierto y Chelsea arqueando exageradamente las cejas.

—Eso sí que es rapidez. ¿Después de una sola cita?

—Nos conocíamos desde hace tiempo.

—¿Desde hace seis meses?

—De pequeños, éramos vecinos —no quería que nadie supiera

que en realidad no se conocían. No le apetecía que hubiera rumores sobre Lorna cuando los habitantes de Beauville descubrieran que se había casado con la camarera. Dejaría que la gente pensara que habían estado saliendo durante algunos meses y que habían esperado a que él regresara de Huntsville para casarse. Nadie sabría nunca la verdad.

—Caramba. ¿Entonces vas a ser padre? —preguntó Carter sin salir de su asombro.

—Pues sí. ¿Te parece difícil de creer?

Carter no contestó, pero Chelsea sacó su agenda.

—Entonces, ¿cuándo será la boda, jefe?

—Todavía lo estamos hablando.

—No debería esperar mucho —le dijo Carter—. Lorna debe de estar a punto de tener a ese bebé.

—El bebé nacerá el cuatro de abril —le informó Jess—. Así que disponemos de unos tres meses, tiempo más que suficiente —y, pensó, apartándose de sus miradas de curiosidad, iba a necesitar hasta el último segundo de aquellos meses para convencer a Lorna de que lo mejor para el bebé era que se casaran. ¿Por qué no se daría cuenta de que no tenía otra opción?

La cita de Lorna con el *sheriff* fue el único tema de conversación durante el desayuno.

—No me extraña que ayer estuvieras tan nerviosa —dijo Charlie, mientras despejaba la mesa siete—. Estabas preparándote para la gran cita.

—No era la gran cita.

Mike Montero, sentado en su rincón habitual, le ofreció también su opinión.

—Es extraño que tengas una cita en tu estado, pero supongo que ya es hora de que encuentres un marido.

—No pienso casarme, Mike —replicó Lorna y corrió a buscar unas tostadas y unos huevos revueltos con bacon que le habían pedido en

una de las mesas.

—Claro que se casará —oyó que le decía Mike a Charlie—. Un niño tiene que tener padre.

—Nuestro nuevo *sheriff* es un hombre atractivo —respondió el cocinero—. Quizá consiga convencer a Lorna.

—¿Qué fue lo que sucedió con su ex esposa? —preguntó alguien, pero Lorna no oyó la respuesta. Rezó pidiendo paciencia. Ojalá le dejara de doler la espalda, se dijo. En ese momento habría dado cualquier cosa por tumbarse en una cama de matrimonio y llamar a una camarera para que le llevara a la cama un té con pastas.

—Aquí tenéis —les dijo a los cuatro vaqueros mientras colocaba los platos frente a ellos—. ¿Os apetece algo más?

—A mí me gustaría tomar otro café —respondió uno de ellos.

—Claro, ahora mismo vuelvo con la cafetera —saludó a Emily, que acababa de sentarse en un taburete con su hija pequeña a su lado—. Hola, ¿qué hacéis fuera de casa a estas horas?

—Vamos a ir a la biblioteca a las once y hemos pensado en pasarnos a desayunar aquí —le explicó Emily—. ¿Tienes un momento para contarme qué tal fue la cita de ayer?

—Espera un segundo —Lorna agarró la cafetera, rellenoó la taza del vaquero y le sirvió otra a Emily. Miró de nuevo hacia la zona de Charlie y al ver que ya no quedaba nada que servir, se sentó con su amiga—. Solo un momento —le advirtió—. Esta mañana estamos muy ocupados.

—El *sheriff* te compró rosas. Lo vi volver a su coche a buscarlas. ¿Por qué no me dijiste que ibas a salir con Jess Sheridan?

—Lo conoces.

—Vivía a las afueras del pueblo cuando era ayudante del *sheriff*, Lorna. Aquí todo el mundo lo conoce. Entonces dime, ¿qué tal fue la cita?

Lorna suspiró. Se sentía tan bien allí sentada.

—Tuvo sus altos y sus bajos, por supuesto.

—¿Se dio cuenta de que estabas embarazada?

—Sí, pero no dijo una sola palabra —no, se había esperado hasta el amanecer. Y entonces lo único que se le había ocurrido decir era lo último que Lorna tenía ganas de oír: que quería cumplir con sus obligaciones hacia ella y hacia su hijo.

—Es increíble.

—¡Y eso que no sabes ni la mitad!

—¡Lorna, hay gente esperando!

Lorna miró hacia el mostrador.

—Tengo que irme. Pero antes tomaré nota de lo que quieres, Elly. ¿Bizcochos de mantequilla y leche con chocolate?

—Sí, me gustan mucho los bizcochos.

—Yo también tomaré bizcochos —le dijo Emily—. Pero en cuanto tengas un momento, ven a contármelo todo.

Pero Lorna no tuvo tiempo para hablar con Emily otra vez. Lo único que pudo decirle fue que la llamaría en cuanto llegara a casa. Los clientes la mantuvieron muy ocupada. Dos de los habituales se habían enterado de lo de las rosas. Otros la habían visto con el *sheriff* en el Steak Barn. Y casi todo el mundo quería saber qué había entre ellos. Lorna se limitaba a sonreír y declarar que eran viejos amigos y habían pasado una agradable velada.

Le parecía increíble que su salida con Jess hubiera despertado tanto interés. Incluso Chelsea, la secretaria de la oficina del *sheriff*, le guiñó un ojo cuando se acercó a ella para tomarle nota.

—Hoy está especialmente quisquilloso —le susurró—. ¿Qué le hiciste?

—Ni una maldita cosa —respondió Lorna, tendiéndole una bolsa de papel con los sándwiches, las patatas y el postre que había pedido. Marcó los números en la caja registradora y tomó el dinero que Chelsea le tendió.

Charlie saludó a Chelsea desde lejos. Lorna sabía que eran parientes, pero nunca había llegado a comprender exactamente la

relación que había entre ellos.

—¿Ya te has enterado de que Lorna tuvo una cita? —le dijo.

—Claro que sí —Chelsea se inclinó sobre el mostrador y bajó la voz para que solo Lorna pudiera oírlo—. Me ha llamado esta mañana porque quería saber cuándo nacerá tu bebé. Así que supongo que os conocéis desde hace tiempo, ¿eh?

—Eso es cierto —sonó la campanilla de la puerta y Lorna miró hacia allí. Entró entonces Jess y clavó en ella la mirada mientras se acercaba hasta la caja registradora.

—Hola, cariño —dijo en voz suficientemente alta para que todo el mundo pudiera oírlo. Sonrió, pero no parecía estar de muy buen humor.

—Hola *sheriff* —consiguió decir Lorna mientras le daba el cambio a Chelsea.

—Lo ha llamado «*sheriff*». Es increíble.

Chelsea le guiñó el ojo a Lorna y se acercó a su jefe.

—Ya le he pedido el almuerzo —le dijo, alzando la bolsa.

—Guárdamelo para más tarde —le dijo él—. Volveré a la oficina dentro de un rato —Jess se volvió entonces hacia Lorna—. Voy a ir a un rancho que está hacia el sur. ¿Te apetece venir conmigo?

—No puedo —respondió Lorna, alegrándose de tener una excusa—. Estoy trabajando.

—¿Y a qué hora sales?

—A las dos —respondió Lorna, consciente de que los clientes no se estaban perdiendo una sola palabra. Obviamente, esa era la razón por la que Jess la estaba invitando a salir delante de prácticamente todo el pueblo.

—Estupendo, entonces vendré a buscarte a las tres.

—Todavía no he dicho que sí —susurró ella, ignorando la llamada de Charlie—. Y ahora tengo mucho trabajo.

—¿Puedes servirme un café? —se sentó en el único taburete vacío que quedaba en el mostrador.

Lorna le sirvió el café y dejó la taza frente a él sin decir una sola palabra.

—Lorna, cariño, ¿dónde quieres cenar esta noche?

—Estoy muy ocupada —se volvió para retirar la hamburguesa y las patatas fritas del mostrador y se las llevó al señor Montero, junto con un bote de kétchup.

—¿Entonces tienes otra cita esta noche? —preguntó el señor Montero, sin disimular su asombro—. Creo que deberías intentar sentar cabeza antes de que nazca ese niño.

—Yo no he dicho que tenga una cita —Lorna se volvió hacia Jess. Desde luego, tenía mucho mejor aspecto que aquella mañana. Por lo menos, volvía a parecer el hombre serio y controlado de aspecto pulcro y ordenado que siempre había sido—. ¿Qué estás haciendo aquí? —le espetó.

—Tomarme un café —le dijo—. Verte, ver cómo está el bebé.

—El bebé está estupendamente —respondió ella, consciente de que el señor Montero estaba oyendo todo. El hombre que estaba al lado de Jess, otro viejo ranchero, le guiñó el ojo a Lorna.

—¿Estás segura de que no quieres dar una vuelta esta tarde? Te vendría bien tomar un poco de aire fresco. De regreso, podríamos ir a ver a los Johnson y después comer algo —le dirigió una inocente sonrisa, pero Lorna no se iba a dejar engañar. Era evidente que se proponía algo al llamarla cariño delante de todo el mundo.

—Tengo una cita con el médico a las dos y media —ya estaba. Aquello lo espantaría.

—¿Se trata de algo serio?

—No, es solo el chequeo mensual.

—Ya veo —se quedó pensativo—. ¿Eso es una invitación?

—No —contestó ella inmediatamente. No quería que fingiera que estaba interesado, que fingiera que quería ser padre. Para él, la visita al médico sería solamente otro deber cumplido.

—¿Y después que tienes que hacer?

—Después me iré a casa y me pondré un vídeo de aeróbic.

Mike se inclinó entonces hacia ella.

—¿Eso qué es?

—Una broma estúpida —Lorna suspiró y tomó una bayeta del mostrador. Jess se terminó el café, pero Lorna no volvió a llenarle la taza.

Aun así, Jess no se movió mientras ella continuaba sirviendo almuerzos. Aquel era uno de los momentos más ajetreados del día y el trabajo no disminuiría por lo menos durante una hora. Pero a Lorna no le importaba. El *sheriff* pronto tendría que irse a arrestar a alguien.

Y, tal como esperaba, siete almuerzos servidos después, Jess ya se había ido. Había dejado un par de dólares debajo de la taza. Lorna se dijo a sí misma que se alegraba de que se hubiera marchado. A lo mejor había aceptado ya su rechazo a casarse con él, aunque sospechaba que Jess no iba a renunciar tan fácilmente.

Si al menos pudiera darle lo que Lorna quería. Si al menos estuviera dispuesto a darle una sola oportunidad al amor...

—Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer —murmuró Jess, en frente del edificio. Al fin y al cabo, solo era un edificio. Un edificio de dos pisos situado en West Cotton Street no tenía por qué intimidarlo, pero Jess vaciló antes de comenzar a subir los escalones de cemento que conducían a la entrada del ambulatorio de Beauville. Además de una clínica, el edificio alojaba un laboratorio, las consultas de los dentistas y una sala de fisioterapia. El obstetra llegaba a la ciudad los viernes y los sábados, para atender a las embarazadas.

Normalmente Jess no trabajaba las noches de los sábados, pero aquel día había cambiado el turno con Carter, para que este tuviera oportunidad de buscar a alguna joven o cualquier otra cosa que pudiera resultarle emocionante a un soltero de veinticuatro años. Y, de esa manera, él podía pasar el resto del día con Lorna. Le iba a

costar convencerla de que tenían que casarse por el bien del bebé, pero estaba seguro de que al final lo comprendería.

Y esperaba que el final llegara pronto. Antes de que aumentaran las habladurías.

De modo que Jess se encontró a los pocos minutos entrando a grandes zancadas en la sala de espera y se preparó para una batalla con Lorna para reclamar su derecho a acompañarla a ver al médico. Había algunas mujeres esperando en la sala de espera cuando entró. Jess se acercó hasta el mostrador de recepción y dio unos golpecitos en la ventanilla.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarlo? —la recepcionista, una mujer de pelo gris, le abrió la ventanilla.

—Sí, señora. Lorna Walters tenía cita a las dos y media, ¿podría decirme si está ya con el médico?

—¿Es usted el padre o está aquí en calidad de *sheriff*?

—Yo soy el padre —susurró.

La recepcionista arqueó las cejas y lo miró como si no creyera una sola palabra de lo que le estaba diciendo.

—Pues no le habíamos visto antes por aquí.

—El caso es que ahora sí estoy y me gustaría hablar con el médico y ver a... —Jess se interrumpió, como si no estuviera seguro de cómo debía llamarla. Lo de «novia» le resultaba demasiado juvenil, hablar de «esposa» era un tanto prematuro. De modo que se decidió por «prometida». Y la cosa debió funcionar, porque la recepcionista señaló hacia una puerta.

—Vaya allí y dígale a la enfermera que lo lleve con ella.

—Gracias —cruzó la puerta y reconoció inmediatamente a la enfermera. Se trataba de una joven que vivía con sus padres cerca del rancho de Jess y Sue. Esta lo condujo hacia una puerta cerrada, llamó y lo urgió a entrar en la sala en la que estaban examinando a Lorna. Esta estaba tumbada en una camilla con el vientre al descubierto.

Jess tragó saliva y la miró a los ojos.

—Siento llegar tarde, cariño —se disculpó. Se volvió hacia la doctora, una mujer de pelo oscuro de unos treinta años que lo miraba como si no se estuviera perdiendo un solo detalle de lo que allí ocurría—. Soy el *sheriff* Sheridan, el nuevo *sheriff* de Beauville y... el futuro padre.

—¿El padre? —la doctora Bradford miró hacia Lorna, que no contradijo a Jess. Se volvió de nuevo hacia el *sheriff*—. Encantado de conocerlo, *sheriff*. Le estaba diciendo a Lorna que necesita descansar un poco más. Tiene la tensión ligeramente alta, algo que tendremos que vigilar.

Jess miró a Lorna. No parecía haberle molestado mucho su inesperada aparición. Quizá aquello fuera una buena señal.

—Estoy perfectamente —le aseguró.

La doctora tomó un objeto parecido a un micrófono.

—Estábamos a punto de ver lo que está haciendo el bebé. Si mira hacia la pantalla, también podrá verlo usted.

—¿Se pondrá bien?

—Claro que sí —insistió la enfermera—. Déjelo ahí hasta que se le pase el mareo y después que vaya levantándose lentamente. Tómese todo el tiempo que necesite —le dijo a Jess—, y no intente levantarse hasta que esté bien —y sin más, salió de la habitación.

Lorna permanecía sentada en uno de los taburetes de la consulta y miró a Jess. Estaba increíblemente pálido.

—¿Siempre eres tan patético?

—No solía serlo —murmuró Jess con los ojos cerrados.

Estaba tumbado en la camilla, con una almohada debajo de las rodillas para que le elevara las piernas y la sangre le volviera a la cabeza.

—Estas cosas solo me pasan cuando estoy cerca de ti.

—Solo era una prueba de ultrasonido —dijo Lorna, intentando no reírse—. No podía hacernos ningún daño ni a mí ni al bebé.

—Eso ya lo sé. Por lo menos ahora.

—¿Y qué estabas haciendo aquí? Aparte de marearte, claro — intentaba desesperadamente que no le gustara, pero le gustaba. Era consciente de que un enamoramiento adolescente y una noche de sexo no la capacitaban para saber si un hombre le gustaba o no, pero Jess le encantaba. Incluso había creído amarlo cuando era una tonta adolescente. ¿Pero qué sentía por él en aquel momento? Lo único que sabía con certeza era que le encantaría que todo volviera a empezar, que fueran solo dos adultos sin un complicado pasado.

—Yo soy el padre. Pensé que debía ayudarte.

Otro deber más.

—Siempre cumpliendo con tu deber —repuso ella.

—Sí —abrió los ojos y volvió la cabeza hacia Lorna—. Vas a casarte conmigo y lo sabes.

—No puedo.

—Pues tendrás que hacerlo.

—Pero tú no me quieres —respondió, deseando al instante no haber parecido tan nostálgica—. Los matrimonios deben empezar con el amor y el compromiso y...

—El amor no tiene nada que ver con eso. Yo pensaba que estaba enamorado de mi primera esposa... —dijo mientras intentaba levantarse—, y mira cómo terminó todo.

—¿Cómo?

—Se fue con otro hombre. Me dijo que había sido amor a primera vista y que no podía, y no quería, vivir sin él —se pasó la mano por el pelo, se sentó en la camilla y comenzó a ponerse las botas—. Fue la cosa más ridícula que he oído en toda mi vida.

Y, se imaginó Lorna, seguramente también la más dolorosa.

—Debías quererla mucho —Jess sacudió la cabeza y le dirigió una mirada extraña. Después, se inclinó hacia un lado—. ¿Estás bien? — Lorna se levantó y lo agarró del codo. Sentía la piel cálida de Jess bajo sus dedos y sus músculos tensos por aquel contacto.

—Sí —tomó su sombrero y se lo puso—. El mes que viene lo

soportaré mejor —le prometió—. Al menos, para entonces ya sabré lo que voy a ver en el monitor.

—Si has visto que es un chico, no me lo digas —le advirtió Lorna.

—Cariño, he visto que había un bebé allí dentro. Pero puedes estar segura de que no he tenido la menor oportunidad de reconocerlo antes de que la habitación haya empezado a dar vueltas.

—Estupendo, porque prefiero que sea una sorpresa.

—Cariño, como me des una sola sorpresa más, vas a llevarme a la tumba —le tomó la mano y abrió la puerta—. En las últimas veinticuatro horas ya he tenido más sorpresas de las que soy capaz de soportar.

—Solo necesitas algo de tiempo para acostumbrarte —le aseguró Lorna—. Y serás bienvenido a formar parte de la vida de este bebé en todo lo que quieras.

Jess se paró en seco y la fulminó con la mirada.

—Odio tener que repetirme, cariño, pero tú y yo vamos a casarnos. ¿Te ha quedado claro?

—No pienso casarme con alguien que solo se va a casar conmigo porque estoy embarazada.

La enfermera entró en ese momento y les sonrió.

—¿Se encuentra mejor, *sheriff*?

—Sí, señora. Lo crea o no, soporto mejor un crimen que ver a un bebé en la pantalla.

—Una reacción típicamente masculina —declaró la enfermera—. Y ahora que ya está de pie, llévese a Lorna a casa y métala en la cama.

—Sí, señora. Eso es exactamente lo que quiero hacer —tiró de la mano de Lorna y la sacó al pasillo. Lorna no protestó. Si le daban a elegir entre ir a ver el rancho de Jess o quedarse acurrucada en su cama, prefería la última opción.

La pena era que Jess no fuera a acostarse con ella.

## Capítulo siete

—Vete a la cama, Lorna —le dijo Jess, siguiéndola al interior de su casa—. Ahora mismo.

—¿Tengo aspecto de estar pensando en discutir contigo? —la verdad era que Lorna no parecía tener intención de protestar. Pero a Jess le gustaba decirle que se metiera en la cama.

Y no porque él estuviera pensando en el sexo. No. Necesitaba reparar el desgraciado incidente ocurrido en la consulta del médico. Si alguien le hubiera dicho que iba a estar a punto de desmayarse por un ultrasonido, sus carcajadas podrían haberse oído en todo el país.

—La verdad es que no. Simplemente me gusta mandarte.

—Pues en este caso no te hace ninguna falta —bostezó, pero Jess no estaba seguro de si lo hacía para reforzar su argumento o porque realmente tenía sueño—. ¿No tienes que irte a trabajar?

—Hasta las diez de la noche no, a no ser que Carter me necesite.

La siguió al dormitorio. La habitación había cambiado de aspecto, aunque la cama seguía en el mismo lugar, a la derecha de la puerta y enfrente de la ventana. Las paredes blancas parecían recién pintadas, había una alfombra en el suelo y la cama estaba cubierta por una colcha de mil colores. Había por lo menos seis almohadones apoyados contra el cabecero de hierro forjado. Parecía tan cómoda que a Jess no le habría importado acostarse.

—No tienes por qué quedarte —le dijo Lorna. Se sentó al borde de la cama y consiguió quitarse los zapatos antes de que Jess se diera cuenta de que el embarazo dificultaba notablemente algunas tareas—. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

—Sí —respondió Jess—, pero no tienes por qué hacerlo. La enfermera me ha dicho que te lleve a casa para asegurarme de que

descansas y eso es lo que pienso hacer.

—¿Cómo has conseguido que te dejaran pasar a la consulta? —le preguntó Lorna. Se levantó de la cama y se acercó al baño.

—Le he dicho a la recepcionista que estábamos prometidos —le explicó Jess mientras ella cerraba la puerta y lo dejaba solo en la habitación. Estaba inmaculadamente limpia, pensó Jess, con fotos en la superficie de la cómoda y un espejo dorado colgado de la pared.

Lorna musitó algo que él no fue capaz de entender y segundos después salió del baño con un camisón de flores que, a pesar de no mostrar absolutamente nada de su cuerpo, excitó a Jess más que cualquier otra cosa que pudiera haber visto en su vida. No comprendía por qué, lo único que sabía era que aquella mujer lo afectaba como nada lo había afectado jamás.

—Buenas noches, Jess —Lorna se metió directamente en la cama, se apoyó contra los almohadones y suspiró satisfecha.

—Puedo prepararte algo de comer —Lorna estaba extraordinariamente pálida. Jess no se había fijado en las profundas ojeras que rodeaban sus ojos hasta que no había visto su rostro bajo la luz que se filtraba por la ventana.

—No tengo hambre —se acurrucó bajo las sábanas y le sonrió—. Puedes irte ya, Jess.

—De acuerdo. Dejaré mis números de teléfono para que puedas localizarme cuando me necesites.

—No te necesitaré —respondió. Pero lo decía con voz dulce y ya no parecía estar enfadada.

Jess no supo lo que le pasó, pero con tres grandes zancadas, se acercó a la cama, se inclinó y rozó sus labios. Pretendía que fuera un beso breve, el más ligero de los besos con el que demostrarle que podía contar con él. Quería que fuera como un beso de buenas noches, un beso de amigo. Pero los labios de Lorna eran tan suaves... y como ella se acercó también hacia él... Jess decidió tomarse su tiempo.

Se apoyó contra el cabecero de la cama con una mano mientras posaba la otra en la barbilla de Lorna y mantenía sus labios contra los suyos. Jess profundizó su beso, deslizó la lengua por sus labios entreabiertos, luchando contra la intensa pasión que le hacía desear acurrucarse en la cama y hacer el amor con ella durante el resto de la tarde. Le resultó casi doloroso apartar su rostro y separarse de la cama.

—Vendré a verte de vez en cuando —le prometió—. Y no pararé a menos que vea luz en tu dormitorio y sepa que estás despierta.

Lorna cerró los ojos, se volvió y se acurrucó mientras Jess dejaba la habitación y se acercaba a la puerta. Así que no habría excursión al rancho. Permanecería cerca de allí por si Lorna lo necesitaba.

No se arrepentía de haberla besado. Cuando estaba con ella la deseaba. Tan simple como eso.

Pero parte de él sabía que no era tan simple en absoluto.

—Es su hijo —declaró Chelsea—. Estoy segura de que es hijo suyo.

—Eh, yo no lo sé —Carter no parecía muy convencido—. Sheridan siempre ha sido un hombre muy honesto. No puedo imaginármelo dejando a una mujer embarazada.

—Yo tampoco quiero imaginármelo, pero por la forma en la que está actuando, estoy segura de que es su hijo. ¿Crees que conoce mucho a Lorna? Él dijo que eran viejos amigos, pero yo no me lo creo.

—¿Y por qué no?

—Hay algo que no encaja en toda esta historia —musitó mirando a Carter, que tecleaba con dos dedos el ordenador.

En vez de dedicarse a ser secretaria, debería haberse hecho detective, se dijo Chelsea. Era mucho más inteligente que Carter, aunque tenía que reconocer que este era el hombre más atractivo de Beauville. En cuestión de cerebro, no le parecía especialmente brillante, pero de todas formas le gustaba. La pena era que estuviera

obsesionado con las gemelas Wytenett.

—Bueno, Jess ha dicho que va a casarse —comentó Carter—. Supongo que no se casaría si ese niño no fuera suyo.

—Lorna concibió el doce de julio.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he encontrado en una página Web —se burló—. ¿Qué ocurrió en esa fecha? —Carter se encogió de hombros. Definitivamente, pensó Chelsea, no entendía cómo había pasado siquiera el examen para ser ayudante del *sheriff*.

—Intentaré recordar —dijo, frunciendo el ceño mientras Chelsea sacaba de un archivador la agenda del anterior secretario. Afortunadamente, su predecesor había sido tan meticuloso como la propia Chelsea.

—Ya lo tengo —dijo al encontrar el mes de julio—. El doce de julio fue la boda de Jake Johnson.

—Supongo que Jess se sintió romántico.

—Yo creo que todas las bodas son muy románticas —musitó Chelsea, imaginándose a sí misma con un vestido blanco de encaje y un velo cubriendo su pelo. Se pintaría las uñas de color plata y llevaría una diadema de plata y diamantes que deslumbraría al mismísimo sol.

—Para mí no —repuso el atractivo ayudante. Miró el reloj que llevaba en la muñeca—. Creo que ya es hora de que vaya a hacer una ronda.

—Tenemos que hacer algo.

—¿Sobre qué? —tomó su pistolera y se la puso en la cintura.

—Sobre la boda. ¿Qué te parece que le organicemos una despedida de soltero?

—No creo que a Jess le guste.

—Entonces organizaremos una fiesta de boda sorpresa. No sabrá nada hasta el día de la fiesta —el pobre Carter parecía más confuso que habitualmente, así que Chelsea añadió—: Así es como se hace

normalmente, ¿sabes? Ese tipo de fiestas se preparan en secreto. Eso y los regalos son lo más divertido de todo.

—Oh —se encogió de hombros—. Supongo que tú sabes más que yo sobre esas cosas.

—Entonces estás de acuerdo conmigo.

—Sí —Carter se dirigió hacia la puerta. Chelsea se imaginó que todo aquel asunto de la boda lo estaba poniendo nervioso.

—Te tendré al corriente de todo —le prometió Chelsea y miró el teléfono. Adoraba aquella parte de su trabajo.

Lorna revisó el mostrador de la cocina. Alguien había dejado allí montañas de comida mientras ella se echaba la siesta y cuando abrió el frigorífico, vio los paquetes de queso, las botellas de leche y todo tipo de frutas y verduras. Ella, que deseaba el amor y el romance, encontraba una compra de por lo menos doscientos dólares. Desde luego, Jess tenía unas ideas muy raras sobre cómo complacer a una mujer.

Abrió una bolsa de galletas de chocolate y mordisqueó una. Quizá Jess no había andado tan descaminado como en un principio pensaba, se dijo. Eran casi las siete de la tarde; había dormido más de tres horas. Los movimientos del bebé, el hambre y un calambre en la espalda la habían despertado. Y también, admitió, las ganas de ver si Jess estaba todavía allí.

Escuchó los mensajes del contestador. Emily quería más información sobre la cita de la noche anterior. Charlie le preguntaba si podría trabajar el jueves por la noche y Jess le pedía que lo llamara cuando se despertara. Dejaba también su número de teléfono y Lorna lo marcó inmediatamente.

—Aquí Sheridan —fue la respuesta que recibió.

—¿Jess? Soy Lorna.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, de verdad.

—Estupendo. Ahora voy para ya —colgó el teléfono, dejando a

Lorna con el auricular en una mano y la bolsa de galletas en la otra.

Dejó inmediatamente la bolsa encima de la mesa y corrió a vestirse. Si no iba a casarse con él, no debería pasearse delante de él en camisón. Y tampoco debería dejar que entrara otra vez en su dormitorio, por muchas ganas que tuviera de abrazarlo y tumbarse con él en la cama. Según el libro que se había comprado sobre el embarazo, se podían tener relaciones sexuales hasta el noveno mes, a menos que el médico recomendara lo contrario.

Pero Lorna no creía que Jess tuviera ningún interés en acostarse con ella. Probablemente, lo de hacer el amor no encajaba con la idea que él tenía de cumplir con su deber. Qué deprimente. Sobre todo, cuando la mayor parte de las veces se sentía con el glamur y el atractivo de un canguro. Aunque otras, cuando Jess la miraba de cierta manera, deseaba convertirse en un charquito de pasión. Lorna se miró en el espejo, se puso unos vaqueros con la cintura elástica y una enorme camiseta. Realmente, tenía que intentar controlarse. Quizá la culpa de sus sentimientos la tuvieran las hormonas. Siempre era fácil culparlas a ellas, porque nadie las comprendía lo suficiente como para ponerlas en cuestión.

—Son las hormonas —explicó mientras abría la puerta para invitar al padre de su hijo a entrar en la casa.

—De acuerdo —contestó él en el mismo tono que podría haberle dado los buenos días—. ¿Qué dices de las hormonas?

—Que son ellas las culpables de que a veces me guste verte y tenerte cerca de mí.

—Hurra por las hormonas —le tendió una bolsa de papel helada y cuando miró en su interior, Lorna descubrió un recipiente de helado.

—Pero no te acostumbres a ellas —le advirtió—. Cambian a la velocidad de la luz. Y gracias por el postre. ¿Cómo te has enterado de que me gusta mucho el helado?

—Gracias a Chelsea. Mi secretaria está demostrando ser una fuente de información muy valiosa.

Lorna se dirigió hacia la cocina, esperando no contonearse demasiado.

—Les he dicho a ella y a mi ayudante que vamos a casarnos.

Lorna metió el helado en el congelador y se volvió hacia él.

—¿Y por qué se te ha ocurrido hacer una cosa así?

Jess sonrió y posó las manos en sus hombros. Unas manos grandes, cálidas, y sorprendentemente reconfortantes.

—Porque vas a tener un hijo mío, y un hijo mío no va a crecer sin un padre.

—¿Y si es una niña?

—Las niñas también necesitan padre.

—Mira —dijo Lorna, deseando que Jess no le gustara tanto. Además, siempre había estado enamorada de él, lo que hacía más difícil encontrar argumentos para rechazarlo—. He estado pensando mucho en esto. Tendrás todo el acceso que quieras a este niño. Yo quiero que mi hijo tenga un padre en su vida, no voy a hacer nada para evitarlo. Creo que es importante.

—¿Te refieres a compartir la custodia? ¿A cambiar al niño de casa continuamente?

Lorna sacudió en silencio la cabeza. Su hijo iba a vivir con ella.

—Por supuesto que no. ¿Qué ocurrirá si alguna vez te casas?

—¿Y si te casas tú? —la contradijo él—. ¿Ves como se complica todo este asunto en cuanto se piensa en el futuro?

A Lorna se le llenaron los ojos de lágrimas y Jess no pudo evitar abrazarla y estrecharla contra su pecho. Sintió el abultado vientre de Lorna contra su cinturón, pero no pareció importarle.

—Cásate conmigo, Lorna —le susurró al oído—. Tenemos que hacer lo que sea mejor para el bebé. Le daremos una casa y un seguro médico, y tú no tendrás que seguir sirviendo mesas hasta el agotamiento.

—Eres tan pragmático —sollozó Lorna—. Y no me amas.

—En este momento, el amor ya no forma parte de mi vida.

—¿Por culpa de tu esposa?

—De mi ex esposa —gruñó, mientras apoyaba la barbilla en su cabeza—. Para serte sincero, Lorna, ni siquiera estoy seguro de que alguna vez haya sabido lo que es el amor.

Lorna suspiró y se apoyó contra su pecho.

—¿Eso significa que estás de acuerdo con el plan?

Lorna deseó que no se refiriera a su matrimonio como si fuera un «plan».

—Eso significa que lo estoy pensando.

—Tómate todo el tiempo que quieras —le respondió—. Pero preferiría resolver cuanto antes todo este asunto.

Parecía como si todo Beauville supiera que iba a haber una boda entre el nuevo *sheriff* y la camarera embarazada. Oh, Jess Sheridan había estado cerca de diez años en la ciudad, trabajando como ayudante del *sheriff*. Era un hombre respetado por sus habilidades y su carácter templado incluso en las más difíciles circunstancias, de modo que a nadie le sorprendía que hubiera dado un paso adelante y hubiera decidido casarse con una mujer a la que había dejado embarazada.

Y, además, Lorna parecía una mujer suficientemente buena para él, siempre sonriente y dispuesta. Charlie, un excelente cocinero, a pesar de que al tiempo que vendía hamburguesas estaba siempre dispuesto a dar su opinión, hablaba maravillosamente de la camarera. Había algunos en Beauville que creían recordarla de cuando era niña y vivía en Marysville. Otros se preguntaban si habrían ido al instituto con ella, puesto que los adolescentes de Beauville estudiaban en el pueblo vecino. Gert Knepper, el miembro más anciano de la comunidad, decía que los padres de Lorna eran aquellos bailarines que solían montar un espectáculo todos los otoños. Y Gert también se acordaba de la tía de Lorna, la mujer que había pintado la casa de rosa y tenía un bonito jardín.

Su hija Marta estaba de acuerdo y decía que Emily Bennett, que

había estudiado con su hija, le había dicho que jamás había tenido una vecina tan encantadora como Lorna Walters.

Chelsea habló de organizar una fiesta y esperar a que su jefe pusiera la fecha de la boda para celebrarla. Emily Bennet quería que se celebrara una fiesta solo para mujeres. Y Charlie juraba haber visto al *sheriff* hablando con el joyero de la localidad. Aun así, ninguno de los clientes del Coffee Pot había visto una sortija de diamantes en el dedo de Lorna.

Nadie se atrevía a hablarle a Bobby Calhoun de la boda; todavía estaba demasiado sensible por la cancelación de la suya, aunque habían pasado ya seis meses desde que aquella francesa le rompiera el corazón. No hacía mucho, Bobby se había metido en problemas cuando un joven estúpido había apostado con él a que no sería capaz de montar dos caballos a la vez por la calle principal del pueblo. Alguien había contado que Jess se había pasado toda una noche esperando a que se pusiera sobrio, de modo que a lo mejor ni siquiera había tenido tiempo de comprar la sortija de compromiso.

De modo que los habitantes de Beauville, o al menos la mayor parte de ellos, estaban deseando que Lorna y Jess se casaran antes de que naciera el bebé.

Cuando los rumores sobre la boda comenzaron, con la inestimable ayuda de Chelsea Jiggs, todo el mundo estuvo dispuesto a ayudar a que se celebrara esa boda. Quizá Sheridan tuviera más suerte en esa ocasión, decían sus amigos. Quizá aquella vez todo fuera mejor. Porque, lo que realmente era imposible, era que fuera peor.

Jess Sheridan debía estar de acuerdo con ellos. En la librería de Marysville, compró dos libros sobre los cuidados del bebé y otro para los futuros padres. Le había dado unos días a Lorna para que se lo pensara; pero ya era hora de que comenzaran a imaginar cómo iba a ser el resto de sus vidas.

Para el jueves por la mañana, ya había perdido la paciencia. El

jueves a las ocho, en pleno apogeo de los desayunos, entró en el Coffee Pot, se sentó en uno de los taburetes de la barra y esperó. No veía a Lorna por ningún parte y cuando salió la camarera de detrás del mostrador, vio que era alguien a quien no conocía.

—¿Dónde está Lorna? —intentó llamar la atención de Charlie moviendo la mano, pero el cocinero lo miró de reojo y continuó friendo huevos.

—Hoy no está aquí —repuso Mike—. ¿Cuándo es la boda?

—Todavía no lo hemos decidido —el hombre que estaba al lado de Mike buscó su cartera—. ¿Por qué quiere saberlo? ¿Realmente le interesa?

—Oh, claro que sí, *sheriff* —contestó Mike—. Últimamente no pasan muchas cosas por aquí, así que supongo que usted se ha convertido en el principal tema de conversación. Todo el mundo tiene ganas de saber cómo va a terminar esto.

Jess hizo una mueca, preguntándose si, además de él mismo y Lorna, alguien se habría enterado de que habían pasado juntos una noche durante el verano pasado. Sería una información muy jugosa para aquellos que disfrutaban intercambiando rumores. La camarera le llevó un café, pero aquel día, Jess no pidió desayuno.

—¿Dónde está Lorna? —le preguntó.

—Hemos cambiado el turno —le explicó la chica—. Llegaré a las cuatro.

—¿Puedo darle un consejo? —le preguntó Mike.

—Claro —respondió él. Se cruzó de brazos con expresión paciente. Llevaba ya tres días oyendo bromas sobre el modo de hablar de los padres, o sobre los bebes, incapaces de hacer nada que no fuera dormir y comer durante los seis primeros meses de su vida.

—Pronto tendrá que dejar de retrasar el momento de tomar una decisión.

—Es ella la que lo está retrasando —admitió Jess—. Si tiene algún consejo que pueda ayudarme, estaría más que encantado de oírlo.

—Flores —le dijo él.

—Ya lo he intentando. Con rosas amarillas.

—Entonces cómprele bombones. Mi mujer era muy golosa y siempre que quería que me perdonara algo, le regalaba una caja de bombones.

Jess pensó entonces en la bolsa de galletas de chocolate y el helado.

—Sí, también lo he probado. A Lorna parecen encantarle, pero aun así, no acepta casarse conmigo.

—Bueno —repuso Mike, arrastrando las palabras—. Este es un caso difícil. Va a tener que gastarse más dinero.

—Lo único que no pienso hacer es ponerme a suplicarle de rodillas —contestó—. Pero maldita sea, puede estar seguro de que no voy a aceptar un no como respuesta.

Mike suspiró.

—Por ahí se comenta que ha estado en la joyería de Joe.

Jess sacudió la cabeza.

—Fui a cambiar la pila del reloj.

—En ese caso, debería volver. Todas las mujeres esperan que les regalen un anillo de compromiso, *sheriff*.

Jess frunció el ceño. Bebió un sorbo de café y pensó en lo que acababan de decirle. Las sortijas eran caras. Sue no había aceptado ninguna de las sortijas que la abuela de Jess le había ofrecido a este y al final, Jess había tenido que comprar a plazos un diamante que le había costado varios meses de salario. Al mirar al pasado, comprendía que debía haber protestado. Pero quería hacer feliz a Sue. O al menos intentarlo.

—Las mujeres esperan muchas cosas —dijo Jess—. Pero algunas son imposibles de hacer.

—¿Ahora está hablando de su esposa o de su ex esposa? —rio Mike, creyendo que era una broma inmejorable.

—Supongo que será mejor que salga de compras —contestó Jess.

Dejó el café sin terminar y cruzó la calle, para meterse en la joyería de Joe.

—¿A ti que te parece?

Emily miró la cuna blanca. Era la más sencilla de las diecisiete que estaban expuestas en el escaparate.

—Me gusta, Lorna.

—¿De verdad? —acarició los barrotes blancos y se imaginó a su hijo durmiendo en ella—. A mí también. Creo que la voy a comprar. ¿Me la llevarán a casa?

—Ahórrate ese dinero y dile a tu *sheriff* que venga a buscarla —le recomendó su amiga—. ¿A dónde ha ido Elizabeth?

—Ha ido a ver las mecedoras. Dice que no es capaz de decidir si prefiere una antigua u otra más moderna.

—Oh... oh. Ya he ido de compras con ella en otras ocasiones, cuando estaba amueblando el rancho de Jake. Y eso significa que va a detenerse en cada una de las tiendas de antigüedades de Marysville para preguntar precios —Emily se echó a reír—. Nunca había ido de compras con otras dos mujeres embarazadas. Esto es divertidísimo.

Oh, claro que sí, pensó Lorna. Cuando se había enterado de que tendría el miércoles libre, le había pedido a Emily que la ayudara a comprar los muebles para el bebé. Poco después, Emily se había encontrado a Elizabeth en el supermercado y al final habían terminado subiéndose las tres al autobús dispuestas a estar de compras hasta después del almuerzo, que era cuando Lorna tendría que irse a trabajar.

—¿Conoces a Elizabeth desde hace tiempo? —quiso saber Lorna.

—Pues la verdad es que no —contestó Emily, al tiempo que llamaba al dependiente con la mano—. Pero está casada con el primo de mi mejor amiga del instituto. Por lo que dice Kate, toda la familia la adora.

—Es preciosa —al lado de la alta y elegante señora Johnson, ella se sentía bajita y gordita.

—Y no solo es preciosa —susurró Emily—. Una mujer que es capaz de vestir a su perro e invitarlo a su boda, tiene que ser condenadamente atrevida.

Lorna se echó a reír.

—Supongo que tienes razón, Em —le dijo al dependiente que quería la cuna y le tendió su tarjeta de crédito.

—¿Has ido a ver su casa?

—No —respondió Lorna. Había estado demasiado cansada para aceptar la invitación de Jess, pero quizá él volviera a pedírselo—, todavía no.

—Te va a encantar. A Elizabeth le encantan los muebles antiguos, ese tipo de cosas que las madres y las abuelas desprecian, y realmente sabe sacarles partido.

Elizabeth se acercó en ese momento a ellas.

—No podéis imaginaros lo que cuesta una mecedora nueva —comentó a medida que se acercaba—. Creo que prefiero una antigua.

—Le estaba hablando a Lorna de tu casa. Y de tu perro. Y de que seguro que quieres que vayamos a todas las tiendas de antigüedades de Marysville antes de volver a casa. ¿O acaso me equivoco?

—No —Elizabeth sonrió radiante—. Pero antes vayamos a disfrutar de una buena comida... y un postre, claro. Porque ahora tenemos que comer por dos.

—Me encanta tu idea —se sumó Lorna.

—Oh, nos vamos a divertir muchísimo las tres juntas —les aseguró Emily—. Voy a enseñaros todo lo que sé sobre bebés.

El dependiente regresó en aquel momento con la factura de Lorna.

—¿Quiere que se la envíe a casa, señora?

—No —respondió ella—. Mi... un amigo vendrá a buscarla —le dio su dirección y firmó la factura.

—Gracias.

—Buena suerte, señoras —respondió él—. ¿Puedo ayudarlas en

algo más?

—De momento no, pero volveré —le prometió Elizabeth—. Yo tengo más tiempo libre que Lorna.

—¿Me permites darte mi primer consejo? —preguntó Emily—. No dejes que el *sheriff* te monte la cuna a no ser que estés segura de que es un genio de la mecánica.

—Ni siquiera estoy segura de que quiera hacerlo —admitió Lorna.

Jess no había vuelto a hablar con ella desde hacía varios días. Quizá le estuviera dando tiempo para pensar en su propuesta de matrimonio. O quizá había cambiado de opinión.

—Las últimas tres veces que me ha pedido que me case con él, le he dicho que no.

—¿Tres veces? —Emily estuvo a punto de tropezar, pero Elizabeth la agarró a tiempo del brazo—. ¿Y tú no quieres casarte con él?

—Claro que quiero. Pero él no me quiere.

Elizabeth suspiró.

—Oh, Lorna. Cuánto lo siento. Estos texanos tienen ideas de lo más extrañas. Dale tiempo. Quizá te quiera más de lo que piensas.

—No creo. La primera vez que me ofreció matrimonio me dijo que quería cumplir con su deber. Y la última vez, que quería resolver cuanto antes todo este asunto.

—Oh, Lorna —se lamentó Emily, pero Lorna sonrió y su amiga soltó una carcajada—. Esa es la peor proposición de matrimonio que he oído en toda mi vida.

—No me sorprende que le hayas dicho que no —corroboró Elizabeth.

—Pero puedes intentar desquitarte —le aconsejó la pelirroja—. Pídele que te monte la cuna.

—¿De verdad? —de esa forma tendría una excusa para llamarlo.

—Claro que sí. Será la mejor forma de volverlo completamente loco.

—O también podrías darle otra oportunidad. Por estos hombres

de Texas, realmente merece la pena esperar.

## Capítulo ocho

Jess había llegado a la conclusión de que Lorna era más amable con él cuando estaba cansada. Le gustaba que le dijera cosas como que se sentara y descansara o que se fuera a la cama. De modo que esperó hasta las nueve de la noche, la hora en la que cerraba el Coffee Pot, para pasarse por allí, convencido de que a esa hora seguramente lo necesitaría.

—Hola, *sheriff* —lo saludó Charlie desde el taburete en el que estaba sentado, con una taza de humeante café frente a él—. La cocina está cerrada, pero seguro que encontramos algo de comer para ti.

—No, yo...

—¡Lorna! —gritó el cocinero—. ¡Tienes compañía! ¡Ha llegado tu novio!

—Hola, Jess —Lorna salió de la cocina—. ¿Qué haces por aquí?

—Vengo a buscarte —Lorna llevaba puesto uno de los delantales de Charlie, que la cubría desde el pecho hasta las rodillas. Tenía el rostro sonrojado, el pelo recogido en lo alto de la cabeza y una pequeña mancha en la mejilla. Llevaba guantes en las manos además. Parecía haber estado fregando durante horas, una idea que le hizo desear levantarla en brazos y sacarla cuanto antes de allí. Jess tomó aire antes de hablar, pero aun así, no pudo evitar parecer enfadado cuando le preguntó:

—¿Qué demonios estás haciendo, Lorna?

—Limpiar la cocina.

—Se ha ofrecido voluntariamente —se apresuró a añadir Charlie—. Ya le he dicho que se fuera a casa, pero no ha querido.

—El chico que limpia la cocina normalmente está enfermo y a

Charlie ha vuelto a molestarle la rodilla —le explicó Lorna mientras se acercaba a él—. Ya casi he terminado. ¿Quieres saber lo que he comprado hoy?

—Lo que quiero saber es cuándo vas a quitarte ese delantal —la cuestión de la paternidad estaba demostrando ser especialmente dura, sobre todo cuando la futura madre insistía en trabajar.

Lorna apenas sonrió.

—He estado de compras en Marysville con Emily Bennett y con Elizabeth Johnson.

¿De compras? ¿Y cuándo diablos había descansado en todo el día? Jess intentó reprimir su frustración y respondió con un mesurado:

—¿De verdad?

—Y voy a necesitar tu ayuda.

Eso le gustaba más, se dijo Jess.

—Claro, ¿y para qué me necesitas?

—Si me llevas a casa dentro de veinte minutos, te lo explicaré.

—De acuerdo —se interrumpió al instante—. Espera un momento, ¿has venido andando al trabajo?

—Casi todos los días vengo andando. El médico dice que es bueno hacer ejercicio.

—Pero no limpiar cocinas —fulminó a Charlie con la mirada—. Y tú deberías saberlo.

—Es imposible discutir con Lorna —se defendió el cocinero mientras se levantaba—. El *sheriff* tiene razón, Lorna. Vete a casa.

—Pero todavía no he terminado con...

—Vete —insistió—. Ya lo acabaré yo.

—Eres muchísimo más amable que Texas Tom —dijo Lorna mientras se quitaba el delantal y los guantes. Se los tendió a su jefe.

—No es difícil ser mejor que un tipo así. Venga, saca a tu *sheriff* de aquí y vete a casa.

—Gracias —tomó su bolso de detrás del mostrador y metió las

propinas en un sobre—. Hasta mañana por la mañana, Charlie.

Jess la condujo hasta la puerta, antes de que pudiera cambiar de opinión. Le hizo sentarse en el asiento delantero del coche y la observó con atención para asegurarse de que se ponía correctamente el cinturón. Había leído en el libro sobre el embarazo que era muy importante que las futuras madres no se olvidaran de ponérselo.

Cuando Lorna terminó, puso el coche en marcha.

—¿Hoy no tienes que trabajar? —le preguntó ella.

—No. Me he tomado el día libre —giró en una rotonda y se dirigió hacia casa de Lorna—. He ido a buscarte esta mañana, pero Charlie me ha dicho que habías cambiado de turno.

—Últimamente no te he visto mucho.

Jess la miró sorprendido.

—Voy a tomar café todas las mañanas al Coffee Pot. ¿Qué es lo que has comprado en Marysville?

—La cuna —contestó con una sonrisa que hizo que Jess estuviera a punto de salirse en una curva—. ¿Quieres que la montemos juntos?

—Claro que sí —habría movido montañas, caminado hasta el sol o cambiado el curso del Río Grande con tal de verla sonreír de aquella forma otra vez.

—Gracias. Emily dice que es un poco complicado.

—Cariño, estoy seguro de que sabré hacerlo —le aseguró él. Habría instrucciones y además, llevaba una caja de herramientas en el coche—. Lo haré esta misma noche.

—Pero si todavía no tengo la cuna en casa. Está en Marysville. Les he dicho que irías tú a buscarla. Si no puedes —se precipitó a añadir—, haré que me la envíen. Solo he pensado que...

—Podrías ahorrarte unos cincuenta dólares. Buena idea —aparcó delante de casa de Lorna, esperando que lo invitara a entrar. No podía evitar albergar la esperanza de que Lorna hubiera recuperado el sentido común y se hubiera dado cuenta de lo mucho que necesitaba a un hombre en su vida.

—Pero puedo enseñarte una foto de la cuna —Lorna rebuscó en su bolso y sacó un folleto—. Es la de color blanco —se lo tendió.

Jess encendió la luz interna del coche y observó la cuna con atención. No parecía nada especial. Era una cuna, sencillamente, pero la expresión de júbilo de Lorna le hizo fingir interés.

—Es realmente bonita —comentó, intentando imaginarse a su hijo durmiendo en ella. No, no podía imaginarse que iba a tener un bebé. Ni siquiera después de todas las fotografías que había visto en aquellos libros.

—Vamos —lo invitó Lorna mientras abría la puerta—. Te enseñaré la habitación del bebé.

—Eh, de acuerdo —no eran las cunas y las habitaciones de bebé lo que Jess tenía en mente para aquella noche. No, cuando guardaba en la guantera del coche una cajita con una sortija de compromiso y tenía ya preparada una nueva proposición matrimonial. Pero una invitación era una invitación y no iba a renunciar a la oportunidad de estar con Lorna.

Lorna salió del coche y esperó fuera sin darse cuenta de que Jess sacaba algo de la guantera y se lo metía en el bolsillo de la cazadora.

La habitación del bebé estaba al lado de la de Lorna, en una esquina situada entre el dormitorio y el baño. Jess había visto aquella puerta cerrada en otras ocasiones, pero no le había prestado atención.

—Es rosa —dijo, con la mirada clavada en las paredes, las cortinas y la alfombra, todo del mismo color—. Realmente rosa.

—La tía Carol tuvo una fase rosa a los cincuenta años y hay habitaciones que todavía no he podido pintar —Lorna se echó a reír—. Es terrible, ¿verdad?

—El niño tendrá pesadillas.

—Pretendo pintar la habitación antes de que nazca.

—Pero no deberías dedicarte a subir escaleras —musitó él—. ¿Tienes pintura?

—Litros y litros de pintura blanca. Pensé que me resultaría más fácil pintar todas las paredes del mismo color.

—Tengo el sábado por la tarde libre —dijo él—. Vendré y me pondré a pintar.

—Yo estaré en casa a partir de las dos.

—Entonces me acercaré a esa hora —le prometió, preguntándose si debería hablar ya de matrimonio o sería mejor esperar hasta el sábado. Por supuesto, no pretendía dejar que Lorna pintara. ¿Cómo iba a permitir que inhalara todo tipo de vapores tóxicos en su estado? Los embarazos eran una cuestión complicada. Había descubierto que había peligros por todas partes: el tabaco, el alcohol, la cafeína, los tintes... e incluso un gato podía ser peligroso—. No tienes gato, ¿verdad?

—No, prefiero los perros —bostezó y se cubrió la boca con la mano—. ¿Tú tienes perro?

—En este momento no. Todavía estoy viviendo en un hotel a las afueras de la ciudad, en el Good Times —situación que esperaba que cambiara pronto. Estaba dispuesto a dormir en el sofá si tenía que hacerlo, pero estaba más que decidido a estar en aquella casa cuando Lorna tuviera a su hijo.

—Pero ese sitio es terrible.

—No está tan mal. He estado viendo algunas casas de alquiler, pero lo que realmente quiero es comprarle mi rancho a Bobby Calhoun. Se lo compró a mi mujer después del divorcio.

—Vamos —dijo Lorna, volviéndose para salir de la habitación—. Puedes contarme todo esto estando sentados.

Era una casa con una distribución extraña, advirtió Jess. El pequeño pasillo conducía a la cocina y a otra habitación que se confundía con el salón de la parte delantera de la casa.

—Esto debería ser el comedor —le explicó Lorna—, pero creo que lo dejaré vacío hasta que decida si necesito un comedor o no.

—¿Hay algo en el piso de arriba?

—Sí, pero todavía no lo he arreglado. Tía Carol lo utilizaba como una especie de almacén —se sentó en el sofá y apoyó la espalda contra el respaldo. Pero Jess no se sentó en la silla, en frente de ella, sino en el otro extremo del sofá.

—Túmbate —le dijo—. Puedes ponerme los pies sobre el regazo —en el libro que había leído decía que poner las piernas en alto ayudaba a relajarse.

—Eres muy amable, Jess, pero tengo los zapatos sucios y no quiero mancharte los pantalones.

—Te los quitaré yo —le desató los cordones y le quitó los zapatos. Lorna movió los dedos de los pies y suspiró. Jess se los colocó en el regazo, y su cuerpo reaccionó de manera casi instantánea.

—Así estoy mucho mejor —dijo Lorna, colocándose un almohadón en la cabeza. Se quitó después la coleta y cerró los ojos—. Muy bien. Ahora ya puedes hablarme de tu perro.

—No tengo ningún perro —repuso Jess.

—Pero tenías. ¿Qué tipo de perro era?

—Un perro de pelo negro, un chucho que se llamaba *Bobes*. Pero eso era cuando era niño.

—Y ahora, háblame de tu rancho —le pidió, con los ojos todavía cerrados. Movié los dedos de los pies y Jess, con expresión ausente, le tomó uno de los pies entre las manos y comenzó a acariciárselo.

—Es un rancho pequeño y está muy cerca de Dead Horse, donde vive Bobby Calhoun. ¿Tú conoces a Bobby?

—Todo el mundo lo conoce —respondió—. Es un hombre encantador, pero un poco salvaje.

—Exacto, ese es Calhoun. Le compró el rancho a mi mujer, pero me dijo que estaba dispuesto a alquilármelo o vendérmelo en cuanto yo quisiera, y ahora lo quiero —le tomó el otro pie y comenzó a acariciarlo también.

—Es un gesto muy amable por su parte.

—Bobby tiene más dinero del que necesita, no sabe qué hacer con

él. Pero ahora que se ha ido Jake, que antes de casarse era su capataz, parece que no es capaz de dejar de hacer tonterías.

—Sale con muchas chicas. En el café se habla mucho de eso. Pero dime, ¿cuándo vas a comprarle el rancho?

—Pronto —contestó, consciente de que era preferible que lo comprara antes de que se casara con Lorna para que el rancho no entrara a formar parte de la comunidad de bienes otra vez. Lo último que quería era tener que vender el rancho por culpa de otro divorcio. Llamaría a Calhoun al día siguiente y esperaba que estuviera suficientemente sobrio para poder hablar con él. Podría irse a vivir al rancho casi inmediatamente y quizá también tuviera que vivir en él después de la boda. Porque no había ninguna garantía de que Lorna estuviera dispuesta a invitarlo a vivir con él. Ahogó un gemido. Desde luego, eso seguro que daría que hablar a la gente del pueblo.

Pero cada cosa a su tiempo. Y aquel era el momento de hacer su propuesta de matrimonio otra vez. Quizá la sortija girara las cosas a su favor en aquella ocasión. Jess tomó aire.

—Supongo que he estado abordando todo esto de una forma equivocada.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lorna. Continuaba con los ojos cerrados y había dejado de mover los pies. Era evidente que estaba agotada.

—A este asunto del matrimonio —contestó, apoyando la cabeza contra el respaldo del sofá. Miró la habitación vacía que debía convertirse en comedor y se preguntó si Lorna y él invitarían a amigos a cenar. No sabía si a Lorna le gustaba cocinar, ni siquiera si le gustaba tener compañía. Y tampoco si quería seguir trabajando cuando tuviera a su hijo o si preferiría quedarse en casa. Había vivido en Dallas y trabajado en una lujosa tienda de ropa. ¿Sería capaz de ser feliz en Beauville? ¿O querría disponer de ropa y objetos de lujo tanto para ella como para su hijo?

Jess luchó por dominar el pánico. Lorna y él tenían que intentar

ponerse de acuerdo en algunas cosas, eso era todo. Lorna parecía una mujer razonable. Y, desde luego, a él no le importaría compartir su cama y acariciarla, y sentir aquella deliciosa fragancia a vainilla que impregnaba su piel cuando acababa de bañarse. Lorna nunca lo había regañado, ni lo había insultado, ni se había quejado de que nunca lo escuchaba o de que trabajaba demasiado.

Pero nada de eso importaba en aquel momento. No cuando su bebé estaba en camino. Aunque, tenía que admitirlo, en los momentos más oscuros de la noche, se preguntaba a veces si aquel bebé sería suyo. Porque en realidad podía ser de cualquiera. Incluso de Texas Tom. Quizá Lorna lo hubiera engañado. O a lo peor se había convencido a sí misma de que el hijo era suyo cuando en realidad no lo era. Jess no tenía mucha información sobre su pasado, salvo que no había sido arrestada ni tenía multas de tráfico.

No había mucha gente de la que se pudiera decir lo mismo, salvo quizá la octogenaria Gert Knepper que, probablemente, ni siquiera sabría conducir.

Jess volvió la cabeza hacia la mujer con la que tenía que casarse. Estaba dormida con las manos cruzadas a la altura del abdomen. Lo único que le había pedido era que le llevara la cuna que había comprado en Marysville. Todo lo demás se lo había ofrecido él.

De modo que, si había alguien a quien podía culpar, era a sí mismo.

—Bueno, ¿ya es oficial o no? —Chelsea recibió a su jefe con una taza de café y una lista de mensajes.

—¿Qué es lo que tiene que ser oficial?

—El compromiso.

—No —tomó la taza e ignoró los mensajes—. Gracias —le dijo y bebió un sorbo. Aquella mañana se había quedado dormido y no había tenido tiempo de probar el café.

Chelsea lo siguió hasta su mesa.

—¿Por qué no?

—Lorna se quedó dormida.

—Tiene que mejorar tus técnicas románticas, jefe.

—Está embarazada de seis meses, Chelsea. Y estaba cansada.

—Bueno, pero tiene que ser consciente de que no tiene todo el tiempo del mundo —dejó la lista de mensajes frente a él y Jess advirtió que, sobre el esmalte plateado de sus uñas, llevaba pintadas unas minúsculas botas de vaqueros—. Bobby Calhoun, Jake Johnson, la oficina del *sheriff* de Marysville y el ayuntamiento.

—¿Alguna emergencia?

—No que yo sepa.

—Estupendo. Entonces dejaré todo eso para más tarde —repuso y se levantó.

—¿Va a venir Bobby Calhoun hoy al pueblo?

—No, voy a ir yo a verlo, ¿por qué? ¿Quieres formar parte de su larga lista de novias? —la miró por encima del borde de la taza—. Pensaba que eras más sensata.

—¿Está intentando aconsejarme sobre mis citas, jefe?

—Jamás se me ocurriría hacer algo así —repuso él—. ¿Cómo diablos se supone que voy a pedirle matrimonio a esa mujer otra vez?

—¿Otra vez?

—No hagas preguntas.

—¿Cuántas veces se lo ha pedido ya? ¿Dos? ¿Tres?

—Olvídate de que te he dicho nada, por favor.

—Enséñele la sortija, jefe. Ya verá como con eso lo tendrá todo solucionado —buscó la cafetera y le sirvió otra taza de café—. Y dese prisa, porque todo el mundo está empezando a preguntarse cuándo va a ser la boda.

—Chelsea —repuso Jess, sosteniéndole la mirada con la que esperaba fuera su expresión más amenazadora—. ¿Tengo aspecto de querer que todo Beauville se meta en mi vida?

—No, pero no puede culpar a la gente por preguntar. Todo el mundo tiene derecho a hablar.

Magnífico. Todo Beauville sabía que iba a casarse antes de que la propia novia hubiera dado su consentimiento.

Lorna alzaba la mirada hacia la puerta cada vez que entraba alguien en la cafetería. Jess no había ido a tomar el café aquella mañana y, desde las siete y media, Lorna lo estaba esperando.

Se había despertado en medio de la noche para ir al baño y había descubierto que se había quedado dormida en el sillón. Jess se había ido, la casa estaba vacía. La había tapado con una sábana que probablemente había encontrado en el armario del dormitorio.

Recordó que había dicho algo así como que había enfocado mal todo aquel asunto de la boda. Y deseó que estuviera allí para explicarle lo que había querido decir.

El problema era, comprendió Lorna mientras servía un plato de huevos, *bacon*, tostadas y bizcochos, que se había enamorado de Jess Sheridan otra vez. Pero aquella vez no era ya una adolescente que admiraba a uno de los mejores atletas del instituto. Y aquel no era el mágico encuentro que habían disfrutado el verano anterior, cuando se había despertado entre los fuertes brazos de Jess Sheridan. No, en aquella ocasión, Lorna temía estar verdaderamente enamorada. De un hombre que insistía en hacerse cargo de su hijo y de la madre de su hijo.

—Yo no he pedido bizcochos —protestó Mike, devolviéndole el plato—. Yo quería huevos revueltos con *bacon*.

—A mí me han servido tus huevos —dijo un hombre que estaba sentado dos taburetes más allá. Lorna los ayudó a cambiar los platos y se disculpó. Que se hubiera enamorado otra vez de Jess Sheridan no significaba que tuviera que comportarse como una estúpida. Su bebé necesitaba una madre que le prestara atención. Y, advirtió, también un padre que pudiera cuidarlo.

—¡Lorna!

—¿Qué?

—Se te están quedando fríos estos platos. ¿Qué diablos te pasa

hoy?

—Lo siento, Charlie. Pero esta mañana ha venido mucha gente.

—No más que cualquier otro viernes.

Lorna consiguió terminar de servir el desayuno sin mezclar los pedidos, pero no le resultó fácil. Se dio cuenta de que no le había dado a Jess el recibo de la cuna, de modo que si, a lo largo del día se acercaba a Marysville, no podría ir a por ella. Tras rellenar la cafetera, recordó que su mecedora nueva estaba todavía en casa de Emily. La influencia de Elizabeth había tenido como resultado a tres mujeres llevándose a casa una mecedora cada una.

—¡Lorna! —Charlie parecía estar a punto de perder la paciencia, así que Lorna dejó de rellenar las tazas de café de sus clientes y se volvió.

—¿Qué?

—¡La máquina del café! No has puesto ningún recipiente debajo.

—Oh, no —gritó Lorna cuando vio el café goteando por el mostrador. Agarró una bayeta y se dispuso a limpiar aquel desastre, pero se quemó con el café. Charlie se acercó y apagó la máquina mientras Lorna metía la mano bajo el grifo de agua fría. Llegaron diferentes sugerencias de los clientes, pero Lorna sabía que el agua fría era lo mejor y si necesitaba algo más, podía pedirle a Charlie que lo buscara en el botiquín.

El problema, por supuesto, era que los clientes iban a tener que esperar un poco más el café recién hecho. Y los texanos adoraban el café.

Y a Charlie le gustaba que sus clientes estuvieran contentos y su camarera fuera eficiente. De modo que cuando el cocinero frunció el ceño y los clientes gimieron, Lorna tuvo que pestañear varias veces para contener las lágrimas. Se secó las manos con una toalla de papel y ayudó a Charlie a arreglar el desastre. Volvió a la máquina del café, les dijo a los tipos que estaban en la barra que se encontraba bien y se dispuso a retirar los platos vacíos.

Cuando estuvo lista la nueva cafetera, llenó las tazas vacías. El dorso de la mano derecha le escocía, pero decidió ignorarlo. Había sido culpa suya, por soñar despierta con Jess cuando debería estar concentrada en su trabajo. La próxima vez que sonó la campanilla de la puerta, no alzó la cabeza, esperando que fuera Jess el que llegaba.

Veinte minutos después, comenzó a mirar otra vez. De modo que cuando Mike Montero dijo:

—Ha llegado tu novio —se volvió rápidamente para verlo y lo saludó con la mano.

—Siéntese *sheriff* —le dijo Mike—. Yo ya me voy.

Lorna intentó disimular su sorpresa. Aquella era la primera vez que Mike se iba del café antes de las diez.

—Gracias —le dijo Jess, y el hombre le guiñó el ojo antes de dejar su dinero en el mostrador y ponerse su gorra.

—¿Un café? —le preguntó Lorna a Jess, mientras colocaba frente a él una taza vacía.

—No, ya he tomado suficiente —contestó Jess. Parecía tenso, cansado y muy, muy decidido. Lorna dejó la cafetera en su lugar y se volvió para preguntarle si quería desayunar.

—Hay un bizcocho especial.

—No, gracias.

Lorna había bajado la voz porque sabía con toda certeza que todo el mundo quería oír lo que ella y Jess se decían. Incluso Charlie había dejado de golpear bandejas, algo que parecía entusiasmarle, como si de esa forma se sintiera un auténtico *chef*.

—Siento lo de anoche. Siento haberme quedado dormida mientras me hablabas.

—Probablemente no será la última vez —repuso él—. ¿Puedes ponerme un café, Lorna?

—Pensaba que habías dicho que ya tenías suficiente.

—No estaba hablando del café. Ya he tenido suficiente... —se interrumpió de pronto—. ¿Qué te ha pasado en la mano?

—He tenido un pequeño problema con la cafetera. Ha sido culpa mía —admitió—. Estaba un poco despistada.

—En la oficina tengo algo para las quemaduras.

—Estoy bien, de verdad —insistió Lorna, sonrojándose cuando Jess le tomó delicadamente la muñeca para mirar la quemadura—. ¿Quieres café? Estoy confundida.

—¿Confundida? Ojalá solo estuviera confundida —gruñó Charlie. Salió de la cocina con una bandeja de comida—. Lleva todo el día buscándose un accidente —sirvió la bandeja bajo la atenta mirada de Lorna. Esta sabía que debería sentirse culpable, pero la verdad era que no se sentía culpable en absoluto.

—Charlie necesita contratar a alguien más —dijo, volviéndose nuevamente hacia Jess. Este continuaba sujetándole la muñeca, de modo que Lorna sospechaba que el café no estaba en su lista de prioridades—. ¿Qué querías, Jess?

—He venido a arrestarte —musitó—. Vamos —le soltó la muñeca y le dijo a Charlie—: Voy a llevarme a tu camarera para hacerle un interrogatorio —dijo. Todo el café se quedó en completo silencio.

—¿Estás loco? —le preguntó Lorna—. ¿Por qué quieres interrogarme?

—Venga conmigo, señorita —dijo, en su tono más profesional—. Ya hablaremos de esto en la comisaría.

—No puedo irme ahora —protestó Lorna, pero Jess le guiñó un ojo. Así que agarró su bolso y rodeó el mostrador.

—Oh, por el amor de Dios —gruñó Charlie—. No podéis hacerme esto.

Jess se detuvo ante la puerta abierta.

—¿Quieres asumir la responsabilidad de interferir en el trabajo del *sheriff*?

—No engañas a nadie —gruñó el camarero. Los vaqueros miraron a Lorna alzando los pulgares en señal de victoria.

—No hace falta que la devuelvas —le advirtió Charlie—. Hoy no

está sirviendo de nada.

—Charlie me va a despedir después de esto —se lamentó Lorna.

—No, no te va a echar porque eres tú la que vas a dejar ese trabajo —señaló su vehículo—. Entra, quiero que pasemos antes por mi oficina para ponerte algo en esa quemadura.

Lorna comenzó a protestar, a decir que no quería dejar aquel trabajo, pero no dijo nada. La verdad era que no sabía durante cuánto tiempo podría seguir a aquel ritmo. Ni tampoco cuánto podría seguir resistiéndose a Jess Sheridan.

—De acuerdo —dijo. Y eso mismo diría la próxima vez que Jess le ofreciera matrimonio.

Jess no estaba enamorado de ella, y quizá nunca lo estaría, pero ya era hora de que dejara de pensar en lo que no podía llegar a tener y comenzara a pensar en su hijo. Ella y Jess adorarían a ese niño y quizá eso fuera suficiente para los tres.

## Capítulo nueve

Jess sacó a Chelsea de su despacho y la envió al café a ayudar a Charlie que, por fin había conseguido averiguar el *sheriff*, era el marido de una prima segunda de la joven, que no debía confundir con la prima que iba a dar a luz al mismo tiempo que Lorna.

—Volveré dentro de veinte minutos —dijo la secretaria—. Tienes una cita con Bobby a las dos. Ha vuelto a llamar para decir que os veríais en su casa. Y, ¿sabe una cosa?

—¿Hmm?

—Recuerde lo que le he dicho antes —y vocalizó de espaldas a Lorna—: Enséñele el anillo.

Jess asintió y señaló hacia la puerta, pero su secretaria no le prestó atención y le comentó a Lorna:

—No te preocupes por el café. Charlie tiene tres sobrinas que están deseando ponerse a trabajar para pagar los regalos de Navidad. Se lo recordaré a Charlie y le conseguiré ayuda para el resto del día.

—¿Para el resto del día? —Lorna la miró como si no pudiera creerse su suerte.

—Adiós —repuso Chelsea y salió de la habitación—. Que os divirtáis.

¿Divertirse? Proponerle matrimonio a Lorna por cuarta vez no era precisamente la idea que Jess tenía de la diversión. Retrasó el momento de hacerle la pregunta abriendo un armario y sacando una pomada para tratar las quemaduras.

—Mira —le dijo, parecía más malhumorado de lo que pretendía—. Esto te ayudará.

—Estupendo, porque me está empezando a escocer —admitió—. Es la cosa más estúpida que me ha pasado en mi vida.

—¿Cómo ha sido? —se apoyó en su mesa mientras abría el bote que contenía la pomada y hundía un dedo en la crema que, con mucho cuidado, extendió después sobre la quemadura de Lorna.

—Estaba soñando despierta y no coloqué ningún recipiente debajo de la cafetera. Deberías haber visto el desastre que se ha formado.

—Quizá haya llegado el momento de que dejes de trabajar tan duramente —le soltó la mano, esperando su inmediata protesta.

—Quizá tengas razón.

Vaya, aquella era una respuesta esperanzadora.

—¿De verdad?

—Sí, últimamente estoy muy cansada —admitió—. Supongo que lo habrás notado. Siento lo de anoche, pero no sabía lo relajante que podía llegar a ser que te acariciaran los pies.

—Yo no soy un romántico —dijo Jess y Lorna lo miró con aquellos enormes ojos azules que siempre le hacían desear besarla. Tomó aire e intentó reprimir la erótica visión de Lorna en su cama—. No voy a decirte que te quiero ni a prometerte cosas que no voy a poder darte. Cuando hago una promesa, me gusta mantenerla y, tanto si te casas conmigo como si no, te prometo que voy a ayudarte con nuestro hijo.

—Jess... —comenzó a decirle.

—Escúchame, Lorna. No creo que sea bueno que un niño crezca sin padre, sobre todo cuando hay un hombre perfectamente capaz de serlo dispuesto a hacer ese trabajo, pero si continúas estando en contra del matrimonio, puedes estar segura de que no voy a arrastrarte al juzgado, por muy tentado que esté de hacerlo, para obligarte a dar el sí.

—Pero yo sí.

—¿Qué?

—Que voy a ir yo —repitió—. No vas a tener que arrastrarme a ninguna parte. Tienes razón.

—¿Ah sí? —si eso era cierto, aquel iba a ser un día

condenadamente maravilloso. Jess se inclinó hacia delante.

—Estamos juntos en esto —dijo Lorna, mirándolo con aquellos ojos que parecían estar pidiendo que la llevara pronto a la cama—. Y estaba ya empezando a darme cuenta de que necesito... —se interrumpió un instante.

—¿Ayuda? —sugirió Jess.

—A ti —se encogió de hombros, como si ni siquiera ella fuera capaz de comprenderse—. Solo a ti —sonrió—. Y también ayuda para montar la habitación del bebé.

Jess tomó aire y lo soltó lentamente. No esperaba sentir un alivio tan intenso. Aquella mujer iba a casarse con él. Debería estar deseando huir a México y esconderse hasta que su hijo tuviera dieciocho años, pero en vez de eso, se sentía como si acabaran de hacerle un regalo muy especial.

—¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

Lorna vaciló.

—No estoy muy segura...

Jess sabía que no le estaba diciendo la verdad, pero no quería tentar a la suerte. Aquel no era momento para un interrogatorio. De acuerdo con todo lo que le habían recomendado, aquel era el momento ideal para darle la sortija. Así que se inclinó sobre su escritorio, abrió un cajón y sacó una cajita de terciopelo gris y le pidió:

—Ábrelo.

—¿Jess? —Lorna parecía sorprendida, pero aun así, hizo lo que le pedía y él derramó el contenido del estuche en sus manos.

Lorna jadeó al ver los tres anillos.

—Eran de mi abuela —le explicó Jess—. He pensado que podrías elegir la que más te gustara y si no te gusta ninguna, podemos ir a la joyería de Joe para ver si tienen algo que te guste más.

Lorna sostuvo las tres sortijas en la palma de la mano izquierda y tomó un aro de platino con tres diamantes ensartados en algo que

parecían pequeñas flores. Lo dejó cuidadosamente sobre la mesa y tomó otro de oro con una piedra azul, un aguamarina, creía recordar Jess que la llamaba su madre, que era casi idéntica a los ojos de Lorna.

—¿Lorna? —su silencio le extrañaba. Nunca le había enseñado a Sue las sortijas; le había comentado que existían, pero ella había insistido en llevar una sortija que no hubiera llevado nunca nadie. Sabía que Lorna no iba a opinar lo mismo. Para empezar, no parecía importarle vivir en casa de su tía Carol y ninguno de los muebles que allí había parecía especialmente nuevo, pero podía estar equivocado. Al fin y al cabo, eran muchas las equivocaciones que había cometido en los últimos años.

Lorna no contestaba. La sortija que quedaba era un sencillo aro de platino, pero parecía más una alianza. Sus diminutos diamantes brillaban con la luz del sol que se filtraba por la ventana.

Jess empezó a sudar. No conocía muy bien a Lorna, pero sabía que no era una mujer especialmente silenciosa.

—Di algo —le pidió, deseando saber algo más sobre sortijas. Y también algo más sobre mujeres—. ¿Te parecen demasiado anticuadas? ¿No te gusta el color? ¿Qué pasa?

—Lo siento —susurró ella, dejando la tercera sortija al lado de las otras. Se secó los ojos con el dedo y lo miró—. Las tres son preciosas.

—¿Entonces qué pasa?

—Tengo los dedos demasiado hinchados —lo miró de reojo—. Ya sé que es una tontería llorar por eso, pero ninguna de ellas me valdrá hasta que nazca el niño.

—Entonces las engrandaremos.

—Pero seguro que en estos meses los dedos se me van a hinchar todavía más —tomó las tres sortijas, las metió en el estuche y se lo tendió—. Llévatelas Jess.

—Si las quieres, las tres son tuyas —dijo Jess desilusionado.

—Estos fueron regalos hechos con amor —repuso Lorna—. La

banda de platino parece un anillo de compromiso y la otra una alianza. No me parece bien quedármelas porque...

—Porque no nos queremos —terminó por ella—. ¿Era eso lo que ibas a decir?

—Esperaré —dijo Lorna— hasta que me queden bien.

Jess guardó el estuche en un cajón.

—Haz lo que quieras, pero yo sé que a mi abuela no le habría importado. Era una mujer muy práctica.

—No creo que lo fuera con esas sortijas.

—Creo que el platino es más fuerte que el oro —comentó Jess, mientras ayudaba a Lorna a levantarse—. La de aguamarina es un poco llamativa, pero a mi abuela le gustaba ponérsela para ir a la iglesia.

—Tu abuela tenía muy buen gusto —miró el reloj—. Creo que debería volver al trabajo.

Antes tendría que pasar por encima de su cadáver, se dijo Jess.

—Chelsea va a encargarse de todo eso y no tienes idea de lo eficiente que es. Tómate el resto del día libre.

—Podría aprovechar para organizar la habitación de bebé.

Jess le tendió el teléfono.

—Llama al café y avisa a Charlie —mientras Lorna llamaba, Jess revisó su agenda. Legalmente, tenía la tarde libre porque le tocaba trabajar aquella noche. Y no quería que Lorna hiciera demasiadas cosas aquella tarde. Y sabía que era capaz de ponerse a pintar el techo o cualquier locura por el estilo.

Deberían ir a buscar la cuna. Así se aseguraría también de que almorzaba de forma saludable.

De modo que dejó una nota a Chelsea. Iba a estar en Marysville y la visita al rancho podría esperar un poco más.

—Es el viernes que viene —declaró Chelsea mientras colgaba el teléfono—. A las cuatro y media.

—¿A qué te refieres? —preguntó Carter mientras apartaba la

mirada del monitor. Estaba jugando al solitario.

—La boda del jefe. Se supone que es secreta, por supuesto. Ni siquiera la ha apuntado en su agenda —los hombres se creían muy inteligentes, pensó Chelsea divertida. Pero lo que no sabía el jefe era que ella había estudiado con uno de los trabajadores del ayuntamiento. Debbie todavía le debía a Chelsea un favor por haberles servido de coartada a él y a su novia una noche que se habían ido a un concierto, en mil novecientos noventa y seis.

—¿Y? Ya sabes que no le gusta hablar mucho del tema —comentó Carter.

—Tenemos que organizarle una fiesta, ¿recuerdas? Tenemos que empezar a llamar a todo el mundo.

—No creo que le guste —le advirtió Carter.

—A Lorna sí.

Carter se encogió de hombros, como si no quisiera discutir con ella.

—Vamos a invitar a todo el pueblo —dijo Chelsea—. Y estoy segura de que también vendrán Mandy y Sandy Wynette —Carter se animó al instante. El muy idiota no sabía que las gemelas eran demasiado jóvenes para él y tenían el cerebro de un ratón.

—No puedo imaginarme a Jess soportando una fiesta de ese estilo —dijo su ayudante—. Se va a poner furioso. Seguro que termina despidiendo a alguien y preferiría no ser yo.

—Haremos algo sencillo —le prometió Chelsea—. Pero habrá tarta de bodas y champán, para que el señor y la señora Sheridan tengan una boda digna de recordar.

—El *sheriff* ya tiene una boda digna de recordar. Precisamente, fue en la boda de Jake Johnson en donde empezó todo este lío.

—Las bodas son muy románticas —insistió Chelsea—. Y el romanticismo es contagioso.

Carter la miró con el ceño fruncido.

—Sí, bueno, eso es verdad. Pero yo procuraré no beber demasiado

y asegurarme de que llevo la bragueta bien sujeta.

—Me parece muy bien —corroboró Chelsea, intentando disimular una carcajada—. Especialmente estando las gemelas Wynette por los alrededores.

—Esta es la boda más extraña que he visto nunca —declaró Emily—. Esto parece una especie de anuncio de medicamentos contra la infertilidad.

—Me alegro de que hayáis venido —Lorna miró hacia el espejo de cuerpo entero. El vestido de color marfil no conseguía disimular su ya avanzado embarazo, pero aun así, se sentía elegante. Se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza y lo había adornado con un lazo de color marfil.

Elizabeth llevaba un bonito vestido suelto que insinuaba ya el embarazo, pero para su desilusión, su vientre todavía no estaba suficientemente abultado, de modo que no había podido ponerse un traje premamá. Y Emily, con su vestido verde, parecía estar embarazada de más de cinco meses.

—Es el cuarto —le explicó a la envidiosa Elizabeth—, de modo que mi cuerpo se pone inmediatamente en posición. Lorna, estás guapísima.

—Estoy como una ballena —con ninguno de los vestidos que se había probado había conseguido disimular mínimamente su vientre—. Además, se supone que las novias deben estar radiantes. Y yo estoy pálida.

—Estás radiante —le aseguró Elizabeth.

—Eso es porque ahora que no estoy trabajando, he podido descansar mucho más.

—Es más que eso, Lorna —insistió su amiga—. Cualquiera puede darse cuenta de que Jess y tú estáis enamorados.

—Solo se va a casar conmigo por el bebé —repuso Lorna—. Todo el mundo lo sabe.

—Pero tú estás enamorada de él —señaló Emily—. Y seguro que

eso sirve para algo.

—Eso era lo que pensaba yo al principio, pero ahora creo que para lo único que sirve es para que todo sea mucho más duro —admitió—. A lo mejor todavía está enamorado de su ex esposa.

—Lo dudo —Elizabeth frunció el ceño—. Al menos no es eso lo que dice Jake.

—Y a mí me encantaría creerlo —dijo Lorna, pero en el fondo de su corazón, sabía que Jess tenía un largo camino que recorrer antes de llegar a pensar que su matrimonio podía ser algo más que el cumplimiento de un deber.

—Eh —dijo Emily—. ¿Por qué estás preocupada? Lo tendrás a tus pies en un santiamén. Vas a ser su esposa, la madre de su hijo y su amante.

—¿Pero cómo puede seducir una a su marido? —miró su vientre y después a sus amigas—. Y sobre todo en este estado.

—Solo tienes que decirle: «ven a la cama, cariño» —Emily tomó el ramo de flores de la cama y se lo tendió a Lorna.

Elizabeth se echó a reír.

—Como siempre, Emily tiene razón.

Había sabido desde el primer momento que se iba a casar. Había planeado pasar por el juzgado con intención de darle al hijo de Lorna su apellido. Se había imaginado viviendo con Lorna y con el bebé en la acogedora casa de Lorna y trasladándose después a su rancho.

Pero Jess no se había permitido pensar en la noche de bodas.

Y, en ese momento, veinte minutos antes de la ceremonia, solo era capaz de pensar en la noche de bodas.

—Jess.

—¿Sí? —Jess se levantó. Se encontraba en la sala de espera de los juzgados en la que, afortunadamente, no había nadie salvo uno de los trabajadores del ayuntamiento. Jake le palmeó el hombro.

—¿Estás bien?

—No estoy seguro —sentía que le faltaba el oxígeno, como

cuando había visto la ecografía en la consulta de la doctora Bradford —. Gracias por estar a mi lado.

—No te preocupes —Jake miró su reloj—. George no tardará en llegar con las mujeres. ¿Te has traído la licencia de matrimonio?

—Sí —se palmeó el bolsillo—. Lo tengo todo preparado.

—¿Y la alianza?

—Sí —ese había sido otro problema. Lorna, que era la mujer más cabezota que había conocido en su vida, al final se había mostrado de acuerdo en que comprase una sencilla alianza de oro—. Si ves a una mujer que parece como una especie de Shania Twain un poco madura por los alrededores, esa es mi hermana. Viene de Austin.

—Estaré pendiente de ella. ¿Cómo se llama?

—Ricky. No he podido localizar a mis padres. Creo que están en el Gran Cañón, pero en cuanto se enteren de que van a ser abuelos, se presentarán en Texas —¿se acordarían ellos de Lorna? Esperaba que sí. Les resultaría más fácil aceptarla sabiendo que tenían un pasado común.

Un hombre mayor, de pelo gris y ojos azules, entró en aquel momento en la sala. Llevaba una cazadora vaquera, una camisa turquesa y un sombrero blanco. Se detuvo al lado de Jess y de Jake y preguntó:

—¿Quién de ustedes va a casarse con mi hija?

—Yo, señor —respondió Jess. Le tendió la mano al recién llegado—. Soy Jess Sheridan —se presentó—. Y este es Jake Johnson, un buen amigo mío.

—Hank Walters —dijo el padre de Lorna—. Pero llámame Hank. Encantado de conocerte —le dijo a Jake, antes de mirar atentamente a su futuro yerno—. Debería haberte reconocido, Sheridan. Has crecido.

—Sí, yo...

—¿Vas a hacer feliz a mi hija?

—Lo intentaré, señor. Le aseguro que lo intentaré.

—Eso es lo único que importa. Eso y que estés dispuesto a cuidar de mi nieto —sonrió radiante—. Iré a veros a menudo, Sheridan.

—Siempre serás bienvenido —Jess se preguntó entonces si su hijo tendría que aprender a bailar. Probablemente, a menos que tuviera tantas dificultades para coordinar sus movimientos como su padre.

—Ahí están —anunció Jake y Jess se volvió para ver a Lorna entrando con Elizabeth y los Benett. Estaba más guapa que nunca, advirtió. Y se sintió como el canalla con más suerte de todo Texas. Lo único que tenía que hacer era decir las palabras que se esperaba que dijera y después controlarse un poco mientras la besaba. Jess comenzó a caminar hacia ella, pero el padre de Lorna se le adelantó y le dio un fuerte abrazo a su hija.

—¿Cómo te encuentras, *sheriff*? —Emily le palmeó el brazo—. ¿No te parece que Lorna está preciosa?

—Me ha quitado la respiración —no se atrevía a apartar la mirada de ella por miedo a que cambiara de opinión antes de dar el sí.

El juez abrió la puerta de su despacho y los invitó a entrar. Jess se olvidó de lo asustado que estaba y comenzó a caminar al lado de la novia. Le tomó la mano, casi sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, y se la llevó a los labios.

—Estás preciosa —le dijo. Lorna le dirigió una sonrisa tan luminosa que estuvo a punto de deslumbrarlo. Le resultaba sorprendente ver tanta felicidad en el rostro de una mujer, en el rostro de su mujer. Pero rápidamente, aquella expresión desapareció para dar paso a otra más contenida y educada.

—Gracias. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Sí —mantuvo la mano entre la suya mientras el juez se acercaba a ellos—. Muy seguro.

La ceremonia fue breve, el juez austero y el padre de la novia estuvo secándose las lágrimas mientras permanecía al lado de Emily, que le iba proporcionando pañuelos de papel. Jess no soltó la mano

de Lorna hasta que llegó el momento del intercambio de anillos.

Antes de besarla, Jess tuvo que secarle las lágrimas de las mejillas. Él se había propuesto que aquel fuera un beso breve, una pura formalidad, pero las lágrimas de Lorna lo trastornaron. Y cuando la estrechó entre sus brazos, le dio un beso mucho más largo de lo que pretendía. Al fin y al cabo, un hombre tenía derecho a besar a su mujer.

Jess les estrechó las manos a los hombres, besó a Elizabeth en las mejillas y le dio un cariñoso abrazo a Emily. Ya estaba. Todo había terminado. A partir de aquel momento, Lorna y él podrían dedicarse a cuidar a su bebé.

El bedel los acompañó hacia la puerta.

—¿Podrían ir saliendo, por favor? Tenemos que cerrar las puertas principales.

Más tarde, Jess pensó que debería haber sospechado algo, pero en aquel momento estaba un poco mareado. Tomó a Lorna de la mano y no la soltó hasta que salieron. Tenían planeado comer en casa de los Johnson, sería una cena íntima, de acuerdo con la ocasión. Pero en cuanto dio un paso fuera del ayuntamiento, oyó a su hermana cantar los primeros acordes de *Ya Llega la Novia* y una banda de música, situada a los pies de los escalones del ayuntamiento, comenzó a tocar.

Una multitud de buenos deseos se desató entonces. Ricky, vestida con un traje de cuero, le envió un beso. Chelsea corrió hacia ellos con una bandeja con copas de champán.

—Teníamos que hacer una fiesta. No te enfades. No puede haber una boda sin tarta y champán.

Jess miró a Lorna, que no parecía en absoluto molesta por todo aquel alboroto. De hecho, su mujer parecía absolutamente encantada con la idea de la fiesta.

—Vamos —dijo Chelsea a la multitud que esperaba—. Que todo el mundo tome una copa de champán y vamos a buscar la tarta.

Jess miró a su alrededor y comprendió que la noche de bodas tendría que esperar.

## Capítulo diez

—Bueno —dijo Jess, desatándose el nudo de la corbata mientras permanecía con Lorna en el salón—. Esto no me lo esperaba.

—Han sido encantadores, todos se han tomado muchas molestias. Lorna se dejó caer en el sofá y se quitó los zapatos.

—Y tu hermana canta verdaderamente bien.

Jess sonrió de oreja a oreja mientras dejaba la corbata sobre el respaldo de la silla. La chaqueta siguió el mismo camino.

—Y también es un poco salvaje. Pero a tu padre no ha parecido importarle.

—¿Los has visto bailar juntos? —la orquesta se había colocado en una de las esquinas del salón y se había ofrecido a tocar todas las canciones que los invitados les pidieran—. Mi padre se lo ha pasado genial.

—Y yo también —admitió Jess—, así que de momento Chelsea no va a perder su trabajo.

—Chelsea ha sido muy amable al tomarse tantas molestias por nosotros. La he visto bailando con tu ayudante. Por cierto, ¿cómo se llama él?

—Jim Carter.

—A Chelsea le gusta.

—Sí. Y él no tiene la menor idea —Jess se desabrochó los dos primeros botones de la camisa y se arremangó—. ¿Puedo ayudarte en algo, Lorna?

Sí, podía llevarla a la cama y hacer el amor con ella, le habría gustado decir a Lorna. Podría fingir que era una mujer deseable, a pesar de tener el aspecto de un balón de baloncesto.

—No. Me gustaría haber podido tomar por lo menos una copa de

champán.

—En cuanto nazca el bebé, te llevaré una copa —le prometió.

—¿Estarás allí?

—¿Querrás que esté?

—No me gustaría estar sola —había estado pensando en pedírselo a su padre, pero sabía que en cuanto surgiera el menor problema, su padre se dejaría llevar por el pánico. Y Emily, antes de enterarse de que Jess era el padre, se había ofrecido a acompañarla en el parto.

—¿Quieres que esté a tu lado? —preguntó otra vez.

—Sí —contestó.

—Entonces, allí estaré —se sentó frente a ella y dejó escapar un largo suspiro—. Esta luna de miel es verdaderamente extraña.

Lorna era consciente de que estaba especialmente sensible, pero aun así, no pudo evitar que empezaran a rodar las lágrimas por sus mejillas.

—Lo siento, sé que no soy la mujer perfecta para una noche de bodas. Me gustaría serlo, pero es...

—¿Lorna? —Jess se levantó de la silla y se sentó al lado de Lorna en el sofá—. No me refería a ti. Estaba pensando que debería haberte llevado a algún lugar especial a pasar la luna de miel.

—Estoy siendo ridícula —dijo Lorna con voz temblorosa—. Quería una noche de bodas y aquí estoy, hinchada como una pelota de baloncesto y como una vaca vieja —Jess le pasó la mano por los hombros y Lorna se reclinó contra él.

—Eres una vaca preciosa —le dijo y la besó en la frente—. Me gustaba mucho tu peinado, con esas flores en el pelo.

—¿De verdad?

—De verdad. Y te prometo que no parece que estés hinchada. Estás... preciosa.

Si al menos fuera capaz de pedirle que se acostara con ella. Emily lo había hecho parecer algo sencillo. La verdad era que Lorna no

había pensado mucho en su luna de miel. En realidad, no parecía que estuvieran locamente enamorados y muñéndose de ganas de estar a solas.

Por lo menos, para uno de ellos era algo completamente indiferente. Sabía que no podía hablar por Jess, pero, desde luego, no se comportaba como un hombre enamorado. Se comportaba, simplemente, como un hombre que estaba cumpliendo con su deber.

Oh, había sido educado y respetuoso. Y se había comportado de manera que nadie podría haber dicho que no se estaba casando con ella por amor.

Incluso el beso que le había dado en la ceremonia debía haber parecido auténtico. Por un momento, hasta ella se había olvidado de que no lo era. Había olvidado incluso que llevaba ya siete meses de embarazo.

Lorna le tomó la mano libre y se la colocó en el vientre.

—Mira. El bebé se está moviendo.

—Estás bromeando —la tocaba muy suavemente, como si temiera hacerle daño y se sobresaltó cuando el bebé se movió contra su mano—. Dios mío, ¿hace eso muy a menudo?

—Sí —a Lorna le encantaba sentir la mano de Jess sobre su abdomen. Ver sus dedos extendidos contra la seda de su vestido, aunque no fuera exactamente el tipo de contacto que una mujer esperaba de su noche de bodas—, sobre todo cuando estoy durmiendo.

—¿Te resulta difícil dormir?

—A veces —colocó la mano sobre la de Jess cuando este empezó a apartarla—. No, ya es hora de que empecéis a conoceros.

—Estoy terriblemente asustado —susurró Jess.

—¿Por el bebé?

—Por muchas cosas —le dio un beso en la sien, un beso que descendió hasta sus labios cuando Lorna se volvió hacia él. Después, retrocedió ligeramente y dijo—: Todo este asunto de la boda da

mucho miedo.

— ¿Lo dices en serio?

— Cariño, nunca he hecho el amor con una mujer embarazada — sonrió y le dio un rápido beso en los labios—. Y tampoco pretendo hacerlo, así que relájate, ¿de acuerdo? El hecho de que sea nuestra noche de bodas no significa que vaya a hacer el amor contigo.

— ¿Aunque yo quisiera que lo hicieras?

— Eso cambiaría las cosas —admitió—. Pero estoy preparado para reprimirme —Jess trazó un camino de besos desde su boca hasta su oreja—. Al contrario que durante el último verano.

— Realmente, la represión está sobrevalorada —aunque, si alguno de los dos hubiera sabido reprimirse, no estarían en ese momento en aquella situación.

Jess la miró como si no fuera capaz de decidir si estaba hablando en serio o no.

— Cariño, ¿estás intentando decirme algo?

Lorna asintió.

— ¿Quieres venir a la cama?

— Pensaba que iba a dormir en el sofá.

— ¿Siempre?

— Bueno —vaciló un instante—. Me temo que no he pensado mucho en el futuro.

— Mi madre solía decir «empieza como pretendas terminar», o algo parecido —Lorna no quería admitir que esperaba que se acostara con ella por si acaso podía suceder algo en medio de la noche. Últimamente, estaba teniendo muchas pesadillas relacionadas con el parto—. Me gustaría que estuvieras cerca por la noche, por si sucede algo. Por si acaso te necesito.

— Claro —contestó en el mismo tono que lo habría hecho si le hubiera pedido un vaso de agua—. Lo que tú quieras.

Lo que ella quería era un marido. Un amante. Un padre para su hijo. Lorna suspiró mientras Jess se levantaba. Quizá debería

conformarse de momento con que estuvieran juntos.

¿Cómo podía admitir que estaba aterrado? Jess permaneció lejos del dormitorio mientras Lorna se preparaba para irse a la cama. Había llamado a la oficina, medio esperando que Carter necesitara que lo ayudara a luchar contra un fuego o a detener a un asesino en serie. Cualquier cosa sería preferible a estar ardiendo de deseo por una mujer agotada y embarazada que confiaba en que la cuidara.

Sacó sus cosas del coche, se llevó un libro de consejos sobre el embarazo a la cocina y buscó el capítulo dedicado a las relaciones sexuales, en el que señalaban las posturas más cómodas para una mujer embarazada. El sexo, en aquel mes del embarazo, era posible, aunque no muy probable. ¿Cómo iba a desear hacer el amor una mujer cuando le estaban ocurriendo tantas cosas y tenía otra personita en su interior que se dedicaba a darle patadas?

El libro comentaba que la empatía era algo muy importante.

Diablos, él podía intentar identificarse con ella, sí, y también ayudarla. No hacía falta que se comportara como un animal solo porque Lorna se hubiera recostado contra él en el sofá. Su mujer estaba intentando ser considerada al insinuar que aquella podía ser una verdadera noche de bodas, pero Jess era demasiado inteligente para no darse cuenta de lo que realmente quería decir. Le gustaba Lorna, sí, pero no quería hacer nada que pudiera darle a entender que solo estaba pensando en él.

Sería fuerte, se prometió. Se daría una ducha fría y esperaría a que ella se hubiera dormido para acostarse. Y después, aquella condenada noche de bodas habría terminado.

Lorna pretendía seducir a su marido, aunque necesitara toda la noche para ello. Oyó la ducha durante largo rato y después oyó a Jess salir al salón, donde había dejado sus maletas.

Y tras lo que le pareció casi una eternidad, lo oyó caminar suavemente hasta la cama. La tenue luz que dejaba siempre encendida en el baño, iluminaba ligeramente la habitación. Lo

suficiente al menos para que pudiera ver a Jess metiéndose en la cama. Lorna le había dejado espacio suficiente y mientras lo sentía acostarse, comprendió que Jess pensaba que estaba dormida. Este se tumbó de espaldas, con los brazos cruzados bajo la cabeza, como si pensara dejar la mirada clavada en el techo durante un buen rato.

Y entonces, procurando cuidar de que su abultado vientre no le rozara, Lorna se volvió hacia él.

—¿Jess?

—Lo siento —dijo él—, no quería despertarte.

—No me has despertado.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien. Pero no puedo dormir. He estado pensando en la boda. Me gustaría que mi padre no hubiera tenido que conducir hasta Marysville esta noche.

—Y no ha tenido que hacerlo. Ricky lo ha llevado a él y la banda los ha seguido en un autobús.

—¿De verdad? —se acercó más a él y apoyó la mejilla en su pecho. Jess llevaba una camiseta de algodón, no llevaba el pecho desnudo, como Lorna habría deseado. Pero al menos, le pasó el brazo por los hombros.

—Creo que iban a prolongar la fiesta durante un rato más.

—Los va a agotar a todos. Los Walters son famosos por su capacidad de aguante.

—Como tú.

—Como yo —confirmó Lorna, mientras le pasaba la mano por el pecho—. ¿Jess?

—¿Hmm? —Jess permanecía con los ojos cerrados.

—¿Podrías abrazarme?

Silencio. Durante un largo rato, Lorna contuvo la respiración y esperó a que Jess dijera algo.

—Lorna, ¿qué estás haciendo?

—Intentando seducir a mi marido.

Jess soltó una maldición que no presagiaba ninguna posibilidad real de seducción. O quizá hubiera sido la palabra marido la que lo había molestado.

—No importa —susurró Lorna, deseando ser capaz de contener las lágrimas de desilusión—. Lo comprendo —sin más, se apartó de él. Jess levantó el brazo para permitir que se alejara.

Casi al instante, Lorna sintió que Jess abandonaba la cama. Cuando regresó, le hizo darse la vuelta y le acarició suavemente la mejilla.

—Cariño —le susurró Jess al oído—, serías capaz de tentar a un santo.

—¿Y qué tal a un *sheriff*?

—El *sheriff* acaba de darse una ducha de agua fría y estaba a punto de tumbarse a dormir en el sofá —le subió lentamente el camisón.

—¿Y ahora?

—Ahora va a hacer el amor con su esposa.

—Oh, bien —susurró Lorna mientras Jess deslizaba las manos sobre su piel desnuda—. Te he echado mucho de menos. He echado mucho de menos esto. Aunque solo lo hayamos hecho una vez.

—Sí —dijo Jess, estrechándola contra él para que pudiera sentir lo mucho que la deseaba. Lorna suspiró aliviada. Jess acarició cuidadosamente sus senos henchidos, deteniéndose en los pezones. Y en el momento en el que Jess comenzó a descender lentamente, acariciando su vientre abultado hasta encontrar su sexo abierto y receptivo, Lorna pensó que iba a explotar de deseo.

El orgasmo llegó casi inmediatamente, en cuanto Jess rozó su sexo con los dedos, cosa que asombró a Lorna y pareció complacer a Jess, porque en cuanto ella hubo recuperado la respiración, se deslizó en su interior como si hubieran sido amantes durante años. Aquella posición les resultaba a ambos sorprendentemente cómoda. Jess le acariciaba la mejilla y apoyaba la mano en su cadera mientras hacía el

amor con ella como si no le importara que tuviera el aspecto de un balón.

A la mañana siguiente, Lorna preparó el desayuno, para disgusto de Jess. Él pensaba que estaría cansada después de todo lo que había ocurrido el viernes, pero fue él el único en levantarse tarde.

Ambos parecían un tanto avergonzados por el recuerdo de lo ocurrido durante la noche. Jess no sabía cómo comportarse. ¿Debería actuar como un marido y darle un beso de buenas noches? ¿Debería actuar como un amante y abrazarla mientras hundía la cabeza en su cuello? ¿O debería comportarse como si aquella fuera una pensión y darle los buenos días educadamente?

Se decidió por la última opción, que le parecía la menos problemática.

—Tiene un aspecto realmente delicioso —comentó cuando Lorna le puso el plato delante.

—¿Hoy tienes que ir a trabajar? —le preguntó Lorna en cuanto se sentó en la mesa frente a él. Los huevos revueltos, el *bacon* y el café le parecían mucho más apetecibles en su casa que en el café.

—No, me he tomado el fin de semana libre, pero tengo que llamar para saber si Carter me necesita.

—Me siento un poco culpable por no haber podido avisar antes a Charlie de que dejaba de trabajar —admitió—. Espero que sus sobrinas trabajen bien.

—Chelsea me ha asegurado que todo va perfectamente —dio un sorbo a su café e intentó olvidarse de lo receptiva que se había mostrado Lorna durante la noche. Él jamás había experimentado nada igual. Quizá el matrimonio con aquella mujer no fuera tan complicado como imaginaba.

Por lo menos compartían una pasión similar. Bastaba meterlos juntos en la cama para que inmediatamente ocurriera algo. Como no tuviera cuidado, a ese paso, iban a terminar teniendo seis hijos en seis años.

Y si no tenía cuidado, iba a terminar enamorándose de ella, cosa que sería una total estupidez. Eran amigos, o algo así. Y, de momento, eso era más que suficiente. Él se había tranquilizado la conciencia al casarse con ella. Y ella había ganado la oportunidad de quedarse en casa y poder ver crecer a su hijo sin tener que preocuparse por saber cómo iba a poder mantener a su hijo.

—Supongo que necesitarás algún tiempo para mudarte.

—No tengo muchas más cosas de las que ya he traído —la mayor parte de los muebles que Sue no había querido estaban todavía en el rancho. Jess terminó su desayuno y buscó otro tema de conversación—. Entonces —comentó, tras devanarse los sesos—, ¿te apetece que vayamos de compras?

—No mucho. En casa hay comida suficiente y me gustaría arreglar la habitación del bebé antes de comprar nada más.

—Yo montaré la cuna.

—Te lo agradezco, eres muy amable.

El silencio descendió sobre ellos. Jess limpió la mesa y Lorna guardó los platos en el lavavajillas. Y solo se rozaron en un par de ocasiones.

Sin embargo, en ambas, Jess deseó volver con ella a la cama. Estaba deseando saber si lo de la noche anterior había sido una simple cuestión de suerte o si los dos compartían algo especial que convertía el sexo en una experiencia mágica y extraordinaria.

Decidió mantener las manos quietas. Lorna estaba embarazada. Y él no era un adolescente calenturiento, incapaz de controlarse. De momento, el sexo estaba fuera de cuestión, se dijo. Pero iba a volver a leer el libro para enterarse de cuánto tiempo tenía que esperar un hombre después del parto.

Si había alguna muestra de los estragos que podía causar el amor, esa muestra era su antiguo rancho. Cuando Jess se desvió hacia el interior del rancho y vio el desastroso estado en el que se encontraba, deseó aporrear el volante y maldecir a todas las promesas de amor y

felicidad eterna. Y lo habría hecho si Lorna no hubiera estado sentada a su lado.

El lugar estaba hecho un desastre. Y únicamente por negligencia. Diablos, Jess había tenido que emplearse a fondo para llevar al día las tareas que el rancho implicaba cuando vivía allí.

Calhoun parecía haberse ocupado del terreno, pero no había prestado la menor atención a la casa. Y un año y medio sin inquilino, la habían transformado en un edificio viejo y desvencijado. Parte del tejado se había combado, la pintura de la fachada comenzaba a deteriorarse y alguien había dejado unas bolsas con repollos en el porche que los animales habían desgarrado, extendiendo su contenido por los alrededores. Aquella casa era de mil novecientos cuarenta, sí, pero a él siempre le había parecido muy sólida.

—Creo que debería haber venido mucho antes —le comentó a su esposa—. Pero quería esperar hasta que hubiera hablado con Calhoun —rio, pero no había en su risa el menor síntoma de diversión—. No quería verla hasta que no supiera que podía comprarla.

Lorna permaneció en silencio. Tenía la mirada fija en un grupo de árboles que habían caído contra uno de los edificios que en otro tiempo hacía las veces de almacén.

—¿Los tiró un tornado? —preguntó.

—Es posible —admitió él, pero aquella explicación le parecía demasiado fácil.

—¿Estás enfadado?

Jess se encogió de hombros, consciente de que negarlo sería mentir. Había trabajado durante años en aquel lugar y de pronto lo encontraba como si a nadie le importara nada.

—Se suponía que tenía que encontrarme aquí con Calhoun a las diez —dijo mientras apagaba el motor—. Supongo que podríamos esperarlo fuera.

—Yo me quedaré aquí —respondió Lorna, evitando su mirada.

—Como quieras —Jess puso el motor en marcha, bajó las ventanillas y volvió a apagarlo otra vez. Así que allí estaba, se dijo, con otra mujer que tampoco era capaz de soportar siquiera la vista de aquel lugar. No la culpaba, pero Lorna no podía saber lo mucho que aquel rancho significaba para él.

Había conocido a Sue Miller durante prácticamente toda su vida. No esperaba sorpresas de su matrimonio. Habían empezado a salir estando en el instituto y habían seguido haciéndolo después. Ambos habían perdido la virginidad al mismo tiempo, en una fiesta, estudiaban juntos los exámenes y compartían las palomitas en el cine. El matrimonio parecía inevitable, y Jess esperaba poder enseñar a sus hijos a cuidar el rancho que él había levantado para su familia.

Pero no había habido hijos. Y a Susan no le gustaba vivir en el rancho, así que se había puesto a trabajar en un banco de Marysville, se había comprado un coche nuevo y abandonaba el rancho todas las mañanas para irse a trabajar.

Tres años atrás, su esposa se había enamorado de un hombre al que había conocido en el trabajo. Un año después, le había explicado que no era feliz en su matrimonio y que estaba teniendo una aventura con otro hombre. Le había explicado que había sido amor a primera vista, que no había podido evitarlo y que esperaba que la comprendiera.

Pero Jess no había entendido ni una maldita cosa. Él había trabajado muy duramente para garantizarle una vida cómoda a su esposa. Y, en ese momento, al ver su antigua casa se preguntó, y no por primera vez, por qué demonios se habría molestado.

Y por qué estaba invirtiendo energías en hacerlo otra vez.

—¿Jess?

Jess se volvió hacia ella.

—¿Qué?

—Está sonando tu busca.

—Maldita sea —murmuró Jess. Volvió al coche rápidamente y

cuando contestó la llamada, Chelsea le dijo que Bobby Calhoun iba a llegar tarde y quería cancelar la cita.

Jess fijó otra cita para un día en el que Lorna no estuviera con él. Arreglaría la casa y volvería a mostrársela. Seguro que para entonces tendría mucho mejor aspecto.

—No deberías estar pasando la luna de miel con tu padre —Hank le guiñó el ojo, demostrándole así que solo estaba bromeando. Lorna sabía que se había entusiasmado cuando Jess, Ricky y ella habían aceptado una invitación para salir los cuatro a cenar.

Por su parte, ella estaba más que complacida por no tener que pasar la noche a solas con su marido, que estaba hecho un manojito de nervios. Jess se comportaba como si tuviera miedo de acercarse demasiado a ella, como si temiera que pudiera arrastrarlo en cualquier momento hasta el dormitorio.

—Te veo demasiado poco —le dijo Lorna—. Eres un hombre muy ocupado.

—No tanto como tu marido —señaló hacia la puerta del restaurante, donde Jess estaba hablando con su ayudante. Debía de ser sobre algo importante porque Carter parecía preocupado y a Jess le había sorprendido que se presentara en medio de la cena.

—Si yo fuera quince años más joven —comentó Ricky Sheridan—, estaría loca por él.

—¿Por Carter? —a Lorna siempre le había parecido demasiado simple. Incluso el menú del Coffee Pot conseguía confundirlo. No comprendía cómo un hombre así podía luchar contra el crimen y proteger Beauville.

—¿Estaba en la celebración de la boda? —preguntó Ricky—. Porque en ese caso, seguro que me habría fijado en él.

—Y habrías roto el corazón de un anciano —dijo Hank, guiñándole el ojo—. ¿Habrías bailado conmigo si hubieras estado coqueteando con ese atractivo jovencuelo?

—Todas las matronas de la ciudad estaban pendientes de ti, Hank

—repuso Ricky—. Las vi perfectamente. Estoy segura de que no tendrás que preocuparte por la falta de citas.

—Bueno... —Hank se echó a reír—, quizá tengas razón. Lorna, cariño, ¿estás bien?

Lorna sonrió con pesar.

—Sí, estoy bien —pero su marido no le había dirigido dos palabras seguidas desde la fallida excursión al rancho. No debería haber ido con él aunque se lo hubiera pedido, se dijo. En aquel lugar, parecía como si tuviera el corazón tan roto como el propio tejado de la casa.

—Quizá no deberíamos ir a tu casa después de la cena —sugirió su padre—. Así podrás acostarte antes.

—Oh, no —repuso Lorna—. Quiero que vengáis. Ricky todavía no conoce la casa y además tenemos que terminar de abrir los regalos de boda —y no quería estar a solas con Jess. Desde que se habían levantado, Jess se había mantenido distante. Como si jamás hubieran hecho el amor. Como si compartir un desayuno con él fuera algo demasiado íntimo. Había mantenido las distancias y había conseguido herir sus sentimientos, pero no pensaba dejarle saber hasta qué punto. Lorna también tenía su orgullo.

—Además, tengo un regalo para el bebé —añadió su cuñada con una sonrisa—. Me cuesta creer que por fin voy a ser tía. Jamás habría pensado que Jess terminaría teniendo hijos. De hecho, después de su primera experiencia, ni siquiera pensaba que pudiera casarse otra vez.

La primera vez, tenía un rancho y una mujer a la que adoraba. En aquel momento, lo único que tenía era una casa en ruinas y una esposa con la que se había casado por obligación.

En ese momento, Jess regresó corriendo a la mesa.

—¿Ocurre algo malo? —le preguntó Ricky a su hermano.

—No demasiado malo. Han venido unos moteros a la ciudad —respondió mientras se sentaba al lado de Lorna—. Pero Carter va a

vigilarlos para asegurarse de que no haya problemas.

—Es muy guapo tu ayudante —comentó su hermana—. ¿Está casado?

—Mi secretaria ya le ha echado el ojo —le informó Jess—. Pero no sé si está progresando mucho.

—Chelsea me parece el tipo de persona que consigue exactamente lo que quiere —dijo Lorna—. No le tiene miedo a nada.

—Es una mandona —la contradijo su marido—. Y no te preocupes. No voy a olvidarme de agradecerle la fiesta de la boda.

—Lo sé —Jess siempre hacía lo que debía, costara lo que costara. Esa era la única razón por la que en aquel momento llevaba la alianza. Lorna miró fijamente la alianza y se preguntó qué pensaría Jess cada vez que la miraba. ¿Estaría resentido por haber tenido que casarse otra vez? ¿Desearía que ella fuera Susan Miller?

—¿Lorna? —Lorna alzó la mirada y descubrió a su padre mirándola.

—¿Quieres postre?

—No, gracias, papá.

—Entonces te llevaremos a casa —miró a Jess—. ¿Tienes que ir a alguna parte?

—No.

—Entonces salgamos cuanto antes —Hank miró a Jess—. Está un poco demacrada.

—¿De verdad? —preguntó Lorna.

—Sí, cariño —su padre llamó a la camarera con un gesto para pedirle la cuenta—. Creo que has tenido demasiadas emociones para un fin de semana.

Lorna se sonrojó violentamente y evitó mirar a su marido. No habían hablado mucho la noche anterior. De hecho, no habían hablando prácticamente nada en todo el día. Lorna quería decirle lo mucho que lo amaba. Pero preferiría cortarse la lengua antes que decirle lo que pensaba y convertirse en objeto de su compasión. Miró

hacia su marido otra vez y deseó que no fuera tan condenadamente atractivo.

—Eres un hombre atractivo, Jess —oyó que le decía Ricky a su hermano—. Me gustaría que alguien me mirara como a ti te mira Lorna.

Lorna deseó que se la tragara la tierra. O pincharse los ojos con el tenedor del postre. Jess no la quería. Lo único que él quería era un rancho. Un rancho que había pertenecido a su primera esposa, aquella mujer estúpida que se había ido con otro hombre y había destrozado el corazón de su marido.

—Vamos —Jess no contestó nada al comentario de su hermana. Se levantó y ayudó a Lorna a levantarse—. Tú querías abrir los regalos de boda esta noche.

—Sí —abriría los regalos de boda y fingiría que todo iba estupendamente. Al menos hasta que el bebé naciera.

Y, a partir de entonces, tendría que volver a pensar en aquel desastre.

## Capítulo once

—¿Es normal que constantemente tenga ganas de llorar?

Emily consideró aquella pregunta y bebió otro sorbo de té helado. Estaban sentadas en el porche de Lorna, observando a Elly, que jugaba en las escaleras.

—Bueno, sí, si te refieres al embarazo —le dijo, pero la miró preocupada—. Pero no si estás hablando de la boda. ¿Estás llorando mucho, Lorna?

—No, mucho no —contestó, pero no parecía muy convencida.

—Llevas ya una semana casada —dijo su amiga—. ¿Debería preguntarte qué tal van las cosas?

Lorna tomó aire y pensó en los últimos siete días que había pasado con su marido.

—Montó la cuna. Solo tardó cinco horas.

—No está mal —Emily sonrió—, para un *sheriff*.

—Y me echó de casa durante tres horas, mientras pintaba la habitación del bebé. Había leído que los vapores de la pintura podían ser perjudiciales para las mujeres embarazadas, así que me fui a la biblioteca y estuve consultando revistas de decoración.

—De acuerdo. Hasta ahora, todo lo que me has contado me parece bien.

—El sábado pasado, al día siguiente de nuestra boda, me llevó a ver el rancho en el que vivía con su primera esposa.

—Oh, oh.

—No estoy bromeando —Lorna se reclinó en la silla y posó las manos en su vientre. Últimamente, el bebé parecía más inquieto, como si estuviera ansioso por salir al mundo—. El rancho tenía un aspecto terrible, pero es evidente que Jess lo adora.

—¿Quiere ir a vivir allí otra vez?

—Creo que sí. No hemos hablado de ello desde entonces, pero sé que quiere comprárselo a Bobby Calhoun —entonces volvieron a llenársele los ojos de lágrimas. Lorna sacó un pañuelo del bolsillo, por miedo a que comenzaran a rodar por sus mejillas—. Todavía está enamorado de su primera esposa, Em.

—En absoluto —declaró su leal amiga—. Eso es del todo imposible.

—No, es cierto —insistió Lorna—. ¿Por qué si no iba a querer recuperar el rancho? ¿No crees que podría traerle malos recuerdos?

—No creo que los hombres vean las cosas de esa forma —le advirtió Emily—. Creo que lo que él busca es ese rancho y nada más.

—Quizá, pero eso no cambia el hecho de que la única razón por la que se ha casado conmigo es que estoy embarazada —las lágrimas volvieron a sus ojos y Lorna se las secó todo lo rápido que pudo.

—Oh, Lorna, ¿estás segura? Ten en cuenta que los embarazos nos vuelven mucho más susceptibles.

—Estoy segura —repuso ella—. Nos acostamos una sola noche, el verano anterior, lo cual fue una estupidez, claro. Pero, créeme, ninguno de los dos estábamos en condiciones de pensar claramente en ese momento. Yo no quería enamorarme de él entonces y tampoco querría estar ahora enamorada, pero lo estoy y... —se interrumpió para sonarse la nariz—. Y no debería.

—Ese bebé va a necesitar un padre —le dijo Emily—. Y tú te has casado con un hombre que va a hacer ese trabajo. Y si realmente él ahora no te quiere, estoy segura de que pronto te querrá —sonrió—. ¿Cómo va a poder evitarlo? Eres encantadora y además lo adoras. Es una combinación ideal.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. Solo es cuestión de tiempo.

Lorna miró su vientre.

—Solo nos quedan nueve semanas —dijo—. Espero que sea

tiempo suficiente.

—¿Cómo van las cosas, jefe? —Chelsea se sentó en el borde de su mesa y señaló su agenda—. ¿Hay algo ahí que tenga que guardar en mi ordenador?

—¿Como qué? —llevaba dos horas delante del mismo archivador y no había sido capaz de hacer una maldita cosa. Lorna llevaba toda la semana muy callada y sospechaba que le ocurría algo. ¿Se habría arrepentido ya de haberse casado con él?

—Como que Lorna tiene una cita mañana a las tres con la doctora Bradford.

—Esa es una cuestión personal —esperaba que no volvieran a hacerle una ecografía. Aunque quizá fuera más fácil verla por segunda vez.

—Dentro de diez días es San Valentín. No se olvide de enviarle flores y regalarle unos bombones.

—No lo olvidaré.

Quedaría como un estúpido regalándole flores y bombones a una mujer que apenas le hablaba. Había sido el rancho, imaginaba. O las relaciones sexuales. Sabía que no debería haber hecho el amor con ella, que no debería haber reaccionado como lo había hecho cuando Lorna había sugerido que hicieran el amor.

Pero Dios, la deseaba tanto. Y continuaba deseándola. Lo que le hacía sentirse como un perverso. Había dormido a su lado durante toda la semana, pero se había mantenido siempre en su lado de la cama. Intentaba no inhalar su excitante fragancia y evitar que su pelo rozara su piel. Ponía todos los días el despertador a las cinco, para tener tiempo de que él y su correspondiente erección se levantaran antes de que Lorna se despertara.

—Jess.

Jess alzó la mirada hacia Chelsea otra vez.

—¿Qué?

—No has oído una sola palabra de lo que he dicho.

—No —se mostró de acuerdo—. No, lo siento. Inténtalo otra vez —dejó el bolígrafo en la mesa y se reclinó en la silla.

Le habría gustado apoyar los pies en la mesa, pero revolvería todos los papeles que tenía sobre la mesa y tendría que pasar tres horas más ordenándolos. Carter entró en aquel momento y colgó su sombrero de la puerta.

—Eh, ¿cómo va todo?

—Bien —dijo Jess. Chelsea ignoró al recién llegado.

—Hoy tendré que irme pronto —dijo lentamente, como si estuviera hablando con un niño de dos años—. Tengo una cita y me gustaría arreglarme.

—¿Una cita? —preguntó tranquilamente Carter, como si no le importara, pero Jess reconoció signos de celos en su voz. Pobre Carter. Aquel chico no sabía que se estaba enfrentando a una de las jóvenes más inteligentes del condado—. ¿Con quién?

—Eso no es asunto tuyo —respondió y se volvió para que Carter pudiera verle las piernas—. Así que si no le importa, me iré un poco antes, jefe.

—Sí, claro, vete.

Carter no fue capaz de contenerse.

—De todas formas, voy a enterarme de con quién vas —dijo—. Te veré esta noche por el pueblo. Me toca trabajar, ¿sabes?

—Lo sé. Así que si te veo, te saludaré —tomó su bolso y tres segundos después, había abandonado la oficina.

—¿Qué diablos le pasa?

Jess se encogió de hombros.

—Tiene una cita.

—Normalmente es más amable conmigo.

—Tú normalmente la ignoras —señaló Jess, preguntándose por qué diablos estaba dándole un consejo. Se inclinó hacia delante y ordenó sus archivadores—. Yo también voy a irme pronto a casa. Te dejo la oficina para ti solo.

—¿De verdad?

—Sí. Espero que esta noche sea tan tranquila como el viernes pasado. Si ocurre algo, llámame.

Iba a estar en casa. Para cambiar de sitio algunos muebles, hacer unas estanterías y darles a los muebles del comedor una segunda mano de pintura... y estar todo lo lejos que pudiera de su esposa.

—Estoy preocupada por su tensión —dijo la doctora Bradford—. La tiene demasiado alta. Vamos a hacerle unos análisis para ver lo que ocurre. No creo que sea un caso de preeclampsia, pero quiero asegurarme.

—¿Y qué es la preeclampsia? —quiso saber Lorna. Le dio a Jess la mano y él la ayudó a levantarse de la camilla. Lorna no le permitió soltarle la mano.

—Es un estado propio de las embarazadas cuyos síntomas son subida de tensión e hinchazón en el rostro y las manos, debidos a un excesivo nivel de proteínas en la orina. Puede ser peligroso si no se trata de forma adecuada, pero desaparece en cuanto nace el bebé. En cualquier caso, hasta que sepamos si la tienes o no, no tenemos por qué preocuparnos —sonrió intentando darle confianza, pero a Jess no consiguió tranquilizarlo. Sin embargo, su mujer parecía tan tranquila como si le estuvieran hablando del tiempo.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó.

—¿Todavía está trabajando en el café?

—No. Lo dejé hace un par de semanas, cuando nos casamos.

—Estupendo. Y felicidades por la boda, por cierto —la doctora se volvió hacia Jess—. Su esposa va a necesitar mucho descanso. ¿Podrá ocuparse usted de que haga reposo?

—Por supuesto —respondió él—. ¿Corre algún peligro?

—Eso lo sabremos cuando tengamos los resultados de todos los análisis —respondió—. Puede que lo único que ocurra sea algo tan simple como que el embarazo genera hipertensión, pero no quiero que corramos ningún riesgo —miró el historial de Lorna—. Ya solo le

quedan nueve semanas, señora Sheridan, y vamos a asegurarnos de que tenga un bebé saludable. Le diré a la enfermera que durante las próximas semanas multiplique los análisis.

—Gracias —contestó Lorna, pero Jess no dijo una sola palabra. Ella intentó soltarle la mano cuando salieron de la consulta, pero Jess no se lo permitió.

—¿Jess?

—¿Qué?

—Ya puedes soltarme.

—Oh —Jess miró sus manos entrelazadas y la soltó. Después se volvió lentamente hacia ella—. ¿Estás bien?

—Terriblemente asustada —admitió—, pero tengo la seguridad de que todo va a salir bien.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Simplemente, lo siento.

—Ha sido culpa mía.

—¿Por qué piensas eso?

—No deberíamos haber... haber hecho... Bueno, ya sabes a qué me refiero. A la noche de bodas.

—No creo que el sexo y la presión sanguínea tengan mucho que ver.

—Espero que tengas razón —consiguió responder. Quería abrazar a Lorna y no soltarla hasta asegurarse de que el bebé estaba a salvo, pero se sentía incapaz de hacerlo. Era como si el corazón se le hubiera convertido en una piedra por culpa del miedo. ¿Qué diablos iba a ocurrir?

En ningún momento se le había ocurrido pensar que algo podría ir mal. Pero tampoco lo había pensado cuando se había casado con Susan.

Para Lorna, aquellos fueron los nueve días más largos de su vida. Elizabeth y Emily iban a verla y pasaban muchos ratos hablando de la decoración de las habitaciones de los bebés y de posibles nombres

para ellos. Su padre fue a verla unas cuatro veces, llevando con él pasteles y ensaladas de frutas.

Y Jess volvía a casa en cuanto salía del trabajo, pero continuaba mostrándose educado y distante. Era un hombre cumpliendo con su deber, pero no mostraba ningún signo de afecto.

Pero esperar cariño por su parte para lo único que serviría sería para aumentar su desilusión. Y sabía ya que había sido una tontería pensar que su matrimonio pudiera salir bien. Su matrimonio obligado podría dar paso al amor, ella y el bebé podrían desafiar a la tensión sanguínea, y el mundo podría continuar girando felizmente sin problemas que resolver ni dolor que soportar.

Se equivocaba. Sus hormonas parecían haberla convertido en una ilusa. Su marido no la amaba y no había mostrado signos de ir a hacerlo nunca, excepto aquellas dos veces en la cama, por supuesto.

Pero incluso aquella posibilidad había desaparecido. Ya no podían hacer el amor. En aquel momento le parecía impensable. Y se preguntaba si alguna vez volvería a desear hacer el amor con Jess. Emily le había asegurado que aquello solo era una fase del embarazo y que después del nacimiento del bebé y en cuanto este comenzara a dormir durante la mayor parte de la noche, el hombre que dormía con ella en la cama volvería a resultarle atractivo.

De modo que Lorna se pasaba el día tumbada en el sofá leyendo revistas. Emily le enseñó a hacer ganchillo y Elizabeth le regaló un equipo para hacer punto de cruz. Los hijos de Emily le llevaban galletas y dejaban que les leyera cuentos. Ella escribió notas de agradecimiento para todos los que les habían hecho regalos de boda y envió un ramo de flores a Chelsea por haber organizado la fiesta y comenzó a preocuparse por si debía utilizar pañales desechables o sería mejor usar pañales de tela. Se tomaba la tensión todos los días, con un aparato que le había proporcionado la doctora. Tal como le habían aconsejado, siempre estaba tumbada de lado. Iba una vez a la semana al médico para hacerse análisis y contaba desesperada los

días, esperando que aquello acabara cuanto antes.

Mientras tanto, Jess continuaba yendo a trabajar cada mañana, a menos que le tocara trabajar por la noche. Se encargaba de las compras y de hacer la comida y la ayudaba a tumbarse y a levantarse.

Siempre cumpliendo con su deber.

—Tenemos que pensar un nombre.

—¿Para qué?

No hubo respuesta para aquella pregunta, de modo que, tras un largo silencio, Jess miró hacia el sofá, donde Lorna reposaba con un montón de libros a su lado y una libreta entre las manos.

—Para el bebé —contestó con una mirada con la que parecía estar dejando claro que pensaba que era un idiota.

—Oh —Jess bajó el bolígrafo y apartó los papeles a un lado. Aquellos informes podían esperar. Odiaba que Lorna lo mirara de esa forma. Y, si lo pensaba bien, aquel día lo había mirado muchas veces de esa forma.

—Venga, di.

—¿Tienes alguna preferencia?

—Me gusta cualquier nombre que no sea Jester Júnior.

—¿Tienes algún nombre de la familia? ¿De amigos? ¿El nombre de tu padre?

—Mi padre se llama Jim. Mi abuelo Jester. Su padre se llamaba James. Creo que no debemos continuar en esa línea —contestó.

—¿Por qué se llama Ricky tu hermana?

—En realidad se llama Rebecca, pero le parecía que sonaba demasiado suave para una cantante de *rock* y *blues*.

—Rebecca es un nombre muy bonito para una niña —comentó Lorna mientras lo garabateaba en un papel—. Y la verdad es que tengo problema con los nombres de niña. ¿Qué te parecen Sarah, Leah, Beath, Heather o Jane?

Jess se quedó mirándola fijamente.

—No puedo imaginarme una niña. Y tampoco una niña con

ninguno de esos nombres.

—Entonces imagínate un niño —en ese momento lo estaba mirando con expresión exasperada.

El busca comenzó a sonar. Un momento de lo más oportuno para Jess.

—Tengo que irme.

Se detuvo antes de salir, pero no sabía qué decir. Lorna estaba preciosa, pero también parecía cansada y muy, muy triste.

—Lo siento Lorna, lo de los nombres. Y también tener que irme. Lo siento todo.

—No te preocupes —respondió ella, mirándolo con sus enormes ojos azules llenos de lágrimas—. De verdad, no pasa nada. No te preocupes por los nombres. Ya se me ocurrirá a mí algo aceptable.

Jess quería acercarse a ella, pero permaneció donde estaba, como si lo hubieran clavado al suelo.

—Hablaremos sobre eso mañana por la mañana —le prometió, esperando que fuera verdad. ¿Qué podía decir para que las cosas fueran mejor entre ellos? Eran dos desconocidos viviendo juntos a los que no les quedaba otra opción que intentar llevarse bien.

—¿Jess?

Jess se detuvo con la mano en el picaporte.

—Feliz día de San Valentín —su voz era suave, su expresión casi nostálgica. En otras palabras, estaba destrozada.

Treinta minutos más tarde, en un bar situado a veinte kilómetros de Beauville, Bobby Calhoun se mostraba de acuerdo con él.

—¿Has olvidado que era el día de San Valentín? Yo pensaba que los tipos casados eran más inteligentes —comentó, mientras se terminaba la cerveza.

—Pues estabas equivocado.

—Todavía estás a tiempo de comprarle unas flores —comentó Bobby—. ¿Quieres una cerveza?

—No puedo. Estoy trabajando. Solo he venido para asegurarme

de que esta era una noche tranquila.

—Esta noche habrá mucho ajeteo —dijo Calhoun mirando a las parejas que había en el bar—. Yo también tengo una cita.

—Supongo que debería comprar unas flores.

—Y no te olvides de la tarjeta.

—De acuerdo —comenzó a marcharse, pero Bobby lo detuvo.

—¡Eh, *sheriff*!

—¿Sí? —esperaba encontrar abiertos los grandes almacenes. Quizá le comprara rosas otra vez. Las amarillas le recordaban a su pelo.

—¿Recibiste mi mensaje?

O margaritas. Seguramente a Lorna le gustaban las margaritas. Quizá dejara de pensar que era un idiota si le compraba unas margaritas y una de esas tarjetas de San Valentín.

—El abogado tiene los papeles del rancho. Míralos y después hazme saber lo que quieres hacer.

—Sí, gracias. Lo haré mañana mismo.

Bobby se despidió de él y Jess salió rápidamente del bar. Se preguntaba por qué su ayudante continuaría en el aparcamiento, pero no se detuvo a preguntarlo. No tenía tiempo.

Y estaba ya llegando a Beauville cuando se encontró con un desgraciado accidente.

Lorna estaba a punto de terminar la lista de nombres cuando rompió aguas. De pronto, el dolor de espalda que había sentido durante todo el día se hizo más intenso y la presión en la parte baja del abdomen se incrementó. Consiguió levantarse del sofá y llegar al teléfono, pero no le resultó nada fácil. Llamó a la doctora y su ayudante le sugirió que fuera al hospital de Marysville para que la examinaran.

Llamó a Jess al busca, pero fue Carter el que contestó a su llamada poco después de que hubiera llamado a Emily. Y fue también Carter el que llevó a Chelsea a la casa al mismo tiempo que Emily

cruzaba corriendo la calle. Bobby Calhoun llegó justo después que ellos.

—¿Dónde está Jess? —le preguntó Lorna a todo el mundo.

—Eh, todavía está atendiendo una emergencia —dijo Chelsea. Sus pendientes, dos corazones brillantes, se balanceaban sobre sus hombros desnudos y eran del mismo color que aquel vestido de tirantes que apenas cubría sus muslos. Lorna miró con envidia la figura de Chelsea antes de que le llegara otra contracción.

—¿Puedes decirle que tengo que ir al hospital?

—Claro —dijo Chelsea—. Se lo diré.

Bobby dio un paso adelante.

—¿Quiere que la lleve yo?

—Quizá sea mejor llamar a una ambulancia —Emily le pasó el brazo por los hombros y le hizo sentarse en una silla—. Solo por si acaso. El bebé va a nacer con ocho semanas de antelación.

Carter sacudió la cabeza.

—No es posible. Ahora está siendo utilizada.

Lorna contuvo la respiración y esperó a que pasara la contracción.

—¿Solo hay una ambulancia?

—Este es un pueblo pequeño —dijo Carter, como si eso lo explicara todo. Chelsea lo fulminó con la mirada.

—Carter —le espetó—, iremos en tu coche. Puedes poner en funcionamiento la sirena y estaremos allí en cuestión de minutos.

—¿Podemos? —preguntó Carter.

—¿Y qué me dices de la cena? —le preguntó Bobby a Chelsea con el semblante sombrío—. En el coche tengo rosas para ti.

Chelsea los ignoró a los dos y se volvió hacia Lorna.

—Recibí un curso sobre primeros auxilios cuando estaba en el departamento de bomberos voluntarios. Supongo que puedo adivinar lo que tengo que hacer.

Lorna asintió en silencio. Según todos los libros que había leído, se suponía que aquellas contracciones no tenían que ser tan rápidas.

Pero de acuerdo con esos mismos libros, tampoco tenía que nacer tan pronto el bebé.

Emily no parecía muy convencida.

—¿Alguna vez has ayudado a dar a luz a un bebé?

—Solo una vez, después de un incendio.

—Para mí es suficiente —dijo Lorna—. Ven conmigo en el coche de policía, ¿quieres?

—Yo también iré —dijo Emily—. Bobby, ve a mi casa y cuéntale a George lo que está ocurriendo. Y después, intenta localizar al *sheriff*.

—Sí, señora —respondió el vaquero, mientras ayudaba a Lorna a levantarse—. Siento de verdad que haya ocurrido esto el día de San Valentín. Sé que el *sheriff* iba a comprarle unas rosas, así que no se enfade mucho con él.

—No estoy enfadada con él. Se ha olvidado del día de San Valentín y tampoco está aquí para llevarme al hospital, pero eso no significa que esté enfadada con él.

—Sí, señora —dijo Bobby, pero retrocedió—. No sabe cuánto me alegro de oírlo.

## Capítulo doce

—¿Ha llegado ya mi marido?

—No, señora Sheridan —dijo la enfermera. Comprobó los monitores a los que Lorna estaba conectada—. Pero esta parece ser una noche ideal para dar a luz. Tenemos maridos por todas partes.

—Pero no está el mío —Lorna estaba empezando a compadecerse de sí misma.

—No se preocupe. Antes o después aparecerá.

—Es el *sheriff* —insistió Lorna—. Tiene sirena y luces para las emergencias. Había ido a comprarme flores. ¿Tan difícil es encontrarlo?

—Estoy segura de que volverá en cualquier momento.

Lorna no estaba tan segura, a pesar del tono tranquilizador de la enfermera.

—Toc, toc —dijo Emily desde el marco de la puerta de la habitación—. ¿Tienes ganas de compañía?

—Entre contracción y contracción —respondió ella—. Pero cada vez son más rápidas.

—¿Qué ha dicho la doctora?

—El bebé puede sobrevivir sin ningún problema naciendo a los ocho meses, pero están controlando el estado de los pulmones por si acaso —comenzó una nueva contracción, así que Lorna comenzó a jadear, a respirar y a contar, tal como indicaba el libro de preparación para el parto.

Mientras tanto, Emily se sentó a su lado y le sostuvo la mano.

—¿Ya está?

—Sí —Lorna se inclinó contra la almohada—. Me gustaría haber tenido tiempo para asistir a las clases de preparación del parto.

¿Alguien sabe algo de Jess?

—Chelsea está intentando localizarlo. Ella tiene un teléfono móvil, un busca y un ordenador portátil. ¿Pero te parece posible que lleve todas esas cosas en el bolso?

—Tiene la confianza en sí misma de diez mujeres juntas. ¿Has visto el vestido que llevaba?

—La mitad de los médicos del hospital se han pasado ya por la sala de espera. Ha causado una ligera conmoción en todo el hospital.

—Qué tiempos aquellos —intercambiaron ambas una sonrisa, pero la expresión de Lorna cambió—. Es posible que no venga esta noche. Se ha casado conmigo por obligación, Em. Nunca ha querido ese bebé y tampoco me quiere a mí.

—Vendrá —le prometió su amiga—. Te lo prometo.

—Quizá. Él siempre cumple con su deber —Lorna se abrazó a sí misma al sentir otra contracción—. Pero ahora mismo, creo que eso no será suficiente para mí.

Chelsea sabía que si le dejaban dirigir el mundo a ella sola, las cosas irían mucho mejor. Los *sheriff* no aterrizarían en medio de un accidente de coches, las mujeres embarazadas darían a luz cuando les correspondía y los ayudantes del *sheriff* serían mucho menos atractivos.

—He dicho —le repitió a Carter con el teléfono móvil—, que averigües si el *sheriff* se ha visto involucrado en ese accidente —no pudo oír su contestación y como no estaba permitido utilizar teléfonos móviles en el hospital, lo apagó, lo dobló y se lo metió en el bolso—. Contestaste la llamada del busca, jefe —murmuró, temiendo pensar en la única razón por la que Jess podía no contestar a su llamada.

Había recibido un mensaje de Jess informando del accidente. Ella había llamado a la ambulancia y había transmitido la poca información que tenía. Inmediatamente después, Lorna había llamado para decirle a su marido que estaba de parto. Bobby había

ido a buscarla y la había encontrado hablando por teléfono. Carter, comportándose por fin como un hombre celoso, había seguido a Bobby y a Chelsea hasta casa de Lorna.

Ambos hombres se habían quedado mirando el vestido rojo durante largo rato, recordó Chelsea. Y Carter parecía estar a punto de echarse a llorar.

—No le diremos a Lorna lo del accidente —les había hecho prometer Chelsea—, por lo menos hasta que sepamos que el jefe está bien.

Pero a esas alturas ya lo habían perdido. Chelsea había ido dos veces a la sala de urgencias, pero no había visto al jefe por ninguna parte. Y todo el mundo estaba demasiado ocupado para decirle nada, salvo un joven médico residente que le había deseado un feliz día de San Valentín y le había preguntado si quería tomarse una copa con él a media noche.

Chelsea le había contestado que tendría su oferta en cuenta. Después de los acontecimientos de aquella noche, no le iría nada mal un poco de alcohol.

Chelsea sacó el teléfono otra vez, ignorando las normas del hospital, y marcó el teléfono de Jess.

—Conteste, maldita sea —susurró—. Su mujer lo necesita.

Jess era consciente de que iba a necesitar algo más que una tarjeta de San Valentín y un ramo de flores envueltas en papel celofán, pero esperaba que las cosas se arreglaran cuando llegara a casa. Tendría que contarle a Lorna lo del accidente, contarle el fatal ataque al corazón que había sufrido Mike Montero cuando regresaba a su casa. Habría lágrimas, pero podría consolarla.

Al cruzar la puerta, se encontró con las luces de la casa encendidas, pero no estaba Lorna. ¿A dónde habría podido ir una mujer embarazada a las nueve de la noche? ¿Estaría tan enfadada que lo habría abandonado?

Era posible, se dijo mientras la llamaba. Desde luego, en el

tiempo que llevaban casados, no se había comportado como el mejor de los maridos.

Y, según su ex esposa, no era esa una tarea que se le diera bien. ¿Lo habría abandonado Lorna a causa de un nada romántico día de San Valentín? No había ninguna nota. Si hubiera tenido el bebé, se habría puesto en contacto con él.

Cuando sonó el teléfono, Jess se abalanzó sobre él. George Bennett le explicó tranquilamente todo, pero Jess solo oyó la primera frase: Lorna estaba en el hospital, dando a luz.

Jess encendió la sirena y las luces y condujo a más velocidad de la que había conducido nunca en su trabajo. El mismo pensamiento se repetía una y otra vez en su cabeza: el bebé iba a nacer antes de tiempo, Lorna tenía la tensión alta, el parto había sido muy repentino y lo peor de todo, eran Carter y Chelsea los que estaban a cargo de la situación.

Todo aquello podría haberse evitado si no hubiera perdido su busca. Pero, por lo menos, no se había olvidado de tomar la tarjeta y las flores.

Algún sádico le dijo que empujara y no dejara de empujar. Lorna se concentraba en empujar, jadear y seguir las instrucciones cuando Emily se acercó de nuevo hasta ella.

—¿Está sirviendo para algo que empuje? —preguntó Lorna.

—Sí, señora Sheridan —le aseguró la enfermera—. Así es como se hace. Pero continúe empujando un poco más.

—Buenas noticias —le dijo Emily—. Tu marido acaba de llegar.

Lorna pestañeó varias veces mientras Jess caminaba hacia ella. Llevaba una bata azul, idéntica a la de las enfermeras y Emily, pero estaba completamente pálido.

—No irás a desmayarte otra vez, ¿verdad?

Jess tragó saliva y evitó mirar a ninguna parte que no fueran los ojos de Lorna mientras corría hacia ella.

—No —Emily retrocedió para que Jess pudiera acercarse a Lorna

y Jess acarició la mejilla de su esposa—. ¿Estás bien?

—¿Dónde estabas?

—Ha habido un accidente en las afueras de la ciudad. Y he perdido el busca. ¿De verdad está bien?

—Empuje —le pidió la doctora—. Y no deje de empujar hasta que yo se lo diga.

Lorna empujó, pero consiguió decir entre dientes:

—¿Tengo buen aspecto?

—En este momento, se suele tener un aspecto un poco raro —le explicó una enfermera—. Oh, está saliendo ya la cabeza.

—Deje de empujar —le pidió alguien.

—¿Qué están haciendo?

—Le están limpiando la cara —le explicó Jess—. Está muy bien.

No, nada estaba saliendo bien. Lorna estaba a punto de partirse en dos después de que la hubiera llevado hasta Marysville un piloto suicida.

—¿Dónde demonios has estado?

—Empuje otra vez, señora Sheridan, y ya tendremos fuera a todo el bebé.

Lorna empujó durante lo que le pareció un siglo. Se aferró a la mano de Jess y esperó hasta que oyó a la doctora Bradford anunciar:

—Es un niño.

—Un niño —susurró Jess.

—¿Un niño? —Lorna no había previsto nombre para un niño—. ¿De verdad?

—Viene con todo el equipo completo —dijo una enfermera, justo antes de que el bebé comenzara a llorar.

—¿Puedo verlo?

—Dentro de dos segundos —le prometió la doctora—. Alguien debería ayudar al padre a salir de aquí —añadió—. Es un tipo delicado.

Lorna no quería reír, pero no pudo evitarlo. Se sentía como si

acabara de correr el maratón y hubiera llegado la primera. Su hijo descansaba plácidamente sobre su pecho. Era pequeño y rojo y lloraba al tiempo que extendía sus dedos diminutos, pero era el bebé más guapo que Lorna había visto en toda su vida. Reprimió las lágrimas mientras intentaba consolarlo.

—¿Todo ha salido bien?

—Tiene muy buen aspecto —dijo el pediatra. Tomó al bebé y lo envolvió en una manta—. Vamos a hacerle unas pruebas, pero pronto se lo llevaremos.

Emily le palmeó el hombro a su amiga.

—Es precioso.

—Sí, ¿verdad?

—Absolutamente.

Más tarde, cuando estaba ya instalada en su habitación, Lorna esperaba impaciente a su marido. Y a su hijo. Y antes de quedarse dormida, se preguntó cómo demonios habría pensado nunca que podrían llegar a formar una familia.

Jess dio varias vueltas alrededor del aparcamiento del hospital e inhaló una buena dosis de aire fresco antes de aventurarse a entrar de nuevo. Las enfermeras habían montado un gran alboroto. Le habían dado un paquete de hielo y le habían hecho respirar en una bolsa de papel durante unos minutos. Después, él había corrido hasta el nido, solo para descubrir que el médico todavía estaba examinando a su hijo.

Se detuvo al salir del ascensor. Necesitaba encontrar a Lorna. Y tenía que llamar a sus padres que, por lo que él sabía, estaban todavía en el Gran Cañón. Debería llamar a Ricky. Y encontrar a Chelsea. La última vez que la había visto, estaba dándole su teléfono a un musculoso enfermero mientras Carter parecía al borde del suicidio.

Las puertas del ascensor hicieron un sonido metálico, esperando más llegadas, así que Jess salió y, justo en ese momento, lo adelantó

un hombre bajito y grueso.

—¿Texas Tom? —lo llamó Jess, irguiéndose todo lo alto que era.

—¿Sí? —evidentemente, no había reconocido al hombre al que había golpeado el verano anterior.

—¿Qué está haciendo en el área de maternidad?

Tom hinchó el pecho con orgullo.

—¿Qué demonios cree que estoy haciendo? He venido a ver a mi hijo.

—¡Y un infierno! —musitó Jess justo antes de darle un puñetazo en la nariz—. Ese niño es mío.

—¿Deberíamos arrestarlo? —preguntó Carter, volviéndose hacia Chelsea mientras sacaba las esposas.

—¿A cuál de los dos? —le preguntó—. ¿Al rey de las barbacoas o a tu jefe?

—Bueno, si lo dices así —respondió Carter, mientras guardaba de nuevo las esposas.

—No se va a arrestar a nadie —repuso Jess, flexionando el puño. Había olvidado ya lo que podía llegar a doler dar un buen puñetazo—. Simplemente estábamos saldando una vieja cuenta.

—¿Ah sí? —preguntó Tom, sentado en el suelo con una bolsa de hielo en la nariz.

—Me pegó el verano pasado. Se lo debía —y era absolutamente imposible que Lorna llevara un hijo de Texas Tom en su vientre. Daba igual que el bebé hubiera nacido un mes antes de lo que se esperaba. Y también que Tom estuviera allí para verlo. Las pruebas circunstanciales no significaban nada.

—Está loco —gruñó Tom—. Yo nunca he pegado a ese hombre.

—Y procure mantenerse lejos de mi esposa —le advirtió Jess—. Y de mi hijo.

Una enfermera le cambió a Tom el paquete de hielo por una venda.

—Nadie me cree —se quejó Tom—. Ese hombre está loco,

completamente loco.

Jess lo ignoró y volvió a sentir náuseas otra vez. Acababa de darse cuenta de que estaba enamorado de su esposa y lo último que quería era descubrir que se había casado con ella engañado.

— ¿Dónde está ella?

— En la habitación doscientos catorce —contestó Chelsea—. Pero no la despierte.

Despertarla, eso sí que se le daba bien, pensó Jess. Así habían hecho a aquel bebé. Pero aun así, entró de puntillas en la habitación y observó dormir a su esposa hasta que esta se despertó y le dirigió una radiante sonrisa.

— Te quiero —le dijo Jess. Lorna se quedó mirándolo fijamente—. Y si ese bebé es de Texas Tom, no me importa. Nos hemos casados y vamos a seguir casados —dejó el ramo de rosas en la mesilla de noche, pero en el camino había perdido la tarjeta de San Valentín—. Feliz día de San Valentín.

— Jess —dijo ella muy suavemente, como si procediera de un lugar muy lejano—. ¿Qué tiene que ver Texas Tom con todo esto?

— Ni lo sé ni me importa. No quiero saberlo —sonrió radiante—. Creo que le he roto la nariz. Pero no te preocupes, no volverá a molestarte.

— ¿Crees que el niño es de Texas Tom?

— No me importa que lo sea o no —insistió Jess—. Aunque todas las pruebas indican... no importa —dijo, y se fijó entonces en el ceño fruncido de Lorna—. No volveremos a hablar de esto otra vez. Te quiero. Más de lo que pensaba que podía amar nunca a nadie. Y tengo tu tarjeta de San Valentín en el coche.

— Creo que será mejor que te vayas —fue lo único que dijo su esposa—. Antes de que te quite la pistola y te pegue un tiro.

— ¿Quéé?

— Está cargada, ¿no?

Jess retrocedió y abandonó la habitación. Había leído algunas

cosas sobre la depresión postparto y desde luego, no tenía ninguna gracia. Era una suerte que hubiera medicación para eso. Tendría que pedirle a la enfermera que se la proporcionara a Lorna.

—Es igual que el abuelo —dijo Ricky—. Esa frente y esas rodillas son idénticas.

El bebé era la viva imagen de James Sheridan, ranchero y camionero, un magnífico cuentista y un terrorífico violinista. Evidentemente, no había salsa de barbacoa en los genes del bebé.

—Qué alivio —musitó Lorna, sosteniendo al bebé entre sus brazos.

—Sí —contestó Ricky sin comprender muy bien lo que decía su cuñada—. Está muy bien para ser prematuro, ¿verdad?

—Todavía le están haciendo pruebas, pero los pulmones los tiene perfectamente. En cuanto gane algún peso, dejarán que me lo lleve a casa.

—Tu familia política pronto va a empezar a agobiarte —le prometió Ricky—. Mis padres son capaces de aparcar en el aparcamiento hasta que el bebé esté en casa.

—Mi padre tampoco es capaz de alejarse mucho de él. Esta tarde he tenido que mandarlo a casa a descansar.

—Y hablando de descanso, debería marcharme y dejarte descansar un rato —Ricky se levantó y miró nuevamente a su sobrino—. Es encantador. Me pregunto si tendrá oído musical. Con esos dedos tan largos, podría ser un excelente guitarrista.

Lorna sonrió a su hijo y Jess pensó que el corazón le iba a estallar.

Jamás, ni en sus sueños más salvajes, había creído posible algo así. El problema era que Lorna no le estaba hablando a él, así que Jess se despidió de su hermana y cerró la puerta tras ella. No había mucha intimidad en el hospital, pero tenía que intentarlo.

—Así que —comenzó a decir, mientras miraba a Lorna arreglando la manta del bebé—, me imagino que he hecho el ridículo.

—Sí —contestó Lorna sin mirarlo.

—No es la primera vez.

—No —suspiró y alzó la mirada hacia él—. Le pegaste a Texas Tom.

—Sí —era absurdo negar algo de lo que todo el mundo estaba hablando.

—Bueno —dijo Lorna, dirigiéndole una breve sonrisa—. Se lo merecía. Pero su esposa va a preguntarse cómo es posible que se rompiera la nariz mientras ella daba a luz.

—¿Estoy perdonado? —se acercó a la cama, acortando la distancia entre su esposa y su hijo.

—Solo si es cierto lo que dijiste anoche —le dirigió aquella radiante sonrisa con la que siempre conseguía provocar una inconfundible reacción en el cuerpo de Jess.

Debería avergonzarse de sí mismo, pensó este, pero imaginaba que, mientras Lorna conservara esa sonrisa, iba a seguir teniendo siempre el mismo problema.

—¿Te refieres a la parte del amor?

—A la parte en la que decías que no creías posible amar tanto a alguien.

—Absolutamente —se sentó al borde de la cama y le dio un beso en los labios—. Te amo más de lo que nunca he querido a nadie.

—Espera un momento —dijo Lorna, conteniendo la respiración—. ¿Vas a comprar el rancho porque quieres vivir donde viviste con tu primera esposa?

—No voy a comprar nada —respondió él—. Creo que de momento tenemos todo lo que necesitamos —bajó la mirada hacia su hijo y comprendió que estaría dispuesto a dar la vida para protegerlo—. ¿No crees?

—Te amo —susurró ella—. Siempre te he amado.

—Cariño —dijo Jess, estrechando a los dos en sus brazos—, ¿crees que podremos dormir los tres en esta cama?

—No, seguro que te echarán de aquí —se reclinó contra él—, pero

dentro de seis semanas, voy a despertarte para que me demuestres lo mucho que me quieres.

—Sí, señora —respondió el *sheriff*—. Y yo estaré a tu lado hasta entonces, preparado y dispuesto, esperando con ansiedad que llegue ese momento.

## Epílogo

Seis semanas después del nacimiento de su hijo, Jess Sheridan hizo el amor con su mujer. Su hijo, Benjamin Michael, dormía profundamente en la habitación de al lado, permitiendo amablemente que sus padres disfrutaran de unas horas de paz y tranquilidad.

—Ahora —dijo Jess, despertando a su esposa. Lorna sonrió, pero no abrió los ojos—. Ya he esperado suficiente.

—¿Suficiente para qué? —Lorna se acurrucó bajo las sábanas, su cuerpo desnudo rozaba el de Jess de una forma más que satisfactoria para él—. Ya has conseguido lo que habías estado esperando, ¿no?

—Me refería a esto —respondió y alargó el brazo para buscar la bolsita que había dejado al lado de la cama. Dejó la bolsita de terciopelo al lado de la nariz de su esposa—. Un regalo de amor, ¿no fue eso lo que dijiste?

Lorna lo miró y miró después la bolsa. Inmediatamente se sentó, dejando al descubierto ese cuerpo desnudo que Jess jamás dejaría de admirar.

—¿Ahora querrás ponértelos? —la observó mientras ella volvía la bolsa para sacar las tres sortijas. Y después la vio empezar a llorar—. Oh, no. Las hormonas otra vez.

—No —sollozó Lorna—, estaba pensando en Mike. Y en lo mucho que quería a su esposa. Todavía me cuesta creer que nos dejara esta casa.

Su casa y uno de los mejores ranchos del condado, quiso añadir Jess. Él todavía se mareaba cuando recordaba la lectura del testamento.

—No quería que te pusieras triste. No tienes por qué ponerte esas

sortijas si no quieres —repuso Jess, intentando disimular su desilusión—. He pensado que como no te regalé nada el día de San Valentín, podría intentar arreglarlo.

—Claro que me regalaste algo, tonto —respondió su encantadora esposa—. Me diste el bebé más adorable de todo Beauville.

—Que por cierto, ha heredado también tu carácter —señaló Jess—. Pero bueno, ¿quieres las sortijas o no?

—Por supuesto que sí. Y espero que Ben no haya heredado tu forma de hablar —se inclinó para besarlo—. Me encantan estas sortijas, gracias —se acurrucó contra él—. Y ahora, ¿me vas a dejar dormir para que puedas despertarme otra vez y podamos hacer el amor?

—La última vez que lo hice terminamos teniendo un bebé —le advirtió Jess, metiéndose él también bajo las sábanas.

—Y mira lo bien que nos ha salido —dijo Lorna, cerrando los ojos. A los pocos segundos, se quedó dormida, de modo que Jess recogió las sortijas y las metió en la bolsita de terciopelo.

—Te amo —susurró, intentando no despertarla, pero Lorna se estrechó contra él y musitó algo ininteligible—. ¿Qué? —preguntó él, sin estar muy seguro de si estaba despierta o no.

—Quédate —le dijo Lorna, posando la mano en su pecho.

¿Pero de verdad pensaba que podía ir a alguna parte? A Jess le entraron ganas de reír, pero tomó la mano de su esposa e, incluso dudando de que pudiera oírlo, le prometió solemnemente.

—Cariño, no me voy a ir a ninguna parte.

Jess Sheridan podía ser un hombre al que no le gustaran las bodas, pero era un hombre enamorado de su esposa.

\* \* \*

## Reseña bibliográfica

### Kristine Rolofson

Kristine Rolofson nació el 09 de diciembre en Rhode Island, Nueva Inglaterra (EE.UU.) Creció leyendo libros de Zane Grey . A los 18 años se casó con un profesor de historia de Secundaria y tuvieron



seis hijos.

Durante años, fue propietaria de una tienda de regalos, hasta que el volcán del Monte St. Helens explotó, las cenizas se dispersaron por el noroeste y espantaron a los turistas. Para ocupar su tiempo, leyó más de 200 novelas de Harlequin y ella comenzó a escribir su propia novela en sus ratos libres. Durante 12 años, vivieron en las montañas del norte de Idaho, pero regresó a Nueva Inglaterra en 1987, coincidiendo con la publicación de su primera novela: *One of the family*. Durante estos años compaginó la escritura con otros trabajos como camarera, secretaria, y costurera. Ahora, escribe a tiempo completo.

Le encanta viajar, especialmente a los mercados de Londres, y utiliza cualquier excusa para subir a un avión y viajar a cualquier parte del mundo. También colecciona joyas antiguas y libros de la historia occidental y, a menudo se pueden encontrar rondando a través de tiendas de antigüedades de Nueva Inglaterra. Conocida por su sentido del humor, los personajes femeninos fuertes y los héroes del Oeste, esta prolífica autora se reúne con sus lectores donde

quiera que va.